



**EL ANTIGUO  
ORIENTE**

**D. G. HOGARTH**

**Lectulandia**

El interés del autor se dirigió, de manera especial, a aquella parte de la geografía que en la historia se conoce con el nombre de Antiguo Oriente. Muestra de su profundo conocimiento del asunto es este libro. En sus páginas sintetizó todo lo que conocía acerca de tal periodo de la humanidad.

El Antiguo Oriente ofrece el interés de que de ahí derivarían muchas formas de vida y de pensamiento posteriores. Hogarth, para enfocar su estudio, se remonta al año 1000 a. C. y de dos en dos siglos hace el recorrido hasta situarse en la época de esplendor de Grecia. El predominio griego, en el cual Alejandro ocupa principalísimo sitio, marca la transitoria imposición de nuevas formas culturales y el intercambio de ideas y hábitos contradictorios. De esa confluencia, dice el autor, resultó el cristianismo y, a la postre, la irrupción de ideas religiosas orientales que han llegado a enriquecer las bases mismas de la sociedad moderna.

**Lectulandia**

D. G. Hogarth

# **El Antiguo Oriente**

ePub r1.0

IbnKaldun 17.02.15

Título original: *The Ancient East*  
D. G. Hogarth, 1914  
Traducción: Jorge Hernández Campos

Editor digital: IbnKaldun  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Introducción

EL TÍTULO de este libro necesita una breve explicación, puesto que cada uno de sus términos puede utilizarse, legítimamente, para denotar más de un concepto, tanto de tiempo como de lugar. En la vaga e imprecisa idea que de «el Oriente» se tiene hoy en día, se incluye todo el continente e islas de Asia, parte de África —la parte norte, donde la sociedad y las condiciones de vida son más semejantes a las asiáticas— y también algunas regiones de la Europa sudoriental y oriental. Por tanto, pudiera parecer arbitrario restringir el Oriente, en este libro, al Asia occidental. Pero hay que invocar el calificativo de mi título a manera de justificación. No se trata del Oriente actual, sino del de la antigüedad, y por lo mismo, sostengo que no es irrazonable entender por el Oriente lo mismo que entendían en la antigüedad los historiadores europeos. Para Heródoto y los griegos de su época, Egipto, Arabia y la India eran el sur, la Tracia y la Escitia eran el norte, y el Asia Menor era el oriente: porque no concebían que hubiese nada más allá, sino el fabuloso océano. También puede alegarse que mi restricción, aunque no en sí misma arbitraria, evita, de hecho, la que de otra manera fuera inevitable obligación de fijar límites arbitrarios al Oriente. Porque el término, tal como se emplea en los tiempos modernos, implica un área geográfica caracterizada por una sociedad de cierto tipo general, y de acuerdo con la opinión que tenga sobre este tipo, cada persona que escribe o especula en torno al Oriente, expandirá o contraerá su área geográfica.

Más difícil será justificar la restricción impuesta en los capítulos siguientes a la palabra *antiguo*. Este término se emplea aún con mayor vaguedad y variedad que el otro. Si en general connota lo opuesto a «moderno», en algunos casos, y particularmente en el estudio de la historia, no se entiende habitualmente que lo moderno empiece donde termina lo antiguo, sino que significa lo relativamente reciente. Así, en la historia el mal definido período llamado la Edad Media y Oscura forma un hiato considerable antes de que, en el proceso retrospectivo, lleguemos a una civilización que, al menos en Europa, consideremos de ordinario como antigua. En la historia también solemos distinguir dos provincias dentro de la evidente área de lo antiguo, la prehistórica y la histórica. La primera comprende todo el tiempo en el cual la memoria humana, tal como la comunica la literatura superviviente, no penetra, o al menos; no penetra de un modo consciente, consistente y verosímil. Al mismo tiempo, no se implica que no podamos tener conocimiento alguno de la provincia prehistórica. Es incluso posible que la conozcamos mejor que ciertas partes de la historia, gracias a seguras deducciones a partir de pruebas arqueológicas. Pero lo que los registros arqueológicos nos enseñan es analítico, no histórico, puesto que tales registros no han pasado por el crisol transformador de una inteligencia humana que razone sobre los sucesos como efectos de causas. Sin embargo, la frontera entre lo prehistórico y lo histórico depende demasiado de la subjetividad de los historiadores

individuales, y está demasiado sujeta a variar con el progreso de las investigaciones, como para ser un momento fijo. Y tampoco puede ser la misma para todas las civilizaciones. En lo relativo a Egipto, por ejemplo, tenemos un cuerpo de tradición literaria que puede llamarse, razonablemente, historia, y que se refiere a un tiempo muy anterior al que alcanzan las tradiciones literarias fidedignas de Elam y Babilonia, aunque estas últimas civilizaciones fueron probablemente más antiguas que la egipcia.

Para el Oriente antiguo, tal como lo entendemos aquí, poseemos dos, y sólo dos, cuerpos de tradición histórica literaria: el griego y el hebreo; y sucede que ambos (aunque independientes uno del otro) pierden consistencia y verosimilitud cuando se ocupan con la historia anterior al año 1000 a. C. Por otra parte, el profesor Myres ha cubierto el período prehistórico en su brillante libro *El amanecer de la historia*.<sup>[1]</sup> Por tanto, desde cualquier punto de vista, al tratar del período histórico, estoy absuelto de la obligación de tener que retroceder más de mil años antes de nuestra era.

No es muy visible el punto donde tenga que detenerme. La conquista de Persia por Alejandro, que consuma una larga etapa de una lucha secular, cuya descripción es mi tarea principal, marca una época más definidamente que cualquier otro suceso en la historia del antiguo Oriente. Pero hay graves objeciones al hecho de terminar bruscamente en esa fecha. El lector a duras penas podrá cerrar un libro que acabe entonces, sin quedarse con la impresión de que, a partir del momento en que el griego puso al Oriente bajo sus plantas, la historia de los siglos que todavía han de transcurrir para que Roma se apodere de Asia será simplemente historia griega —la historia de la Magna Grecia, que se ha expandido por el antiguo Oriente y le ha hecho perder su distinción del antiguo Occidente. Sin embargo, esta impresión no coincide en manera alguna con la verdad histórica. La conquista macedónica del cercano Oriente fué una victoria ganada por hombres de civilización griega, pero sólo fué muy parcialmente una victoria de esa misma civilización. El Occidente no asimiló, al Oriente en aquel entonces sino en muy pequeña medida, y no lo ha asimilado mayormente en el tiempo transcurrido hasta nuestros días. Por ciertas razones, entre las cuales algunos hechos geográficos —la gran proporción de estepas desérticas y del tipo humano que engendra tal país— son quizás las más poderosas, el Oriente se cierra obstinadamente a las influencias occidentales, y más de una vez ha cautivado a sus cautivadores. Por tanto, si bien, por mor de la conveniencia y para evitar enredarme en el muy mal conocido laberinto de lo que se llama historia «helenística», no intentaré seguir el curso subsiguiente de los sucesos a partir del año 330 a. C., sí me propongo añadir un epílogo que pueda preparar a los lectores para lo que iba a resultar del Asia occidental después de la era cristiana, y para hacerles posible la comprensión, en particular, de la conquista religiosa del Occidente por el Oriente. Éste ha sido un hecho de mayor gravedad en la historia del mundo, que cualquier conquista política del Oriente por el Occidente.

En la esperanza de hacer que los lectores retengan una idea clara de la evolución de la historia, he adoptado el plan de examinar el área, que aquí llamamos Oriente, según ciertos intervalos, en lugar de utilizar el plan alternativo y más habitual de considerar los sucesos consecutivamente en cada parte separada de esa área. Así, sin necesidad de repeticiones y superposiciones, nos cabe esperar la comunicación de un sentido de la historia de todo el Oriente como suma de las historias de sus partes particulares. Las ocasiones en que se harán estos reconocimientos serán puntos cronológicos puramente arbitrarios separados entre sí por dos siglos. Los años 1000, 800, 600, 400 a. C. no se distinguen, ninguno de ellos, por sucesos conocidos de la especie llamada «de los que hacen época»; ni tampoco se han escogido esos números redondos por alguna significación histórica peculiar. Lo mismo podían haber sido 1001, 801, etc., etc., o cualesquiera otras fechas divididas por iguales intervalos. Mucho menos deberá atribuirse ninguna virtud misteriosa a la fecha milenaria con que empiezo. Pero es un punto de partida conveniente no sólo por la razón ya expuesta, de que la memoria literaria griega —la única memoria literaria de la antigüedad que tiene algún valor para la historia primitiva— llega hasta esa fecha más o menos, sino también porque el año 1000 a. C. cae dentro de un período de perturbaciones durante las cuales ciertos elementos y grupos raciales, destinados a ejercer influjo predominante en la historia subsiguiente, se establecían en sus hogares históricos.

Un movimiento de pueblos hacia el poniente y hacia el sur, causado por alguna oscura presión del noroeste y el noreste, que había perturbado el Asia Menor oriental y la central por más de un siglo y que aparentemente había puesto fin a la supremacía de los Hatti capadocios, empezaba a asentarse dejando dividida la península occidental en dos pequeños principados. Indirectamente, el mismo movimiento había producido un resultado semejante en el norte de Siria. Un movimiento, todavía más importante, de pueblos iraníes del lejano Oriente había terminado en la unión de dos grupos sociales considerables —cada uno de los cuales contenía gérmenes de un desarrollo superior— en las franjas noreste y oriental de la vieja esfera de influencia mesopotamia. Estos grupos eran los medos y los persas. Un poco antes, un período de inquietud en los desiertos sirio y arábigo, período señalado por intrusiones intermitentes de nómadas en las tierras de la franja occidental, había terminado en la formación de nuevos estados semíticos en todas partes de Siria, desde Shamal en el extremo noroeste (acaso desde la misma Cilicia, más allá de Amano), hasta Hamath, Damasco y Palestina. Finalmente, hay esta otra justificación para no llevar la historia del Oriente asiático más atrás del año 1000 a. C.: que antes de esa fecha no hay nada que sirva de base cronológica segura. La precisión en el fechado de los sucesos en el Asia occidental empieza cerca del fin del siglo x con las listas epónimas asirias, es decir, las listas anuales de los funcionarios importantes; mientras que para Babilonia no hay cronología segura hasta casi doscientos años más tarde. En la historia hebrea no se llega a un terreno cronológico seguro hasta que los registros asirios mismos

empiezan a tocarse por encima de ella durante el reinado de Ahab sobre Israel. Para todos los otros grupos sociales y estados del Asia occidental tenemos que depender de sincronismos más o menos exactos con la cronología asiria, babilonia o hebrea, a excepción de algunos raros sucesos cuyas fechas pueden inferirse de las historias ajenas de Egipto y Grecia.

El área cuyo estado social examinaremos en el año 1000 a. C., para reexaminarlo a intervalos, comprende el Asia occidental limitada al este por una línea imaginaria trazada desde la cabeza del golfo Pérsico hasta el mar Caspio. Sin embargo, esta línea no ha de trazarse rígidamente recta, sino que debería más bien describir una curva poco profunda de tal modo que incluya en el antiguo Oriente toda el Asia situada a este lado de los desiertos salinos de la Persia central. Esta área está señalada por mares en tres lados y por el desierto en el cuarto. Internamente se le distinguen unas seis divisiones marcadas por fronteras geográficas extraordinariamente acentuadas o por grandes diferencias de carácter geográfico. Estas divisiones son como sigue:

1) Una proyección peninsular occidental, limitada por mares en tres lados y dividida del resto del continente por masas montañosas elevadas y muy anchas, y que ha sido llamada, no sin propiedad, *Asia Menor*, puesto que presenta, en muchos respectos, un epítome de las características generales del continente.

2) Una enmarañada región montañosa que llena casi todo el resto de la parte norte del área, y que tiene un acusado carácter distinto no sólo del altiplano del Asia Menor hacia el oeste, sino también de las grandes tierras llanas de carácter estepario que hay al sur, al norte y al este. Esta región nunca ha tenido quizás un solo nombre, aunque en su mayor parte ha sido incluida en «Urartu» (Ararat), «Armenia» o «Kurdistán» en varias épocas; pero, para mayor conveniencia, la llamaremos *Armenia*.

3) Una angosta faja que corre hacia el sur de las dos divisiones anteriores y que se distingue de ellas por una elevación general mucho menor. Está limitada al oeste por el mar, y al sur y al este por grandes extensiones de desierto, y se la ha conocido generalmente, al menos desde la época griega, como *Siria*.

4) Una gran península austral en su mayor parte desértica, alta y bordeada de arenas por el lado de tierra, y que desde la antigüedad ha recibido el nombre de *Arabia*.

5) Una ancha faja que se extiende hacia el interior del continente entre Armenia y Arabia y que contiene las cuencas media y baja de los ríos gemelos, el Tigris y el Éufrates, los cuales nacen en Armenia y desaguan la mayor parte de toda el área. La superficie de ésta es de muy diverso carácter, y va del puro desierto en el oeste y en el centro, a la gran fertilidad de las partes al este; pero, en general, hasta que no empieza a elevarse al norte hacia la frontera de «Armenia» y hacia el este hacia la de la sexta división, que estamos a punto de describir, mantiene una baja elevación. Ningún nombre común ha incluido todas sus partes, tanto la región interfluvial como los distritos más allá del Tigris; pero como el término *Mesopotamia*, aunque visiblemente incorrecto, se utiliza hoy día para designarla, podemos utilizarlo a falta de otro mejor.



6) Una meseta elevada, amurallada con altas cordilleras por donde toca a Mesopotamia y Armenia, y que se extiende hasta los límites desérticos del antiguo Oriente. A esta región, aunque sólo comprende la parte occidental de lo que debiera entenderse por *Irán*, podemos darle «sin prejuicio» este nombre.



# Capítulo I

## El Oriente en el año 1000 a. C.

EN EL año 1000 a. C. el Asia occidental era un mosaico de pequeños estados y no contenía, hasta donde nos es dado saber, ninguna potencia imperial que tuviese dominio sobre pueblos diversos. Pocas veces en su historia podría describírsele así, pues desde que se volvió predominantemente semítica, más de mil años antes de nuestra investigación, ha caído bajo dominaciones simultáneas o sucesivas, ejercidas cuando menos desde tres regiones dentro de ella misma, y desde una exterior.

# 1. Imperio babilónico

El primero de estos centros de poder que desarrolló un imperio extranjero estaba también destinado, después de muchas vicisitudes, a ser el último en mantenerlo, porque era el mejor dotado por la naturaleza para reparar el desgaste que entraña el imperio. Esta fué la región que sería conocida más tarde como Babilonia, nombre de la ciudad que la dominó, pero que, como sabemos, no fué un primer asiento del poder ni la progenitora de su civilización distintivamente local. Si este honor pertenece a alguna ciudad, debería concederse a la de Ur, cuyo imperio fué el primero y el único verdaderamente «babilónica». La primacía de Babilonia no fué obra de su población sumeria aborígen, autores de lo más elevado en la cultura local, sino de intrusos semíticos originarios de una región comparativamente bárbara; ni tampoco había sido obra de los primeros de estos intrusos (si seguimos a los que ahora niegan que el dominio de Sargón de Akkad y de su hijo Naram-sin se extendía más allá de las cuencas bajas de los ríos gemelos), sino de pueblos que entraron con una segunda serie de ondas semíticas. Éstas surgieron de Arabia, eterna madre de vigorosos emigrantes, en los siglos medios del tercer milenio antes de Cristo. Si bien esta migración inundó el sur de la Siria de «canaanitas», acabó por dar al Egipto los hicsos o «reyes pastores», a la Asiria su población semítica permanente, y a Sumer y a Akkad lo que cronistas posteriores llamaron la primera dinastía babilonia. Sin embargo, puesto que estos intrusos semíticos no tenían civilización comparable a la contemporánea egipcia o a la sumeria (desde hacía mucho adoptada por inmigrantes semíticos anteriores), asimilaron inevitable y rápidamente estas dos civilizaciones, a medida que se asentaron.

Al mismo tiempo, conservaron, al menos en Mesopotamia, que ya era medio semítica, ciertas ideas e instintos beduinos, que afectarían profundamente su historia posterior. La más importante, históricamente, era una idea religiosa que, a falta de mejor término, puede llamarse supermonoteísmo. Esta idea, que con frecuencia se halla arraigada en pueblos vagabundos, y que suele sobrevivir largamente a la fase nomádica, consiste en la creencia de que, por muchos dioses tribales y locales que existan, hay una deidad suprema que no sólo es singular e indivisible, sino que mora en un punto, solitaria sobre la tierra. Su morada puede cambiar por un movimiento en masa de su pueblo; pero, fuera de eso, nada más podría conmoverla, y no puede tener verdaderos rivales en el poderío supremo. El hecho de que el dios padre de los semitas viniera, gracias a esa migración en masa, a residir en Babilonia y no en otra ciudad de las anchas tierras recién ocupadas, fué la causa de que esta ciudad retuviera por muchos siglos, a pesar de los cambios sociales y políticos, una posición predominante no muy distinta de la que ha mantenido la santa Roma desde la Edad Media hasta los tiempos modernos.

Los árabes trajeron, además, su inmemorial instinto de inquietud. Este hábito tiende a persistir en una sociedad establecida, y encuentra satisfacción en el recurso

anual a la vida de la tienda o la cabaña y en excursiones anuales de rapiña. La costumbre de la razzia o incursión de verano, que todavía es obligatoria en Arabia para todos los hombres vigorosos y de espíritu templado, era tenida en igual honor por el antiguo mundo semítico. Emprendida como cosa de cajón, con provocación o sin ella, fué el origen y la fuente constante de aquellas marchas anuales a las fronteras, de que nos hablan los monumentos reales asirios con tanta vanagloria, con exclusión de casi otra información. Chêdorlaomer, Amrafel y los otros tres reyes cumplían su obligación anual en el valle del Jordán cuando la tradición hebrea creía que se encontraron con Abraham; y si, como parece admitido, Amrafel era el mismo Hammurabi, esa tradición prueba que la costumbre de la razzia estaba bien establecida bajo la primera dinastía babilónica.

Además, el hecho de que estas campañas anuales de reyes asirios y babilonios fueran simplemente razzias de beduinos altamente organizadas, y en gran escala, debería tenerse presente al hablar de «imperios» semíticos, no sea que tengamos de ellos un concepto demasiado territorial. Ninguna organización permanente de dominio territorial en regiones extranjeras fué establecida por gobernantes semíticos hasta muy avanzada la historia asiria. Los primeros señores semíticos, es decir, todos los que precedieron a Asurnazirbal de Asiria, emprendían una correría para saquear, asaltar, destruir o recibir tributos de sumisión, y una vez que cumplían sus propósitos regresaban sin imponer guarniciones permanentes de sus propios hombres, virreyes permanentes, ni siquiera un tributo permanente que impidiera al enemigo herido que se recobrara mientras le tocaba el turno de padecer otra incursión. El imperial bandido posiblemente dejaba en las rocas un recuerdo de su presencia y hazaña que lo borrarán osadamente apenas volvía la espalda; pero por lo demás sólo quedaba de él memoria siniestra. Por tanto, el primer «imperio» asirio y babilonio no significaba territorialmente más que una área geográfica a través de la cual un emperador podía, y lo hacía, merodear sin encontrar oposición efectiva.

Sin embargo, tal merodeo constante en gran escala tenía que producir algunos de los frutos del imperio; y por sus frutos, no por sus registros, sabemos con certeza qué tan lejos se había hecho sentir el imperio babilónico. Los mejores testigos del gran alcance de su influjo son, primero, los elementos babilonios en el arte hetita de la lejana Asia Menor, los cuales muestran desde el principio (hasta donde sabemos, desde el año 1500 a. C. cuando menos) que los artistas nativos apenas si podían realizar ninguna idea nativa sin ayuda de modelos semíticos; y, segundo, el empleo de la escritura y el lenguaje babilónicos y hasta de los libros babilónicos por las clases dominantes de Asia Menor y Asiria en época un poco posterior. El que los gobernantes de las ciudades sirias hayan escrito sus comunicaciones oficiales a los faraones de la 18ª dinastía en caracteres cuneiformes babilónicos (como lo demuestran los archivos encontrados en Amarna en el Alto Egipto), ya nos había proporcionado una prueba tan definitiva del temprano y largamente mantenido influjo babilónico, que el más reciente descubrimiento de que los señores hetitas de

Capadocia empleaban el mismo lenguaje escrito para fines diplomáticos apenas nos ha sorprendido.

Se ha dicho ya que Babilonia era una región tan rica y tan afortunada que el imperio no sólo le vino antes, sino que le duró más que a ninguna de las otras tierras del Asia occidental que no lo disfrutaron nada. Cuando echemos un vistazo al Asia occidental del año 400 a. C., nos encontraremos con un emperador que todavía la gobierna desde un trono instalado en la cuenca baja del Tigris, aunque no en Babilonia. Pero, por ciertas razones, el imperio babilónico no duró continuamente por ningún período largo. Los habitantes acadianos y sumerios aborígenes eran gente asentada, culta y sedentaria, mientras que el establecimiento del imperio babilónico había sido obra de intrusos, más vigorosos que ellos. Sin embargo, estos intrusos no sólo tenían que temer la no muy grande simpatía de sus propios súbditos aborígenes, los cuales reunieron una y otra vez sus sañudas huestes en el «País del Mar» en la cabeza del golfo Pérsico y atacaron a los dominadores semitas de la retaguardia, sino también las incursiones de otros extranjeros, porque Babilonia está singularmente abierta por todas partes. En consecuencia, las revueltas de la gente del «País del Mar», las hordas invasoras de Arabia, los descensos de guerreros montañeses de las colinas fronterizas de Elam en la faja sudeste de la cuenca de los ríos gemelos, las presiones de los pueblos de tierras más vigorizantes en el alto Éufrates y Tigris: uno, o más, de tales peligros descendió siempre sobre Babilonia y la rindió una y otra vez. Un gran descenso de merodeadores hattí del norte, alrededor de 1800 a. C.,<sup>[2]</sup> parece haber acabado con el dominio imperial de la primera dinastía. Al retirarse los invasores, Babilonia, caída en débiles manos nativas, fué presa de una sucesión de incursiones provenientes de las montañas cassitas más allá de Elam, de Elam mismo, de la creciente potencia semítica de Assur, antiguo vasallo de Babilonia, del imperio hetita fundado en Capadocia, alrededor de 1500 a. C., de la nueva ola de la inundación arábiga que se conoce como aramea, y de otra que seguía a ésta, que suele llamarse caldea; y no fué sino casi al fin del siglo XII cuando uno de estos elementos intrusos alcanzó independencia suficiente y seguridad de tenencia para volver a exaltar a Babilonia como señora de un imperio extranjero. Por esa fecha el primer Nebukhadnezzar (o Nabucodonosor), parte de cuyos anales se han recobrado; parece haber establecido dominio en alguna parte del Asia mediterránea, *Martu*, la tierra occidental; pero este imperio volvió a perecer con su autor. El año 1000 a. C., Babilonia era otra vez un pequeño estado dividido interiormente y amenazado por rivales en el este y en el norte.

## 2. Imperio asiático de Egipto

Sin embargo, durante el largo intervalo desde la caída de la primera dinastía babilónica, el Asia occidental no se quedó sin señor. Otras tres potencias imperiales se habían formado y desvanecido en sus fronteras, de las cuales potencias una estaba destinada, más tarde, a una segunda expansión. La primera que apareció en escena estableció un dominio de una especie que no volveremos a observar hasta la caída de Asia en poder de los griegos, porque fué establecido por una potencia no asiática. En los primeros años del siglo xv un faraón de la vigorosa 18ª dinastía, Thutmés III, que había invadido toda Siria hasta Karkheemish, en el Éufrates, estableció en la parte sur de ese país una organización imperial que convirtió sus conquistas, por un tiempo, en dependencias provinciales del Egipto. De estos hechos tenemos pruebas absolutas en los archivos de los sucesores dinásticos de Thutmés, encontrados en Amarna hace dos generaciones, porque incluyen muchos informes de funcionarios y príncipes clientes en Palestina y en Fenicia.

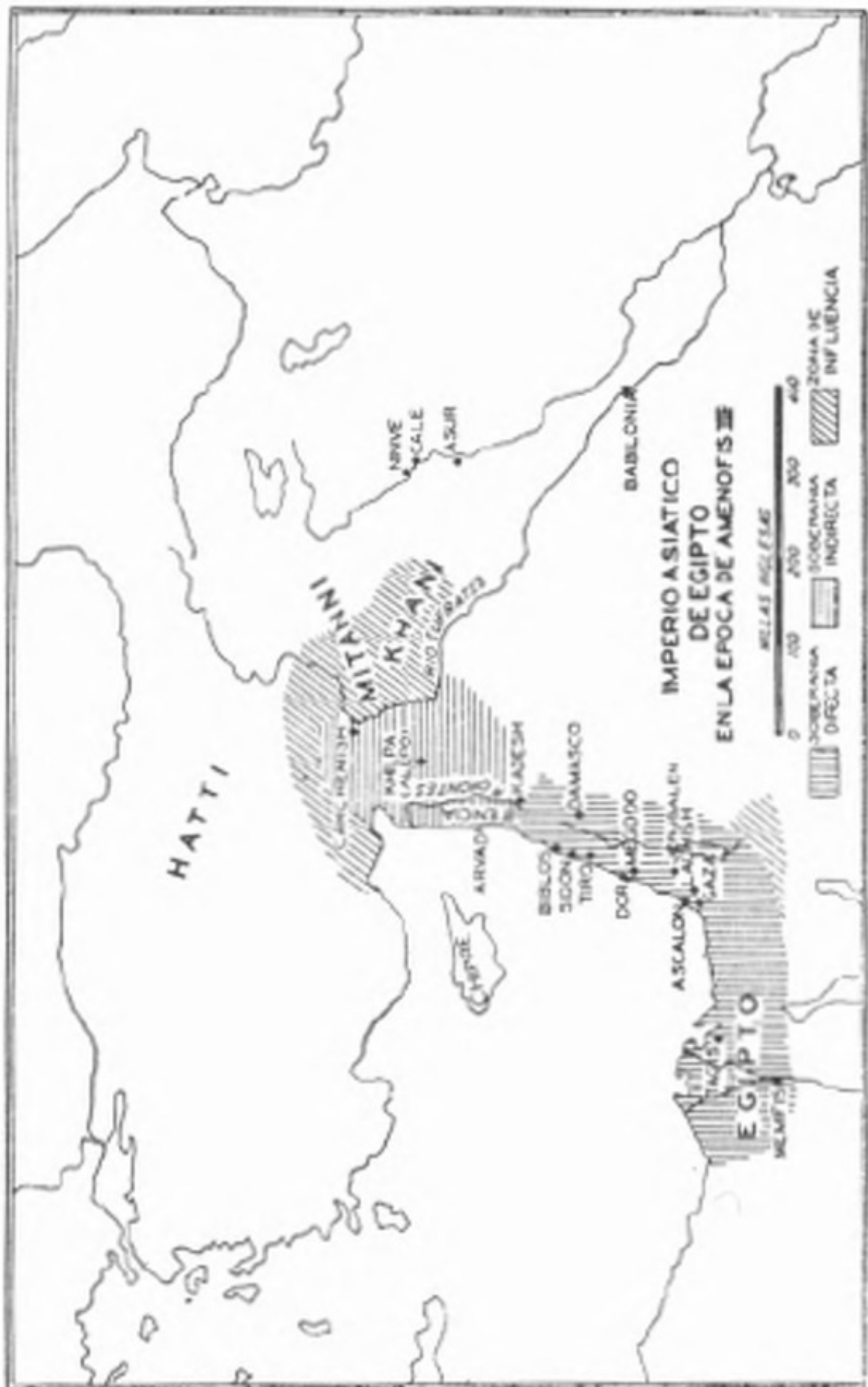
Sin embargo, si hemos de aplicar la palabra imperio (como, de hecho, la hemos aplicado ya al tratar de la Babilonia primitiva) a una esfera de merodeo habitual, donde el derecho exclusivo de una potencia a merodear es reconocido implícita o explícitamente por las víctimas y por los pueblos limítrofes, este «imperio» de Egipto debe fecharse cien años antes de Thutmés III y debe también dársele el crédito de mayores límites que la Siria del sur. Las invasiones de la Siria semítica hasta el Éufrates por faraones tuvieron lugar a principios del siglo xvi, como consecuencia de la caída del poderío de los «hicsos» asiáticos en Egipto. Fueron guerras en parte por venganza, en parte por la natural expansión egipcia hacia un fértil territorio vecino, que por fin quedaba abierto y que ningún otro poder imperial reclamaba, mientras los débiles cossitas gobernaban Babilonia, y estaba en embrión la independencia de Asiria. Pero parece que los primeros ejércitos egipcios sólo fueron Siria a saquear y extorsionar. Evitaron todos los lugares fortificados, y volvieron al Nilo sin dejar a nadie en el saqueado territorio. Ningún faraón, antes del sucesor de la reina Hatshepsut, se apoderó de Palestina y Fenicia. Fué Thutmés III el primero que redujo fortalezas como Megiddo, y ocupó las ciudades sirias hasta Arvad, en la costa, y casi hasta la tierra interior de Kadesh; fué el que, por medio de unos cuantos fuertes, guarnecidos quizás con tropas egipcias y nubias, y con toda certeza, en algunos casos, con mercenarios reclutados en las islas y costas mediterráneas, se hizo temer de tal manera por los jefes nativos, que pagaban tributo regular a sus recaudadores, y sujetó a la paz de Egipto a todos los varios hebreos y amontas que podían intentar incursiones desde el este y el norte.

Sin embargo, parece que en la alta Siria él y sus sucesores intentaron hacer poco más que lo hecho por Thutmés I, es decir, hacían incursiones por las partes fértiles, tomando aquí y allá una ciudad, pero en general se limitaron a sacar tributos

forzados. Es probable que no hayan entrado nunca en algunas plazas fuertes como Kadesh. Sin embargo, sus correrías fueron frecuentes y lo bastante efectivas como para que Siria fuera considerada por los reyes y reyezuelos vecinos como esfera de influencia egipcia, dentro de la cual era conveniente reconocer los derechos de los faraones y aplacarlos con oportunos presentes. Así pensaban y se conducían los reyes de Mitani, al otro lado del Éufrates, los reyes de Hatti, más allá del Tauro y los distantes iraníes de las dinastías cassita, en Babilonia.

La paz egipcia se observó, y se respetaron las pretensiones de los faraones a Siria, hasta los últimos años del tercer sucesor de Thutmés, Amenhotep III, quien gobernó a fines del siglo xv y el primer cuarto del xiv. Más aún, parece que se hizo un interesante experimento para afirmar el dominio egipcio en su provincia extranjera. Jóvenes príncipes sirios fueron llevados a educar en el Nilo, en la esperanza de que, al volver a sus hogares, serían leales virreyes del faraón; pero el experimento no parece haber tenido mejores efectos que otros experimentos similares puestos en práctica por las naciones imperialistas, desde los romanos hasta nosotros mismos.





Los egipcios no avanzaron más allá de este concepto de organización imperial. No se pensó siquiera en la ocupación militar efectiva de Siria, ni en su efectiva administración por algún organismo militar o civil. Las huellas del influjo cultural de Egipto, tal como se advierten en las excavaciones sirias pertenecientes a aquella época, son pocas y aisladas; y debemos concluir que fué muy pequeño el número de verdaderos egipcios que residieron, o siquiera pasaron por la provincia asiática. De naturaleza poco amante de aventuras, y reacios a emprender comercio con el extranjero, los nilotas se contentaron con dejar Siria en manos intermediarias y así obtener de ella alguna ganancia. Por tanto, bastó con la aparición de alguna tribu vigorosa y nutrida en la provincia misma, o de alguna potencia codiciosa en sus fronteras, para acabar con el imperio. Tribu y potencia habían aparecido antes de la muerte de Amenhotep: los amoritas de la Siria media, y el poderío recientemente consolidado de los hattis, en los confines del norte. Su hijo, el famoso Ekhnatón, no opuso nuevas medidas a la crisis, y antes de la mitad del siglo XIV ya el imperio extranjero de los egipcios se había reducido a nada (excepción hecha de una esfera de influencia en el extremo sur de Palestina) después de durar, para bien o para mal, algo menos de doscientos años. Ciertamente fué revivido por los reyes de la dinastía sucesora, pero cuando esto sucedió tuvo mucha menos posibilidad de perdurar que el antiguo. Al acceder Ramsés II a dividirlo con el rey hattis, por medio de un tratado cuyos términos conocemos por documentos supervivientes de ambas partes, confesó la impotencia egipcia para hacer efectiva cualquier reclamación; y ya para fines del siglo XIII la mano del faraón se había retirado de Asia, incluso de aquella antigua propiedad egipcia, la península de Sinaí. Algunos reyes egipcios posteriores harían incursiones en Siria, pero ninguno de ellos fué capaz, ni se mostró muy descoso de serio, de establecer ahí un imperio permanente.



### 3. Imperio de los hattí

El imperio que hizo retroceder a los egipcios es el último, junto con Asiria, que tenemos que considerar antes del año 1000 a. C. Se ha sabido por mucho tiempo que los hetitas, llamados *kheta* por los egipcios y *heth* o *hatti* por los semitas y por ellos mismos, desarrollaron una potencia en el extremo occidental de Asia por lo menos ya en el siglo xv; pero no fué hasta el descubrimiento de sus archivos cuneiformes en 1907, en Boghas-Keui, al norte del Capadocia, cuando se aclaró la naturaleza imperial de su poder, el centro desde donde fué ejercido y la sucesión de gobernantes que lo ejercieron. Se recordará que fué una gran incursión hattí la que quebrantó el dominio imperial de la primera dinastía babilónica, alrededor del año 1800 a. C. Todavía tenemos que averiguar de dónde vinieron esos merodeadores. Pero, puesto que un pueblo hattí, lo suficientemente bien organizado para invadir, conquistar e imponer sus guarniciones, y (lo que es más significativo) su propia civilización en territorios distantes, estaba establecido en Boghas-Keui (es preferible utilizar este nombre moderno hasta que tengamos más seguro el antiguo) en el siglo xv, podemos suponer, con toda razón, que el Asia Menor occidental fué el punto de origen de los hattí tres siglos antes. Como potencia imperial, entran en la historia con un rey a quien sus propios archivos llaman Shubiluliuma (Sapararu, en los registros egipcios), y se desvanecen algo menos de dos siglos más tarde. La mitad norte de Siria, el norte de Mesopotamia, y probablemente casi toda el Asia Menor, fueron conquistados por los hattí antes del año 1350 a. C. y les obligaron a pagar tributo; el Egipto fué expulsado del Asia; las colonias semíticas en los ríos gemelos y las tribus en el desierto fueron obligadas a someterse o a defenderse. Siglo y medio más tarde los hattí habían vuelto a una oscuridad todavía más profunda que aquélla de donde salieron. El último rey de Boghas-Keui, alguna parte de cuyos archivos han visto la luz, es cierto Arnaunta, que reinó hacia fines del siglo xiii. Puede haber tenido sucesores cuyos documentos todavía pueden encontrarse; pero por otra parte, sabemos, por anales asirios, fechados un poco más tarde, que un pueblo, posiblemente emparentado con los hattí y ciertamente civilizado por éstos, aunque conocido por otro nombre, mushkaya o mushki (luego hablaremos más de ellos), invadieron la mayor parte, si no es que todo, del reino hattí hacia mediados del siglo xii. Y puesto que, además, las ruinas excavadas en Boghas-Keui, capital de los hattí, y en Karkhemish, su principal dependencia en el sur, muestran huellas inconfundibles de destrucción y de una reconstrucción general subsecuente, que, sobre bases arqueológicas, no puede fecharse muy posterior a la época de Arnaunta, parece probable que la historia del imperio hattí se cerró con ese rey. Dentro de poco, hablaremos de lo que sucedió después con los grupos supervivientes de su antiguo pueblo imperial, y con otras comunidades tan emparentadas con éste en sangre y civilización, que los asirios, cuando hablaban en general de enemigos o súbditos

occidentales, siguieron llamándolos hatti durante mucho tiempo.

## 4. Primer imperio asirio

Nos queda Asiria, la cual, antes del año 1000 a. C., había conquistado dos veces un imperio de la misma clase que el de la primera dinastía babilónica, y dos veces lo había perdido. Las primeras expansiones asirias son, históricamente, las más notables de los imperios primitivos del Asia occidental, porque, a diferencia de las demás, fueron preludios de una ocupación territorial que se aproximaría más que ninguna otra a lo que serían más tarde los sistemas macedonio y romano imperiales. La Asiria, mejor que Babilonia o Egipto, encabeza la lista de aspirantes al dominio del mundo.

Habrà tanto que decir de la tercera, y de las subsecuentes expansiones de Asiria, que podemos referir en pocas palabras sus primeros imperios. La cuenca media del Tigris parece haber recibido un vasto influjo de semitas de la oleada canaanita, por lo menos desde la época de Babilonia, y gracias a diversas causas —ausencia de civilización local anterior tan adelantada como la sumeria, mayor distancia de suscitadores de disturbios tan emprendedores como Elam y Arabia, y clima más salutífero— estos semitas se asentaron más rápida y completamente en sociedad agrícola que los babilonios, y la desarrollaron en mayor pureza. Su primer centro social fué Assur, en la parte austral de su territorio. Ahí, en la vecindad de Babilonia, cayeron inevitablemente bajo el dominio de ésta; pero a partir del derrumbe de la primera dinastía de Babilonia, y la decadencia subsecuente del vigor de los semitas meridionales, se manifestó entre los del norte una tendencia a desarrollar su nacionalidad en torno a puntos más centrales. Cale, río arriba, ocupó el lugar de Assur en el siglo XIII a. C., para ser reemplazada a su vez por Nínive, todavía más arriba del río; y al fin, Asiria, aunque había tomado el nombre de la ciudad austral, vino a consolidarse en torno a una capital del norte de Mesopotamia como potencia capaz de imponer vasallaje a Babilonia y de mandar merodeadores imperiales al Mediterráneo y a los grandes lagos de Armenia. El primero de los reyes asirios que alcanzó esta especie de posición imperial fué Salmanasar I, quien a principios del siglo XIII a. C. parece haber aplastado el último vigor de las potencias de la Mesopotamia del norte, Mitani y Kani, para abrirse el camino hacia las tierras occidentales. El poderío hattí, sin embargo, hizo lo que pudo por cerrar los pasajes, y no fué hasta que se derrumbó y se establecieron los que provocaron su ruina —los mushki y sus aliados— cuando, alrededor de 1100 a. C., Tiglathpileser I pudo llevar sus soldados asirios al interior de Siria, y quizás los llevó también a cierta distancia dentro del territorio del Tauro. Por qué murió con él su imperio, no lo sabemos exactamente. Una nueva invasión de semitas árabes, los arameos, a los cuales atacó en el monte Bishri (Tell Basher), puede haber sido la causa. Pero de cualquier modo el hecho es indudable. Los hijos del gran rey que había llegado a la Arvad fenicia, para embarcarse ahí orgullosamente y reclamar el señorío del mar occidental, quedaron reducidos a la posición de casi vasallos del antiguo vasallo de su padre,

Babilonia; y todavía a fines del siglo XI Asiria no había resucitado.

## 5. Nuevas potencias en el año 1000 a. C.

Así, pues, en el año 1000 a. C., echamos un vistazo al Oriente, y en la medida en que podemos penetrar las nubes no vemos ninguna potencia dominante. Territorios, antes esfera de acción de los estados mayores, Babilonia, Egipto, Capadocia y Asiria, no sólo parecen gobernarse por sí mismos, sino que parecen también libres de toda interferencia, aunque los imperios desaparecidos y un gran movimiento reciente de pueblos les han dejado fronteras políticas alteradas y, a veces, nuevas dinastías. Ninguna de las unidades políticas tiene un área mayor que otra, y en ese momento no hubiera sido fácil profetizar cuál, o si alguna de ellas, crecería a expensas de las demás.

El gran movimiento de pueblos a que se acaba de aludir había perturbado el Asia occidental durante dos siglos. Al este, donde las bien organizadas y bien armadas sociedades de Babilonia y Asiria eran obstáculo serio a los inmigrantes nómadas, las oleadas se habían visto obligadas a retroceder más allá de las fronteras montañosas. Pero al oeste, los mares parecen haberse derramado con demasiada fuerza para ser resistida por tal potencia como la que el imperio hatti de Capadocia podía oponer, para luego invadir el Asia Menor hasta Siria y Mesopotamia. Registros de Ramsés III cuentan cómo una gran hueste de pueblos federados apareció en la frontera asiática de Egipto muy a principios del siglo XII. Entre ellos marcharán hombres de los «kheta» o hatti, aunque no como jefes. Éstos, que hacía no más de un siglo fueran poderosos enemigos y aliados de Seti I y Ramsés II, habían caído ahora de su condición imperial para seguir la estela de los recién llegados, que los habían humillado en su país, Capadocia. El orden geográfico en que los escribas de Ramsés enumeran las conquistas de estos pueblos muestra claramente la dirección de donde venían los miembros de la federación y el camino que siguieron. Habían devastado sucesivamente Hatti (es decir, Capadocia), Kedi (es decir, Cilicia), Karkhemish y la Siria central. Su victoriosa marcha comenzó, pues, al norte del Asia Menor, y siguió los grandes caminos a través de los pasos cilicianos para terminar en las fronteras mismas de Egipto. La lista de estos recién llegados ha interesado a los historiadores desde hace mucho tiempo; pues por muy extraños que parecieran sus nombres a los egipcios, no lo son a nuestros ojos, y probablemente son variantes de algunos que ocupan sitio importante en páginas de la historia posterior. Tales son los pulesata o filisteos, y un grupo que procedía aparentemente del Asia Menor y las islas Zakaray, Shakalsha, Danaau y Washasha, sucesores de los pisidianos y otros sucesores anatolios de los hititas en la época de Ramsés II, y de los piratas licios, aqueos y sardos que el Egipto a veces rechazaba de sus fronteras y a veces enlistaba en su servicio. Algunos de estos pueblos, cualquiera que haya sido la localidad de donde procedían, se establecieron en nuevos lugares al empezar a retroceder la marea. Los pulesata, si realmente eran los filisteos históricos, encallaron y permanecieron en los



confines del Egipto, y retuvieron ciertos recuerdos de un estado primitivo, que había sido suyo en algún país minoano. Puesto que los zakaray y los washasha parecen haber surgido de tierras que ahora se cuentan entre las de Europa, podemos considerar esta ocasión como la primera en que el Occidente invadió el Oriente.

Acudamos a los anales asirios y nos enteraremos, por los registros de Tiglathpileser I, de que esta ola del norte fué seguida en el mismo siglo por otra segunda, que llevaba en su cresta otra horda audaz procedente del Asia Menor. Su nombre, mushki, lo oímos ahora por primera vez, pero volveremos a escucharlo más adelante. Un resto de esta raza sobreviviría en tiempos históricos como los mosqui de los geógrafos griegos, oscuro pueblo de los límites de Capadocia y Armenia. Pero quiénes fueron precisamente los primeros mushki, de dónde vinieron originalmente, y a dónde fueron cuando se les expulsó de Capadocia, son cuestiones que aún no se aclaran. Dos hechos significativos se saben de su historia subsecuente: primero, que dos siglos después de nuestra fecha estaban, al menos parte de ellos, establecidos en Capadocia, en apariencia más bien hacia el centro y el norte de ese país que hacia el sur; segundo, que en esa misma época, y más tarde, tuvieron reyes que llevaron el nombre Mita, que se supone idéntico al nombre Midas, conocido por los historiadores griegos como llevado por reyes de Frigia.

Debido a este último hecho, se ha considerado a los mushki como proto-frigios, elevados al poder después de la caída de los hattí capadocios. Más adelante, consideraremos esta cuestión, cuando llegemos a la fecha del primer contacto conocido entre la Asiria y cualquier pueblo establecido al oeste del Asia Menor. Pero mientras tanto, tengamos presente que su nombre real, Mita, no implica necesariamente conexión entre los mushki y los frigios, pues como el étnico «mitani», del norte de Mesopotamia, significa «los hombres de Mita», ese nombre debe haber estado domiciliado por largo tiempo mucho más lejos hacia el oeste.

En conjunto, independientemente de su historia posterior, la verdad sobre los mushki, que penetraron en Siria a principios del siglo XII y se retiraron a Capadocia unos cincuenta años más tarde después de cambiar estocadas con los asirios, es probablemente ésta: que fueron originariamente un pueblo montañés del norte de Armenia o del Cáucaso, distintos de los hattí, y que, habiendo descendido desde el noreste en estado nomádico primitivo hasta alcanzar el asiento de una vieja cultura poseída por una raza debilitada, adoptaron la civilización de esta última al conquistarla y establecerse. Pero probablemente no se afirmaron en Capadocia, definitivamente, hasta que el golpe descargado por Tiglathpileser refrenó su ansia de movimiento y debilitó su confianza en la victoria. En todo caso, en el año 1000 a. C. las tormentas del norte habían amainado dejando el Asia Menor, la Armenia, y la Siria parcelada entre muchos príncipes.

## 6. El Asia Menor

Si uno se hubiera embarcado en el año 1000 a. C. con aqueos o jonios, con rumbo a la costa occidental de Anatolia, hubiera esperado desembarcar en, o cerca de alguna colonia naciente no de nativos, sino de recién llegados marinos de habla griega o de cualquier otra lengua egea. Estos hombres se habían aventurado tan lejos con el fin de apoderarse de las ricas tierras en las entradas de los largos valles de Anatolia, de los cuales sus vagabundos padres habían sido casi enteramente excluidos por las fuerzas provinciales de alguna potencia de tierra adentro, posiblemente los hattis de Capadocia. En otro tiempo los cretenses, o parientes suyos de la Grecia micénica en la última época egea, habían podido instalar no más que unas cuantas colonias insignificantes de mercaderes en costas anatólicas. Sin embargo, ahora los descendientes de éstos eran reforzados constantemente por miembros de una raza aria más joven, que se mezcló con los nativos de la costa y que gradualmente los dominó o los empujó tierra adentro. Por muy insignificantes que hayan parecido en ese momento estas infiltraciones europeas en el borde del continente vecino, sabemos que inauguraban un proceso que a la larga afectaría profundamente toda la historia del cercano Oriente. El hecho de que la colonización griega jónica llame la atención, por primera vez, alrededor del año 1000 a. C., señala ese período como punto cardinal de la historia. El estado actual de nuestros conocimientos no nos permite decir con seguridad si ya habían empezado a crecer cualquiera de las famosas ciudades griegas de la costa de Anatolia. Hay más pruebas de tan temprana existencia para la ciudad de Mileto, donde los excavadores alemanes han encontrado mucha cerámica de la última época egea, que para cualquiera otra. Pero es al menos probable que los griegos ya estuvieran establecidos en los sitios de Cnido, Teos, Esmirna, Colofon, Focea, Cumas, y muchas más; mientras las islas mayores Rodas, Samos, Quío y Mitilene aparentemente habían recibido colonos occidentales desde hacía algunas generaciones; Rodas incluso desde antes de las primeras correrías de los aqueos en Asia.

El visitante occidental, si hubiera proseguido hacia el interior, hubiera evitado los distritos sudoccidentales de la península, donde un país montañoso, conocido más tarde como Caria, Licia y Pisidia, estaba en poder de primitivos montañeses establecidos en tribus separadas, a la manera de los albaneses modernos. Nunca se les había sometido, y tan pronto como los prósperos puertos griegos de sus costas les abrieran camino al mundo exterior, se darían a conocer como admirables soldados mercenarios, profesión que, si los pedasus que aparecen en los registros de las campañas egipcias de la 18ª dinastía eran realmente pisidianos, no era nueva para ellos. Sin embargo, al norte de sus colinas había más amplios valles que llevaban a la meseta central, y, si Heródoto es digno de crédito, ya estaba desarrollada ahí una sociedad monárquica organizada que gobernaban los «Heráclidas» de Sardes. De ella no sabemos prácticamente nada; pero como encontramos, unos tres siglos más tarde,

que el pueblo lidio vivía rica y lujosamente en el valle de Hermo, que había sido alguna vez feudo de los hattí, tenemos que concluir que había disfrutado de seguridad ya desde el año 1000 a. C. Quiénes eran exactamente esos príncipes Heráclitas es oscuro. El nombre dinástico que Heródoto les da probablemente implica que derivaban su origen (es decir, debían homenaje especial) a un dios de la doble hacha de guerra, al que los griegos comparaban con Hércules, pero al cual nosotros comparamos con Sandan, dios de Tarso y de las tierras del sudeste. Más adelante diremos algo más de él y de sus adoradores.

Dejando a un lado las tierras de la franja norte, como mal conocidas y de poca importancia (como también nosotros las dejaríamos), nuestro viajero pasaría de los valles lidios para encontrarse con los hattí capadocios, que ya no son los señores de la meseta como en otros tiempos. Ningún pueblo de igual poder parece haber tomado el sitio que dejaron; pero hay razón para pensar que los mushki, los mismos que los sometieron, ahora ocupan algo de su espacio en el Asia Menor. Pero estos mushki ya han adoptado a tal punto la civilización hattí, a partir, o antes, de la gran expedición que rechazó Tiglathpileser I de Asiria, que su dominio apenas puede haber significado diferencia para la condición social del Asia Menor. Su capital estaba probablemente en el mismo sitio de la capital hattí, en Boghas-Keui; pero lo que no se conoce es la distancia hasta donde radiaba su señorío a partir de ese centro.

En el sudeste del Asia Menor leemos, tanto en los documentos hattí de siglos anteriores, como en los anales sirios de fecha posterior, sobre la existencia de varios principados; y como algunos de sus nombres aparecen en ambos cuerpos de documentos, podemos, con toda seguridad, asignarlos a las mismas localidades durante el período intermedio. Tales son Kas, en la que luego se llamó Licaonia, Tabal o Tubal al sudeste de Capadocia, Khilakku, que dejó su nombre a la Cilicia histórica, y Kue, en la rica llanura del este y en las colinas del noreste ciliciano. Al norte de la Siria encontramos, además, en tiempos primitivos y tardíos, a Kummukh, que dejó a su distrito el nombre histórico de Commagene. Todos estos principados, como lo prueban sus monumentos primitivos, compartieron la misma civilización hattí de los mushki y parecen haber tenido las mismas deidades principales, el de la doble hacha Sandan o Teshub o Hadad, cuyo predominio hemos notado en el extremo oeste de Lidia, y también una Gran Madre, patrona ésta del pacífico acrecentamiento, así como el primero era dios de la conquista guerrera. Pero es muy dudoso que esta uniformidad de civilización implicara un señor general, tal como el rey mushki. La pasada supremacía de los hattí basta para explicar la gran comunidad de rasgos sociales en el año 1000 a. C. en toda el Asia Menor y el norte de Siria.

## 7. Siria

Es tiempo que nuestro viajero siga su camino hacia el interior del «país hattí», como los asirios seguirían llamando por mucho tiempo el área austral de la vieja civilización hattí. Hubiera encontrado a Siria en un estado de mayor o menor desintegración de extremo a extremo. Desde la retirada del vigoroso dominio de los hattí en el norte, y de los egipcios en el sur, el desorganizado país, medio vacío, ha atraído hordas sucesivas de semitas seminómadas de las estepas del este y del sur. Por el año 1000 a. C., estas hordas se habían establecido como un conjunto de sociedades arameas, cada una con su pequeño príncipe. Todas estas sociedades eran de grandes mercaderes. En Ugarit (Ras-Shamra) y Al Mina, sobre la costa, ciudades ya antiguas, hallaron nueva prosperidad en el intercambio con Chipre y la civilización aria. Una de estas sociedades se estableció al noroeste, en Shamal, donde, influida por la vieja cultura hattí, floreció un arte que, en último término, fué salvado de ser puramente hitita por la Asiria semítica. Más tarde hablaremos de su capital, que estaba en el sitio del moderno Sindcherli, uno de los pocos lugares sirios científicamente explorados. Al sur estaban Patin y Bit Agusi, y al sur de éstos, Hamath y después Damasco, todos los cuales eran estados arameos nuevos, que esperaban tiempos de paz para desarrollarse de acuerdo con la medida de sus respectivos territorios y su dominio de las rutas comerciales. La más privilegiada en cuanto a fertilidad natural y conveniencia de posición era Damasco (Ubi o Hobah), que había estado recibiendo el influjo arameo cuando menos durante trescientos años. Estaba destinado a sobrepasar al resto de aquellos nuevos estados semíticos; pero por el momento era poco más fuerte que éstos. En cuanto a las ciudades fenicias de la costa del Líbano, que por los archivos de Amarna y otros registros egipcios sabemos que por mucho tiempo estuvieron colonizadas por semitas canaanitas, iban a aparecer más adelante bajo una luz bien distinta de aquella en que las muestran los informes de sus gobernadores y visitantes egipcios. No sólo se convirtieron muy rápidamente en comerciantes marítimos, en vez de simples centros territoriales, sino que (si podemos inferirlo de la ausencia de monumentos conocidos de su arte más elevado o de su escritura, anteriores al año 1000 a. C.) estaban efectuando o a punto de efectuar un avance súbito en su desarrollo social. Habría que señalar que nuestras pruebas, que otros semitas sirios habían empezado a escribir en escritura propia, no empiezan mucho más tarde en diversos puntos: en Ugarit de Shamal, en Moab y en Samaria.

Esta expansión algo súbita de los fenicios, para convertirse en poder marítimo, operada alrededor del año 1000 a. C., requiere explicación. Heródoto cree que los fenicios fueron obligados a echarse al mar simplemente por la incapacidad creciente de su estrecho territorio para sostener el natural aumento de habitantes, y probablemente tenía razón, siendo apresurado su destino por la presión aramea desde el interior. Pero el adelanto de su cultura, que señala el desarrollo de su arte y de su escritura, fué demasiado rápido y demasiado grande para resultar sólo del nuevo

comercio marítimo; ni tampoco puede deberse a ningún influjo de los elementos arameos que estaban relativamente recién salidos de la estepa. Para explicar los hechos de Siria parece que necesitamos, en época no muy anterior a ésta, la llegada de población nueva originaria de algún área de cultura superior. Por tanto, cuando observamos entre los fenicios y los sirios australes primitivos mucho que fué importado, y mucho más que derivaba su carácter, de Chipre y de centros todavía más remotos de la cultura egea de la última época minoana, no podemos considerar fantástica la creencia del descubridor de Creta, Arthur Evans, de que la civilización histórica fenicia, y especialmente la escritura fenicia, debieron el ser, en gran medida, a una inmigración de aquellas tierras ultramarinas más próximas que desde hacía mucho poseían un arte plenamente desarrollado y un sistema de escritura. Después de la caída de la dinastía Cnosiana sabemos que empezó gran dispersión de cretenses, que fué continuada y aumentada más tarde por el descenso de los aqueos sobre Grecia. Ya se ha dicho que a los pulepata o filisteos, que habían seguido la primera horda del norte hasta las fronteras del Egipto, a principios del siglo XII, se les supone, con visos de probabilidad, originarios de algún área afectada de civilización minoana, mientras los zakaray y los washasha que los acompañaron fueron probablemente cretenses. Los puleata se quedaron, como sabemos, en Filistia: los zakaray se establecieron en Dor, en la costa sur de Fenicia, donde los encontró Unamón, enviado de Ramsés XI. Estos colonos bastan para explicar el desarrollo subsecuente de una cultura superior en la Siria media y austral, y muy bien puede haber habido alguna otra inmigración de Chipre y otras tierras egeas que, a medida que transcurrió el tiempo, fomentaron en las ciudades de Fenicia, tan bien dotadas por la naturaleza, el rápido desarrollo de una nueva cultura alrededor del año 1000 a. C.

## 8. Palestina

Si los fenicios resentían el empuje de los pueblos de las estepas, también lo resentían sus vecinos del sur, los filisteos, que habían vivido y se habían enriquecido, cuando menos durante un siglo y medio, del peaje y comercio del gran camino del norte que partía de Egipto. Durante algunos siglos, en el pasado, habían aparecido por los desiertos del sureste ciertas tribus merodeadoras, vigorosas y muy unidas, que desde hacía mucho tiempo habían desplazado o asimilado a los canaanitas a lo largo de las tierras altas al oeste del Jordán, y que ahora tendían a arraigar en una unidad nacional favorecida por un culto común. Habían tenido largas luchas intermitentes, cuyas tradiciones llenan el libro judío de los Jueces, luchas no sólo contra los canaanitas, sino también contra los amontas del valle superior del Orontes, y más tarde con los arameos del norte y el este y con nuevas incursiones de gentes del desierto que llegaban por el sur; y, finalmente, habían tenido que retroceder por cerca de medio siglo ante un movimiento expansivo de los filisteos, que llevó a éstos hasta Galilea, y les aseguró las ganancias de toda la sección palestina del gran camino del norte. Pero alrededor de una generación antes de nuestra fecha, los más norteños de aquellos audaces «habiri», bajo el mando de un *sheik* por elección, Saúl, habían expulsado a los filisteos de Bethshan y de otros puntos ventajosos en la Palestina media, y habían liberado una vez más las colinas que retenían en los días del faraón Mernepath. Aunque a la muerte de Saúl el enemigo volvió a apoderarse de lo que había perdido, no iba a retenerlo por mucho tiempo. Un gran jefe, David, que se había elevado al poder con ayuda de los filisteos y que ahora contaba con el apoyo de las tribus del sur, fundía a los hebreos del sur y del norte en una sola sociedad monárquica y, habiendo expulsado del norte una vez más a sus antiguos amos, amenazó la parte sur del gran camino del norte desde una nueva capital, Jerusalén. Por otra parte, al asolar repetidamente las tierras al este del Jordán hasta el borde del desierto, David había contenido incursiones ulteriores procedentes de Arabia; y aunque el estado arameo de Damasco crecía para convertirse en peligro formidable, había parado en seco, por el momento, su tendencia a extenderse hacia el sur, y se había vigorizado él mismo por medio de tratados con otro príncipe arameo, el de Hamath, establecido en el flanco norte de Damasco, y con el jefe de la ciudad fenicia más cercana, Tiro. Esta última no era todavía el rico lugar que llegaría a ser en el siglo siguiente, pero era lo suficientemente vigorosa para dominar el camino costero al norte de las tierras bajas de Galilea. Israel no sólo no estuvo nunca más seguro, sino que nunca volvería a tener una posición de tan relativa importancia en Siria como la que tuvo en una época de muchos pequeños y nacientes estados, alrededor del año 1000 a. C.; y en tiempos posteriores, bajo la sombra de Asiria y la amenaza de Egipto, los judíos volverían los ojos al reinado de David y su sucesor, con alguna razón, como a su edad de oro.

El viajero no se hubiera aventurado en el interior de Arabia, y tampoco nosotros. Era entonces una tierra desconocida, totalmente fuera de la historia. No poseemos

registro alguno (si se desecha la misteriosa embajada de la «reina de Saba» que vino a conocer la sabiduría de Salomón) de ninguna relación entre un estado del oriente civilizado y un príncipe árabe antes de la mitad del siglo IX. Puede ser que, como suponía Glaser, la sociedad sabea en el sudoeste de la península hubiera alcanzado ya el estadio preliminar del asentamiento tribal a través del cual Israel pasó con sus jueces, y que ahora se estuviese aproximando a la monarquía, y que nuestro viajero hubiera oído algo de esto en Siria, de labios de los arameos llegados al último. Pero nosotros, que no podemos averiguar nada, no tenemos otra alternativa que dirigirnos nuevamente hacia el norte con él, dejando a nuestra derecha el desierto sirio recorrido por beduinos, que a nadie debían vasallaje, y que tenían el mismo estado social que tenían los anazeh recientemente. Podemos cruzar el Éufrates en Karkhemish o en Til Barsip, frente a la boca del Sayur, o donde Tápsaco dominaba la desembocadura del Khabur.

## 9. Mesopotamia

Ningún anal asirio ha sobrevivido a los escritos cerca de un siglo antes del año 1000 a. C., y muy pocos del siglo siguiente a esta fecha. Ni los registros babilonios remedian esta deficiencia. Aunque no podemos estar seguros de ello, probablemente podemos decir que durante estos dos siglos los príncipes asirios o babilonios tuvieron pocas o ninguna hazaña que registrar de aquellas que consideraban, casi con exclusión de cualquier otra, dignas de inmortalizar en piedra o arcilla, es decir, incursiones, conquistas, saqueo de ciudades, extorsiones de príncipes. Desde la época de Tiglathpileser, ningún «señor del mundo» (título que significaba simplemente señor de la Mesopotamia) se había instalado en ninguno de los ríos gemelos. Qué había sucedido exactamente en el ancho espacio entre los dos ríos y al sur del Tauro desde la partida de las hordas mushki (si en verdad partieron todos), no lo sabemos. Los mitani, que pueden haber sido congéneres de estos últimos, parece que todavía poseían el noroeste; probablemente todo el noreste fuera territorio asirio. No hay duda de que los curdos y los armenios de Urartu arrasaban las campiñas imparcialmente desde el otoño hasta la primavera, como siempre lo hacían cuando Asiria estaba débil. Hemos aprendido mucho sobre la misma Mesopotamia con los resultados de las excavaciones alemanas en Tell Halaf, cerca del Ras el-Ain. Los más primitivos monumentos que se encuentran ahí son quizás reliquias de aquella potencia de Khani (Harran), que se extendió para abarcar la misma Nínive, antes de que los *patesis* semíticos de Assur crecieran hasta convertirse en estado real y se movieran hacia el norte para formar la Asiria imperial. Pero hay también capas posteriores de restos que contienen muestras de sucesos en la Mesopotamia media, y también en regiones vecinas, durante períodos subsecuentes de dominación asiria y de independencia local.

Asiria, como se ha dicho, estaba en esta fecha indudablemente débil, es decir, se hallaba confinada al territorio de sus propios agricultores semitas. Siempre que este estado de cosas se presentó en su historia, parece haber supuesto un predominio de los sacerdotes, en el que contaba mucho la influencia babilónica. La tendencia semítica al super-monoteísmo, que ya se ha señalado, se mostraba constantemente entre los semitas del este (cuando se veían relativamente libres de la tiranía militar) en una reversión de su sumisión espiritual a un dios supremo entronizado en Babilonia, asiento original de la teocracia semítica del este. Y aun cuando esta ciudad tenía escasa fuerza militar, parece que los sacerdotes de Marduk lograban con frecuencia cierto gobierno en los asuntos de la más vigorosa Asiria. Más tarde veremos cuánto prestigio podían lograr los señores guerreros ninivitas, inclusive entre sus propios paisanos, con el reconocimiento formal de su soberanía por parte de Marduk, y cuánto perdían cuando se desentendían de él y perjudicaban su morada local. Aun en el pináculo de su poder, los reyes asirios nunca disfrutaron del derecho natural a gobernar el Asia semítica que pertenecía a los reyes de Babilonia. Si



deseaban el favor de Marduk tenían que reclamarlo con la punta de la espada, y cuando esa punta se bajaba, el favor les era siempre retirado. De principio a fin tuvieron que ser tiranos militares que no contaban con una legitimidad reconocida, sino con las picas de campesinos conscriptos y, al fin, de mercenarios. Ninguna dinastía duró mucho tiempo en Asiria, donde los generales populares, aun cuando estuvieran sirviendo en distantes campamentos, eran elevados con frecuencia al trono, en anticipación de la historia imperial de Roma.

Parece, entonces, que nuestro viajero se hubiera encontrado con que Babilonia, mejor que Asiria, era la principal potencia semítica del este en el año 1000 a. C.; pero que al mismo tiempo no era una potencia fuerte, porque no tenía dominio imperial fuera de la baja Mesopotamia. Puesto que una dinastía, de oscura historia —la de los llamados reyes Pasha, en cuyo tiempo hubo un hombre fuerte, Nabu-Kudur-usur (Nebukhadnezzar) I— encontró fin sin gloria alrededor del año 1000 a. C., puede inferirse que Babilonia pasaba en esta época por una de esas crisis políticas recurrentes que solían ocurrir cuando las ciudades sumerias del «País del Mar» austral conspiraron con algún invasor extranjero contra la capital semítica. Sin embargo, los contumaces supervivientes del elemento más viejo de la población, aun cuando tenían éxito, no parecen haber intentado establecer nuevas capitales o restablecer el estado pre-semítico de cosas. Babilonia había dejado tan atrás a todas las ciudades más antiguas, que no se deseaba ni se creía posible otra consumación de ninguna revuelta que la sustitución de una dinastía por otra en el trono predilecto de Marduk. Sin embargo, las fuerzas sumerias no habían sido las únicas en contribuir al derrocamiento del último rey de la dinastía Pasha. Nómadas de las tribus *suti* hacía largo tiempo que salían de los desiertos del oeste para arrasar Akkad; y el primer rey exaltado por los pueblos victoriosos del «País del Mar» tuvo que expulsar a estos nómadas y reparar sus destrozos antes de poder instalarse en un trono amenazado por Elam en el este y por Asiria en el norte, y que debía caer tan pronto como cualquiera de estos últimos pueblos encontrara un jefe vigoroso.

## Capítulo II

### El Oriente en el año 800 a. C.

DOS SIGLOS han pasado por el Oriente, y a primera vista parece como si no hubiera ocurrido ningún cambio radical en su condición social o política. Ningún poder extranjero ha entrado en él; y sólo ha surgido un nuevo estado de importancia, el frigio. Los pueblos que eran los más importantes en el año 1000 son todavía los más importantes en el año 800: los asirios, los babilonios, los mushki de Capadocia, los tribeños de Urartu, los arameos de Damasco, los fenicios comerciantes de la costa siria y los griegos comerciantes de la costa de Anatolia. El Egipto ha permanecido detrás de su frontera, excepción hecha de una correría en Palestina aproximadamente el año 925 a. C., de la cual trajo Sheshonk, el libio, tesoros del templo de Salomón para aumentar el esplendor de Amón. Arabia no ha empezado a destacarse. Ha habido, claro está, progreso, pero a lo largo de viejos lineamientos. Se han alterado los valores relativos de los estados: algunos se han vuelto más decisivamente los superiores de otros, en relación a lo que eran doscientos años atrás; pero son aquellos cuyo crecimiento estaba previsto. ¿Dónde está, pues, la gran diferencia? Porque indudablemente las cosas han cambiado. No se necesita hurgar mucho para percibir el cambio, y quien mire con cuidado no sólo advertirá ciertos cambios, sino que percibirá en ciertos sectores señales y advertencias de un estado de cosas venidero que no se soñaba en el año 1000 a. C.

# 1. El reino medio de Asiria

La novedad visible es la presencia de una potencia predominante. El mosaico de pequeños estados subsiste, pero uno de ellos ejerce señorío sobre los demás, y ése es Asiria. Más aún, el dominio extranjero que Asiria ha estado disfrutando durante tres cuartos de siglo es el primero de su especie restablecido por una potencia asiática. Como hemos visto, en otros tiempos Asiria había conquistado un imperio del tipo nómada semítico, es decir, una licencia para saquear sin resistencia en una gran extensión de tierras; pero, de acuerdo con lo que sabemos, ni Salmanasar I ni Tiglathpileser I habían concebido siquiera la idea de conservar las provincias devastadas por medio de una organización oficial permanente. Pero en el siglo IX, cuando Asurnazirbal y su sucesor Salmanasar, segundo de este nombre, salían a sus expediciones anuales, pasaban por dilatados territorios mantenidos para ellos por gobernadores y guarniciones, antes de llegar a otros a los cuales pensaban encadenar a su dominio. Por ejemplo, encontramos a Salmanasar II, en el año tercero de su reinado, fortificando, rebautizando, guarneciendo y dotando con un palacio real la ciudad de Til Barsip, en la ribera del Éufrates, para mejor asegurarse libre paso a través del río. Finalmente, ha quitado de Ahuni al jefe arameo local, y mantiene este lugar como fortaleza asiria. Hasta ahí había extendido la Asiria su imperio territorial, pero no llegaba más allá. Ciertamente que todos los años se internaba lejos del Éufrates, hasta la misma Fenicia, Damasco y Cilicia, pero se limitaba a saquear, a extorsionar y a destruir, como los antiguos emperadores de Babilonia, o como sus propios predecesores imperiales de Asiria.

Había, pues, mucho del viejo instinto destructivo en la concepción que Salmanasar tenía del imperio; pero también obraba en él un principio constructivo que modificaba esta concepción. Si el Gran Rey era todavía una especie de emir beduino, obligado a salir de correría todos los veranos, había concebido, como en nuestros días Mohammed ibn Rashid, príncipe árabe de Jebel Shammar, la idea de extender su dominio territorial, de tal manera que pudiera alcanzar fácil y seguramente nuevos campos para saqueos más provechosos. Si podemos utilizar fórmulas modernas a propósito de un sistema imperial antiguo e imperfectamente realizado, deberíamos describir el dominio de Salmanasar II como formado (además del centro asirio) por un amplio círculo de posesiones territoriales extranjeras que incluían a Babilonia en el sur, toda la Mesopotamia en el oeste y en el norte, y todo, hasta el Zagro, en el este; por una «esfera de influencia exclusiva» que se extendía hasta el lago Van en el norte, mientras por el oeste llegaba más allá del Éufrates hasta la Siria media; y, finalmente, por una licencia para saquear hasta las fronteras mismas de Egipto. Las últimas expediciones de Salmanasar sobrepasaron las fronteras de la esfera de influencia. Habiendo cruzado ya las montañas Amanu, se hallaba en Tarso en su vigésimosexto verano; atacó a Damasco repetidas ocasiones a mediados de su

reinado, e incluso Yehu de Samaria pagó su extorsión en el año de 842.

En el siglo IX la Asiria debe haber parecido la más vigorosa, así como la más opresora potencia que el Oriente había conocido. La casa reinante pasaba su autoridad de padres a hijos en una sucesión dinástica ininterrumpida, la cual no había sido siempre la regla, y que raras veces lo sería en lo sucesivo. Su corte estaba radicada en el interior de la Asiria media, lejos de la ciudad de Assur, dominada por los sacerdotes, que parece haber sido siempre antiimperial y pro Babilonia; porque Asurnazirbal había devuelto a Kalah el rango de capital que había tenido bajo Salmanasar I, pero que había perdido bajo Tiglathpileser, y ahí tenían su trono los reyes del imperio medio. Los ejércitos asirios no se componían aún de soldados de fortuna, ni, según parece, aumentaba sus filas con las levadas provinciales heterogéneas que seguirían a los reyes asiáticos en épocas posteriores, sino que se reclutaban todavía entre los robustos campesinos de la misma Asiria. El monarca era un autócrata absoluto que dirigía un despotismo militar supremo. Es natural que tal poder no pudiera menos de sobrevivir. Y sobrevivió, en verdad, por más de dos siglos. Pero no era tan fuerte como parecía. Antes de que terminara el siglo de Asurnazirbal y de Salmanasar ciertos gérmenes inherentes de decadencia colectiva se habían desarrollado ya en su sistema.

Parece decreto de la ley natural el que un linaje, cuyos miembros individuales tienen todas las oportunidades y licencias posibles para entregarse a los placeres sensuales, decaiga a un paso constantemente acelerado. Por tanto, *pari passu*, un imperio que es tan absolutamente autocrático que el monarca es su fuente principal de gobierno se debilita a medida que pasa de padres a hijos. Su única oportunidad de conservar alguna de su prístina fuerza es desarrollar una burocracia que, si se inspira en las ideas y métodos de los miembros fundadores de la dinastía, puede seguir realizándolos en un sistema cristalizado de administración. Esta oportunidad nunca se preocupó el imperio asirio medio por aprovecharla. Hay pruebas de la delegación del poder militar de los Grandes Reyes en manos de un Estado Mayor, pero no se advierte nada de la delegación del poder civil que podía haber propiciado la formación de una democracia. Por tanto, la concentración de poder en una persona, que al principio había sido elemento de energía, vino a engendrar una debilidad creciente, a medida que los miembros de la dinastía se sucedieron unos a otros.

Además, los irresistibles ejércitos asirios, que habían sido conducidos al extranjero todos los veranos, se compusieron durante generaciones de rudos campesinos sacados de los campos de la cuenca media del Tigris, principalmente en la ribera izquierda. Sin embargo, la razzia anual es una institución beduina, propia de una sociedad seminómada que cultiva poco y sin grandes preocupaciones, y puede dejar las tareas agrícolas y pastorales que hay que hacer en el verano a los viejos, a los niños y a las mujeres, sin gran pérdida. Pero en una población sedentaria que tiene que labrar tierras profundas, cosechar en verano y mantener un sistema de riego, se halla en situación muy diferente. Los reyes asirios, al enrolar a sus campesinos

agrícolas todas las primaveras, para que reasumieran la vida de los nómadas militantes, no sólo agotaron los recursos de su propia riqueza y estabilidad, sino que atizaban profundo descontento. A medida que pasan los dos siglos siguientes, se hablará más y más de desolación y miseria en las tierras asirias. Ya antes del año 800 tenemos el espectáculo de la rebelión del distrito agrícola de Arabela contra los hijos de Salmanasar, distrito que después de ser pacificado con dificultades, se levantó de nuevo contra Adad Nirari III en una revuelta todavía activa al finalizar el siglo.

Finalmente, esta monarquía militante, cuya vida era la guerra, estaba condenada a crearse enemigos implacables tanto en el exterior como en el interior. Entre los del interior estaban, evidentemente, los sacerdotes, cuya influencia era suprema en Assur. Recordando quién había dado a la Asiria su primer rey independiente, resentían que su ciudad, asiento escogido de las primeras dinastías, que había sido devuelta a la primacía por el gran Tiglathpileser, ocupara un lugar secundario. En consecuencia, nos encontramos con la ciudad de Assur aliada a los habitantes de Arbela en las dos rebeliones antes mencionadas, y parece que siempre estuvo dispuesta a dar la bienvenida a cualquier intento de parte de los semitas babilonios por reconquistar su antigua supremacía sobre la Asiria del sur.

## 2. Urartu

Como cabía esperar de las circunstancias geográficas, los más peligrosos y persistentes de los enemigos de la Asiria eran los fieros montañeses del norte. En el este se acumulaban tempestades detrás de las montañas; pero todavía no estaban listas para estallar. Al sur y el oeste había distritos sedentarios de vieja civilización, que no estaban dispuestos a pelear, o grupos vagabundos de nómadas hartos esparcidos y mal organizados para ser peligro grave. Pero la situación del norte era distinta. Los valles silvestres, a través de los cuales descendían los afluentes de la ribera izquierda del Tigris superior, habían sido siempre refugio de fieros clanes batalladores, codiciosos de los pastos de invierno y el clima más templado de las llanuras al norte de Mesopotamia, y había sido la ansiosa preocupación de una potencia mesopotámica tras otra —incluso hasta nuestros días— tomar medidas para rechazarlos. Puesto que la debilidad principal de estas tribus reside en la falta de unidad que fomenta la naturaleza subdividida de su país, no debe haber sido pequeña causa de preocupación para los asirios ver que, a principios del siglo IX, un reino de Urartu, o como lo llamaban sus propios habitantes, Khaldia, empezaba a ganar poderío sobre las comunidades en torno al lago Van y en las cabezas de los valles que descienden hasta el territorio asirio. Tanto Asurnazirbal como Salmanasar condujeron numerosas expediciones a las montañas del norte con la esperanza de debilitar a las tribus con cuya adhesión podía aumentar su vigor aquel reino vánico. Ambos reyes penetraron más de una vez hasta las inmediaciones del lago Urmia, y Salmanasar alcanzó el centro del Urartu mismo en tres o cuatro ocasiones, pero sin éxito definitivo. El estado vánico siguió floreciendo, y sus reyes —cuyos nombres suenan más europeos que asiáticos—, Lutipris, Sarduris, Menuas, Argistis, Rusas, se construyeron recias fortalezas que todavía hoy se levantan alrededor del lago Van, y tomaron de sus enemigos del sur una escritura con que grabaron rocas con las relaciones de guerras felices. Una de estas inscripciones aparece muy al oeste, en la ribera izquierda del Éufrates, frente a Malatia. Hacia el año 800 a. C., a pesar de los esfuerzos de los hijos de Salmanasar por continuar la política de su padre de hacer la guerra dentro del territorio enemigo, el rey vánico había logrado reemplazar la influencia asiria por la ley de Khaldia en la cuenca superior del Tigris y la alta Mesopotamia, las tierras «Nairi» de los escribas asirios; y sus sucesores saquearían, durante la época siguiente, llanuras cada vez más lejanas.

### 3. Los medos

Amenazadora como parecía esta nación de Urartu, a fines del siglo IX, a la debilitada dinastía asiria, había otros dos grupos raciales, que habían aparecido tardíamente en su horizonte, los cuales, a la larga, demostrarían ser más verdaderamente peligrosos. Uno de éstos estaba instalado a lo largo de la frontera noreste, en las más lejanas estribaciones de las montañas Zagro y en la meseta que hay detrás de éstas. Se trataba, en apariencia, de un pueblo compuesto, que había pasado por el lento proceso de formación y crecimiento. Parece que uno de sus elementos era de la misma sangre que una vigorosa población pastoril que por entonces recorría las estepas del sur de Rusia y del oeste del Asia central, y que serían vagamente conocidos de los primeros griegos con el nombre de cimmericos, y, apenas con menos precisión, de sus descendientes, con el nombre de escitas. Su nombre llegaría a ser palabra familiar en el Oriente antes de mucho. Un brote transcaucásico de este pueblo se había establecido en el moderno Azerbaidján, donde por mucho tiempo había recibido refuerzos graduales de inmigrantes del este que pertenecían a los que se llama grupo iranio de arios. Filtrándose por el pasaje entre las cordilleras del Caspio y el desierto salado que Teherán ahora guarda, estos iranos se extendieron por el noroeste de Persia y hacia el sur por el bien regado país en la orilla occidental de la meseta, que domina las tierras bajas de la cuenca del Tigris. Algunos de ellos, bajo el nombre de parsua, parecen haberse establecido muy al norte, en las costas occidentales del lago Urmia, al borde del reino Ararat; otra parte muy al sur, en las fronteras del Elam. Entre esos puntos extremos parece que los inmigrantes se mezclaron con los escitas ya establecidos ahí, y que, en virtud de su superioridad racial, llegaron a ser los socios predominantes en la combinación. En algún período incierto —probablemente antes del año 800 a. C.— había surgido del elemento iranio un individuo de nombre Zoroastro, quien convirtió a su gente, de adoradores de los elementos, a una creencia espiritual en una divinidad personal; reforma con la cual acrecentó la posición social de su pueblo y le dió cohesión política. El Oriente empezó a conocer y temer la combinación bajo el nombre de *Manda*, y a partir de Salmanasar II los reyes asirios tuvieron que dedicar cada vez más atención al país Manda, invadiéndolo, saqueándolo, arrancándole tributos, con todo lo cual traicionaban su creciente certeza de que un grave peligro acechaba detrás del Zagro: el peligro de los medos.<sup>[3]</sup>

## 4. Los caldeos

El otro peligro, el más inminente de los dos, amenazaba a Asiria por el sur. Una vez más, una inmigración semítica, que con el nombre de caldea distinguimos de otras oleadas semíticas anteriores, canaanitas y arameas, había insuflado nueva vitalidad en el pueblo babilónico. Llegó, como las oleadas anteriores, de Arabia, la cual, por ciertas razones, ha sido en todas las épocas fuente de perturbaciones étnicas en el Asia occidental. La gran península meridional es en su mayor parte una elevada estepa dotada de un aire singularmente puro y un suelo libre de contaminaciones. En consecuencia, engendra una población saludable cuya natalidad, comparada con el índice de defunciones, es extraordinariamente alta. Pero como las condiciones de su clima y suelo impiden el desarrollo interno de sus recursos alimenticios más allá de un punto al que se llegó desde hace muchísimo tiempo, el exceso de población que se acumula rápidamente se ve obligado, de tiempo en tiempo, a buscar el sustento en otra parte. Siendo como son las dificultades de los caminos que conducen al mundo exterior (para no mencionar la certidumbre de la resistencia por parte de éste), los emigrantes en ciernes raras veces emprenden la marcha en pequeños grupos, sino que vagan inquietos dentro de sus propias fronteras hasta que se convierten en horda, la cual se ve al fin obligada por el hambre y la hostilidad doméstica a salir de Arabia. Tan difíciles de detener como una tempestad de arena, los vagabundos árabes caen sobre la región fértil más cercana, para robar, pelear y, a la larga, establecerse. Así, en épocas relativamente modernas, los tribeños Shammar emigraron a Siria y Mesopotamia, y así, en la antigüedad, se movieron los canaanitas, los arameos y los caldeos. Encontramos a los últimos ya bien establecidos alrededor del año 900 a. C., no sólo en el «País del Mar», en la cabeza del golfo Pérsico, sino también entre los ríos gemelos. Los reyes de Babilonia que se enfrentaron a Aurnazirbal y Salmanasar II parecen haber sido de extracción caldea; y aunque sus sucesores, hasta el año 800 a. C., reconocieron la soberanía de Asiria, se esforzaron siempre por repudiarla, buscando la ayuda del Elam o de las tribus desérticas occidentales. Sin embargo, no era llegada su hora. El siglo se cierra con la reafirmación del poderío asirio en la misma Babilonia por medio de Adad Nirari.



## 5. La expansión asiria en Siria

Tales eran los peligros que nublaban el horizonte de los semitas del norte en el año 800 a. C. Pero no eran todavía patentes para el mundo, ante cuyos ojos Asiria parecía aún como la potencia irresistible que extendía cada vez más sus dominios. El oeste ofrecía el campo más atractivo a su expansión. Ahí los fragmentos del imperio hattí gozaban los frutos de la civilización hattí; ahí los opulentos estados arameos, y los más opulentos aún puertos fenicios. Ahí la vida urbana estaba bien desarrollada, cada ciudad se bastaba a sí misma, suficiente en su territorio, y vivía más o menos del tráfico de las caravanas que por fuerza pasaban bajo o cerca de sus murallas entre el Egipto, por una parte, y Mesopotamia y el Asia Menor por la otra. Nunca hubo campo más propicio a la empresa guerrera, ni más abierto al pillaje sin temor de represalias. Sabedora de esto, Asiria se ocupó desde la época de Asurnazirbal en amedrentar y esquilmar a Siria. Casi se convirtió en tarea de todos los años para Salmanasar II marchar al medio Éufrates, vadearlo con su ejército, y extorsionar Karkhemish y las otras ciudades del norte de Siria hasta Cilicia, por un lado, y Damasco, por el otro. Hecho esto, enviaba mensajeros a exigir rescate de las ciudades fenicias, las cuales lo pagaban a regañadientes o lo retenían temerariamente, de acuerdo con la magnitud de su apremio. Desde la última vez que nos detuvimos a considerar los estados arameos, Damasco ha cimentado definitivamente la supremacía que sus ventajas naturales habrán de asegurarle en todas las ocasiones en que Siria se vea libre de la dominación extranjera. Su dinastía guerrera de Benhadad, que había sido fundada, según parece, más de un siglo antes de la época de Salmanasar, extendía ahora su influencia a través de Siria de este a oeste y a los territorios de Hamath, en el norte, y de los hebreos, en el sur. Asurnazirbal nunca se había atrevido a más que a intimar a larga distancia al señor de este vasto y rico estado para que contribuyera al contenido de sus cofres; pero tal obligación tributaria, si alguna vez fué admitida, era descuidada continuamente, y Salmanasar II vió que debía tomar medidas más audaces o contentarse con ver sus bandas limitadas al ya asolado norte. Eligió el ataque franco, y asaltó Hamath, en su séptimo verano, la dependencia damascena más septentrional. Un triunfo notable, conquistado en Karkar, en el Orontes medio, sobre un ejército que incluía contingentes de la mayor parte de los estados semíticos del sur —uno llegó, por ejemplo, de Israel, donde ahora reinaba Ahab—, le abrió el camino hacia la capital aramea; pero no fué hasta doce años más tarde cuando el Gran Rey atacó Damasco. Pero no logró coronar sus éxitos con la captura de la ciudad, y, fortalecida con el ascenso de una nueva dinastía que fundó en 842 Hazael, jefe guerrero, Damasco siguió estorbando a los asirios el pleno disfrute de las tierras meridionales durante otro siglo.

Sin embargo, aunque Salmanasar y sus sucesores dinásticos hasta Adad Nirari III no pudieron entrar en Palestina, la sombra del imperio asirio empezaba a cubrir Israel. Las divisiones internas de este último, su temor y envidia de Damasco, ya

habían hecho mucho por asegurar el desastre final. En la segunda generación después de David, la incompatibilidad radical entre las tribus hebreas del norte y del sur, que bajo su mano vigorosa y la de su hijo habían tomado la apariencia de una sola nación, volvieron a afirmar su influencia desintegradora. Si bien no es seguro que las doce tribus hayan sido de una sola raza, sí puede afirmarse que las del norte habían llegado a contaminarse en buena parte de sangre aramea y a infectarse de influencias de la Siria media, acentuadas sin duda, especialmente en los territorios de Asher y Dan, por las relaciones establecidas y mantenidas por David y Salomón con Hamath y Fenicia. Estas tribus, y algunas otras del norte, nunca habían estado de acuerdo con las del sur a propósito de una cuestión vital para las sociedades semíticas: las ideas y la práctica religiosas. El monoteísmo antropomórfico, que las tribus del sur llevaron de Arabia, tuvo que luchar en Galilea con el politeísmo teriomórfico, es decir, la tendencia a encarnar las cualidades de la divinidad en formas animales. Hay pruebas suficientes de estas creencias en la tradición judea, aun durante la época de los vagabundeos pre-palestinos. Encarnaciones reptilinas y bovinas se manifiestan en la historia del Éxodo, y a pesar de los fervientes esfuerzos misioneros de una serie de profetas, y de la adhesión de muchos fieles, incluso tribeños del norte, al credo espiritual, estos cultos ganaron fuerza en la congenial vecindad de arameos y fenicios, hasta que dieron como resultado la separación política del norte y el sur tan pronto como llegó a su fin el reinado de Salomón. A partir de entonces, hasta la catástrofe de las tribus del norte, no volvería a haber una nación hebrea unida. El reino del norte, acosado por Damasco y forzado a tomar parte en sus luchas, buscaba ayuda extranjera. La dinastía de Omri, que, a fin de asegurar el control del gran camino del norte, se había construido una capital y un palacio (descubierto no ha mucho) en el monte de Samaria, contaba principalmente con Tiro. La dinastía que siguió a ésta, la de Yehú, quien se había rebelado contra el hijo de Omri y su reina fenicia, coqueteó con Asiria y la animó para aumentar la presión sobre Damasco. Era una política suicida; porque en la existencia ininterrumpida de un vigoroso estado arameo en el norte estaba la única esperanza de larga vida para Israel. Yeroboam II y su profeta Jonás debían haber visto que el día de ajustar cuentas llegaría pronto para Samaria una vez que Asiria ajustara cuentas con Damasco.

Hasta cierto punto, aunque desgraciadamente no en todos los detalles, podemos rastrear en los registros reales el avance del dominio territorial asirio en el oeste. La primera señal clara de su expansión nos la da una noticia de la ocupación permanente de un punto sobre la orilla izquierda del Éufrates, como base para el paso del río. Este punto era Til Barsip, situado frente a la embocadura del más meridional de los afluentes sirios, el Sayur, y antigua capital de un principado arameo. La prueba de que su ocupación por Salmanasar II, en el año tercero de su reinado, se hizo con intención de que fuera permanente, la tenemos en el hecho de que recibió nuevo nombre y se convirtió en residencia real asiria. Se han encontrado recientemente cerca de Tell Ahmar, el villorrio moderno que ha sucedido a la ciudad real, dos leones

de basalto que el Gran Rey erigió entonces a cada lado de su puerta mesopotámica e inscribió con textos conmemorativos. Esta medida indicaba la anexión definitiva por parte de Asiria de las tierras de Mesopotamia, las cuales habían estado bajo gobierno arameo durante un siglo y medio cuando menos. Cuándo se estableció ahí este gobierno, no lo sabemos con certeza; pero el colapso del poderío de Tiglathpileser, alrededor col año 1100 a. C., sigue tan de cerca a la principal invasión aramea, procedente del sur, que parece probable que esta invasión haya sido en gran medida la causa de este colapso, y que su consecuencia inmediata fuera la constitución de los estados arameos al este del Éufrates. El más fuerte de ellos, y el último en sucumbir ante Asiria, fué Bit-Adini, distrito al oeste de Harran, del cual había sido Til Barsip la ciudad principal.

La etapa siguiente de la expansión asiria la señala una ocupación similar de un punto en el lado sirio del Éufrates, a fin de proteger el paso del río y con el fin de convertirlo en sitio de concentración de los tributos. Ahí se levanta Pitru, antes ciudad hattí, y que acaso fuera la Pethor bíblica, situada junto al Sayur en algún sitio todavía no identificado, pero que probablemente estaba cerca de la desembocadura del río. En el año sexto de Salmanasar recibió nombre asirio, y se la utilizó después como base para todas las operaciones en Siria. Sirvió también para amagar e intimidar la ciudad de Karkhemish, más grande y rica, que distaba de ahí pocas millas hacia el norte, y que por mucho tiempo permanecería libre de la ocupación asiria permanente, aunque sujeta a extorsión en cada correría occidental del Gran Rey.

Con este último avance hacia el oeste de sus posesiones territoriales permanentes, Salmanasar parece haberse dado por satisfecho. Tenía seguro el vado del Éufrates, y se había establecido firmemente en la orilla siria. Pero no podemos estar seguros sobre este punto, porque, aunque ninguno de sus registros conocidos mencione el cambio de nombre de ninguna otra ciudad siria, muchas pueden haber sufrido el cambio sin que se las mencionara en los registros, y otras pueden haber sido ocupadas por guarniciones asirias permanentes sin recibir nuevo nombre. Sea como sea, podemos rastrear, año por año, el avance constante de columnas asirias en el interior de Siria. En 854 la base de operaciones más distante se estableció en Khalman (Aleppo), de ahí marchó Salmanasar hacia el Orontes para librar, cerca del sitio de lo que más tarde sería Apamea, la batalla de Karkar. Cinco años más tarde, al regresar velozmente de una correría ciliciana, entró en Hamath. Seis años más pasaron antes de que volviera a hacer progresos en el sur, aunque en el intervalo volvió a invadir Siria, cuando menos una vez. Sin embargo, en 842, habiendo tomado un nuevo camino a lo largo de la costa, torció hacia el interior en Beirut, cruzó el Líbano y el Antilíbano, y logró llegar al oasis de Damasco así como también asolar cierta distancia en dirección del Hauran; pero no se apoderó (acaso, como el emir beduino que era, ni siquiera lo intentó) de la ciudad amurallada. Parece que repitió su visita tres años más tarde, pero que no pasó nunca de ahí. Lo cierto es que nunca se aseguró Fenicia, Celesiria o Damasco, y menos todavía Palestina, mediante una organización

permanente. Es verdad, como se ha dicho, que no tenemos base para afirmar que en esta época Asiria haya incorporado definitivamente a su imperio ninguna parte de Siria, excepto aquel puesto de observación establecido en Pitru, sobre el Sayur. Ni tampoco es posible anotar más en el crédito de los sucesores inmediatos de Salmanasar; pero debe quedar claro que para fines del siglo Adad Nirari había extendido la esfera asiria de influencia (distinta de sus posesiones territoriales) algo más hacia el sur para incluir no sólo la Fenicia, sino también la parte norte de la Filistia y Palestina, con los distritos agrícolas al este del Jordán.

## 6. Cilicia

Cuando un emperador asirio cruzaba el Éufrates y se acuartelaba en Pitru para recibir la sumisión de los jefes occidentales y reunir sus fuerzas con objeto de asolar las tierras de quien no se apresurara a rendir homenaje, se hallaba mucho más cerca de las fronteras de Asia Menor que de las fenicias o del reino de Damasco. Sin embargo, tres de cada cuatro ocasiones los señores del imperio asirio medio se contentaban con saquear una vez más las muy castigadas tierras de la Siria media, y en la cuarta, si acaso se volvían hacia el norte, nunca iban más allá de la Cilicia oriental, es decir, del horizonte que podían ver cualquier día despejado desde cualquier altura cerca de Pitru. Sin embargo, al otro lado de la muralla moteada de nieve que limitaba la vista hacia el norte, había reinos codiciables, Hanigalbat con su capital Milid, que comprendía el fértil distrito que más tarde sería parte de Cataonia; Tabal al oeste, extendido sobre el resto de Cataonia y el sur de Capadocia; y Kas, dueño de la Tianitis y de la llanura de Licaonia. ¿Por qué, pues, se mantuvieron alejados de tan codiciable presa aquellos bandidos imperiales del siglo IX? Sin duda porque ellos y sus ejércitos, que todavía no se reclutaban, que nosotros sepamos, entre otras poblaciones que las semitas de Asiria, eran árabes de origen, hombres del sur, para quienes la elevada meseta al otro lado del Tauro era tan temible como lo ha sido para todos los semitas desde entonces. Mareas de invasiones árabes, hinchándose una y otra vez al pie del Tauro, se han colado en ocasiones por los puertos de las montañas para fluir en corrientes aisladas hacia el interior del Asia Menor; pero siempre han vuelto a retirarse con la misma rapidez. La repugnancia que sentían los asirios por el Asia Menor puede contrastarse con la diligencia con que sus sucesores iraníes invadieron la península, y puede ilustrarse con toda la historia subsecuente. Ninguna base permanente establecieron jamás los sarracenos en el Asia Menor; su conquista definitiva quedó reservada a los turcos del norte. El efímero poder árabe de Mehemet Ali, quien se rebeló contra los turcos entre 1800 y 1840, avanzó sobre la meseta sólo para retroceder al momento y permanecer detrás del Tauro. La actual línea divisoria de los pueblos que hablan turco y árabe señala el inmemorial límite semítico. Tan pronto como el terreno de la Siria del norte alcanza un nivel de 700 metros, la lengua árabe se hunde en el silencio.

Por tanto, nunca encontraremos ejércitos asirios internándose o permaneciendo lejos del Tauro. Pero los encontraremos invadiendo constantemente, y con gran desenfado, la Cilicia, no obstante la gran muralla montañosa que la divide de Siria. Cilicia —al menos toda la parte de ésta que solía ser recorrida por los asirios— es baja, abierta hacia el sur y está protegida por elevadas montañas de los vientos fríos del norte y del este. Disfruta, ciertamente, de un clima más tibio y estable que cualquier parte de Siria, excepto en la faja costanera, y socialmente ha estado siempre más cerca de las tierras meridionales que del todo geográfico del cual forma parte:

Asia Menor. En la población de la llanura predominó un elemento semítico, especialmente en su principal ciudad, Tarso, a lo largo de toda la antigüedad. Tan estrechamente ligada estaba Cilicia con Siria, que el príncipe de Kue (su parte occidental) se unió a los príncipes de Hamath y de Damasco y a sus aliados sirios meridionales, en aquella combinación destinada a la defensa común contra la agresión asiria que Salmanasar destruyó en Karkar en 854; y con objeto de neutralizar un factor importante en el poder defensivo de Siria, este último atravesó Patin el año 849 y cayó sobre Kue. Pero entonces algún levantamiento en Hamath requirió su atención, y no fué hasta el final de su reinado cuando sometió sistemáticamente a Cilicia.

Salmanasar se dedicó con empeño sorprendente a este pequeño y más bien oscuro rincón del Asia Menor. Anota en su año vigésimoquinto que ya ha cruzado siete veces los montes Amanos; y al año siguiente lo encontramos de nuevo en Cilicia en marcha hacia Tarso para derrocar a su príncipe y poner a otro más manejable en su lugar. Como, en apariencia, no utilizó jamás la Cilicia como base para intensificar las operaciones del otro lado del Tauro, y se contentó con el reconocimiento formal de su majestad por el príncipe de Tabal, nos vemos forzados a concluir que invadió la tierra en interés de la tierra misma. Casi tres siglos después, este pequeño país saldrá súbitamente de la niebla que la oculta con más persistencia que a cualquiera otro del antiguo Oriente, para mostrarse como una de las cuatro mayores potencias de Asia, gobernada por un rey que, mano a mano con Nebukhadnezzar II, negocia una paz entre los lidios y los medos, cada uno de los cuales estaba en el pináculo de su poder. A continuación, la niebla vuelve a ocultarlo, y casi no sabremos nada de una larga línea de reyes que, portadores de un título real helenizado bajo la forma Siensis, reinó en Tarso, y que tuvo poco en común con otros príncipes de la Anatolia. Pero podemos deducir con toda razón, de las circunstancias de la intervención pacífica acabada de mencionar, que el poder de la Cilicia había estado creciendo por algún tiempo antes del hecho; y también podemos deducir de la frecuencia con que Salmanasar saqueó esta tierra, que en el siglo IX era ya rica y civilizada. Sabemos que fué un gran centro del culto de Sandan, y podemos conjeturar que sus reyes estaban emparentados con la raza mushki y que, si no eran los principales supervivientes del tronco original que invadió Siria en la época de Tiglathpileser, contaban al menos entre los principales herederos de la antigua civilización hattí. Algunos llegan a fechar su civilización en tiempos más tempranos aún, y creen que los keftiu, que llevaban ricos presentes a los faraones de las dinastías 18<sup>a</sup> y siguientes, eran cilicianos.

Por desgracia, se han llevado a cabo muy pocas excavaciones científicas en Cilicia; pero durante muchos años, compradores de antigüedades han estado recibiendo, en Tarso y su puerto, piedras talladas y sellos de exquisita artesanía, que pertenecen al arte hetita, pero que parecen de fecha posterior a la mayor parte de los productos de éste. En su decoración muestran diseños peculiares, que también han

sido observados en Chipre, y presentan peculiaridades de forma que se encuentran también en las primeras muestras del arte jonio. Hasta que no dispongamos de otras pruebas, estos pequeños objetos deben ser nuestros testigos de la existencia de una cultura sub-hetita en Cilicia altamente desarrollada, la cual, ya en el siglo IX, se había refinado por la influencia de las colonias griegas en las costas de Anatolia y quizás, todavía antes, por el arte cretense del área egea. La civilización ciliciana ofrece un eslabón entre Oriente y Occidente que merece más consideración y estudio del que se le ha prestado hasta ahora.

## 7. Asia Menor

No tenemos razones para suponer que algún monarca asirio marchó en persona hacia el interior del Asia Menor, a través del Tauro, aunque varias columnas volantes visitaron Hanigalbat y Tabal, y los príncipes de estos dos países reconocieron con tributos el dominio asirio en la segunda mitad del reinado de Salmanasar. La parte más lejana y mayor de la península occidental estaba fuera del alcance del Gran Rey, y de ella sabemos tan poco en el año 800 a. C. como seguramente sabían los mismos asirios. Sin embargo, sabemos que contenía un gran principado situado hacia el centro en la parte sur de la cuenca del Sangario, y que los griegos asiáticos empezaban a conocer como Frigia. Esta potencia interior ocupaba en su mundo un sitio preeminente, de tal manera, que sobrepasaba a Asiria, y pasaba por la más rica del mundo. Con la sola base de su importancia en las leyendas griegas antiguas, podemos fechar con seguridad no solamente su surgimiento sino su ascenso a una posición dominante, en un período anterior a 800 a. C. Pero hay también otras buenas bases para creer que, antes de finalizar el siglo IX, este principado dominaba un área mucho más amplia que la Frigia de tiempos posteriores, y que sus fronteras occidentales se habían ensanchado casi hasta la costa jónica. Por ejemplo, en la *Ilíada* se habla de los frigios como de vecinos inmediatos de los troyanos, y un cuerpo considerable de leyendas helénicas primitivas se basa en la presencia temprana de los frigios ya no en la Tróada misma, sino en la costa central occidental en torno a la bahía de Esmirna y en la llanura del Caistro, puntos ventajosos desde los cuales mantenían relaciones directas con los inmigrantes griegos. Por tanto, parece seguro que, en alguna ocasión, antes del año 800 a. C., casi toda la mitad occidental de la península debió vasallaje a la potencia de Sangario y que aun los reyes Heracleidas de la Lidia no eran independientes de ella.

Si la Frigia era en el siglo IX lo bastante poderosa como para adueñarse del occidente de Anatolia, ¿domina también lo suficiente del este de la península como para considerarse heredera imperial de los hattis capadocios? La respuesta a esta pregunta (si acaso es posible darla con tan escasas pruebas) dependerá del punto de vista que tenemos sobre la posible identidad del poderío frigio y aquel otro oscuro, pero verdadero, de los mushki, de quienes ya hemos oído hablar. La identidad en cuestión está tan universalmente aceptada en nuestros días que se ha convertido en lugar común de historiadores hablar de los «mushki-frigios». Es muy posible que estén en lo justo; pero, a manera de advertencia, hay que hacer notar que la identificación depende, en último término, de otra, es decir, la de Mita, rey de los mushki, contra el cual lucharía Assurbanipal más de un siglo después, con Midas, último rey de Frigia mencionado por Heródoto y celebrado en el mito griego. Suponer esta identidad es cosa atractiva. Mita de los mushki y Midas de Frigia coinciden muy bien en fechas; ambos reinaron en Asia Menor; ambos fueron, en



aparición, importantes y poderosos; ambos lucharon contra los gimirrai o cimmericos. Pero hay también ciertas dificultades a las cuales quizás se ha prestado poca atención. Mientras que Mita parece haber sido un nombre común en el Asia, hasta Mesopotamia, en un período muy anterior a este de que tratamos, el nombre de Midas, por otra parte, llegó mucho más tarde a Frigia del oeste, si acaso en la tradición griega hay algo que indique que los frigios o brigas habían emigrado del sudeste de Europa. Y si consideramos que esta tradición se apoya no solamente en la presencia de nombres similares y parecidas consejas populares en Macedonia y en Frigia, sino también en la aparición en occidente del arte y la escritura frigios posteriores, apenas podemos negarle crédito. En consecuencia, si encontramos el origen de los frigios en los brigas macedonios, debemos conceder que Midas, como nombre frigio, llegó de Europa mucho después que la primera aparición de reyes llamados Mita en el Asia, y nos vemos obligados a poner en tela de juicio que este último nombre sea necesariamente el mismo que Midas. Cuando las alusiones que existen en los registros asirios sobre los mushki dan cualquier indicación sobre su localidad, la colocan al este, no al oeste, de la meseta central de la Anatolia, cerca de donde vivieron los mosqui en época histórica posterior. Por el momento, pues, debemos dejar abiertas las siguientes cuestiones: 1) si acaso los mushki se establecieron alguna vez en Frigia; 2) si, en el caso de que lo hubieran hecho, los reyes frigios que llevaron los nombres de Gordio y Midas pueden haber sido mushki o haber recibido vasallaje de los mushki; 3) si los reyes llamados Mita en los registros de Sargón y Assurbanipal fueron reyes más bien de los mushki occidentales que de Frigia. Sobre la base de lo que sabemos, no podemos admitir de ninguna manera (aunque no sea improbable) que los reyes frigios reinaron sobre los mushki de Capadocia, en virtud de lo cual gobernaron un imperio casi tan grande como el perdido de los hatti.

De todas maneras, fué el suyo un estado vigoroso, el más fuerte de la Anatolia, y la fama de su opulencia y de sus amuralladas ciudades deslumbraba y dejaba estupefactas a las comunidades griegas, que ya para esta época cubrían las costas del oeste y del sudoeste. Algunas de estas comunidades habían pasado por las pruebas de la infancia y se habían convertido en estados cívicos, habiendo establecido vastas relaciones de comercio por tierra y por mar. En el siglo siguiente, Cumas de Eólida daría una esposa a un rey frigio. Éfeso parece haberse convertido ya en importante centro social y religioso. Los objetos artísticos encontrados en 1905 en el piso del primer templo de Artemisa en la llanura (hubo uno anterior de las colinas) deben datar —algunos de ellos— de fecha no posterior al año 700, y su diseño y calidad de mano de obra dan pruebas de florecientes artes y oficios establecidos por largo tiempo en la localidad. También Mileto era ya, ciertamente, un centro adulto de helenismo a punto de convertirse en madre de nuevas ciudades, si es que no lo era ya. Pero, a estas tempranas alturas del año 800, poco sabemos sobre las ciudades griegas del Asia, fuera del hecho de su existencia; y lo prudente será dejarlas crecer otro par

de siglos y hablar de ellas más detenidamente cuando se hayan convertido en poderoso factor de la sociedad asiática occidental. Cuando después de dos siglos volvamos a levantar el telón, veremos que se ha intensificado la luz sobre el escenario oriental; no sólo porque los registros contemporáneos habrán aumentado en volumen y claridad, sino porque podremos utilizar la lámpara de la historia literaria alimentada con tradiciones, que no había tenido que sobrevivir más lapso que el de unas cuantas generaciones.

## Capítulo III

### El Oriente en el año 600 a. C.

CUANDO volvemos a examinar el Oriente en el año 600 a. C., después de dos siglos de guerras y tumultuosos movimientos, advertimos de inmediato que casi todas las tierras tienen nuevos señores. Los cambios políticos son tremendos. Los cataclismos se han sucedido sin interrupción. La dinastía frigia se ha derrumbado entre matanzas y rapiñas, y, establecida en otro asiento de poder, su antiguo cliente gobierna el Asia Menor en su lugar. Los puntos fuertes de los pueblos semíticos de menor importancia han sucumbido casi todos, y Siria se ha convertido en codiciable hueso que se arrebatan un perro extranjero tras otro. El coloso asirio, que dominaba el mundo asiático occidental, se ha venido abajo, y los medos y los caldeos —estas dos insignificantes nubes que se habían cernido sobre el horizonte asirio— ocupan ahora su trono y su palacio. Según podemos advertir, la revolución política es completa. Pero si hubiéramos vivido en el año 600 en Assur, en Damasco, en Tiro o en Tarso, nos hubiera parecido menos importante. En el Oriente, un nuevo amo no siempre significa nueva tierra o nuevo cielo.

Veamos qué tan profundo es en verdad el cambio. El imperio asirio ya no existía. He aquí un hecho de grave importancia que no hay que tomar a la ligera. La catástrofe decisiva ha ocurrido apenas seis años antes de nuestra fecha. Pero el poder de Asiria había ido declinando por cerca de medio siglo, y era evidente, por la libertad con que otras potencias se movían en el área de su imperio durante algún tiempo antes de su fin, que el Oriente llevaba ya varios años de verse libre de su interferencia. A decir verdad, aun antes de que ascendiera al trono el que sería el último «Gran Rey» de los semitas del norte, fué tomada y saqueada la ciudad de Cale, antigua capital del imperio medio y centro vital de la nacionalidad asiria.

## 1. El nuevo reino asirio

Durante los últimos ciento cincuenta años la historia asiria —registro de sombría opresión en el extranjero y de intriga todavía más sombría en el interior— se ha movido a semejanza de alguna terrible tormenta que estalla rápidamente para retirarse después poco a poco. La primera mitad del siglo IX transcurre en medio de una calma chicha. Luego, casi sin aviso, estalla la furia de la tormenta y continúa su devastación por un período de casi cien años. Y el nublado no se despeja hasta que todo ha terminado. La dinastía de Asurnazirbal y Salmanasar II declinó lentamente hasta su fin inevitable. La capital misma se amotinó en 747, y, después de exterminar a los señores legítimos, eligió a un soldado de brillante carrera, que, para lo que sabemos, bien puede haber sido de sangre real, pero que ciertamente no estaba en la línea directa de herederos al trono. Tiglathpileser —porque adoptó un nombre de antiguos monarcas, posiblemente para apoyar su legitimidad— se dió cuenta (o se lo dijo algún prudente consejero) de que el imperio militar que había usurpado ya no debía apoyarse en las levas anuales de campesinos de las aldeas asirias, que se agotaban rápidamente, así como tampoco podía seguir viviendo de extorsiones inciertas arrebatadas a intervalos inciertos ya del otro lado del Éufrates, ya en Armenia, ya de vecinos al este y al sur. Tales ideas y métodos beduinos estaban gastados. El nuevo Gran Rey ensayó nuevos métodos de expresión para nuevas ideas. Soldado de profesión, en deuda con la espada por el trono que la ganara, quiso tener siempre a su disposición un ejército permanente y pagado, no uno que tuviera que volver al arado a cada primavera. Las tierras, que solían pagar forzadas contribuciones a ejércitos que se mandaban expresamente con ese fin desde el Tigris, habrían de incorporarse en lo sucesivo al imperio territorial y pagar sus contribuciones a gobernadores y guarniciones residentes. Más aún, ¿por qué estas mismas tierras no habrían de ayudar al imperio tanto en la defensa como en el ataque mediante levas que se incorporarían al ejército imperial? Finalmente, la capital, Cale, con sus tradiciones de la dinastía extinguida, con sus recuerdos del antiguo régimen y la reciente rebelión, tenía que ser reemplazada por una nueva capital, de la misma manera que lo había sido Assur, con su espíritu babilónico y sacerdotal. Por tanto, había que promover a la categoría de capitales lugares situados un poco más arriba en la corriente del Tigris y colocados más al centro en relación con el país y con los caminos principales que iban del oeste al este. Y no fué hasta después del reinado de Sargón cuando se hizo de Nínive el asiento definitivo de los últimos reyes asirios.

Organizada y vigorizada durante los dieciocho años del reinado de Tiglathpileser, esta nueva máquina imperial, con su ejército profesional permanente, sus levas copiosas en todas las razas belicosas del territorio, sus vastos y seguros ingresos, y su burocracia que mantenía las provincias en relación constante con el centro, se convirtió en la más tremenda potencia ofensiva que el mundo había visto. Tan pronto

como Asiria se hizo consciente de su nuevo vigor, por la facilidad con que rechazó a los depredadores urartios a través de las tierras Nairi y los confinó a sus fortalezas de Van, después de que se habían apoderado de partes de Mesopotamia, y también por la facilidad con que humilló y ocupó de nuevo Babilonia, y con que se apoderó y sometió a tributo a los puertos fenicios y a la ciudad de Damasco —hasta entonces inexpugnable—, empezó a soñar con el imperio universal, primera sociedad en el mundo que concibió este ideal inalcanzable. Sin embargo, ciertas influencias y sucesos habrían de diferir por el momento cualquier esfuerzo por realizar el sueño. Hubo cambios de dinastía, gracias en parte a fuerzas reaccionarias del interior, y todavía más a las bases pretorianas sobre las cuales descansaba ahora el reino, y sólo uno de su casa sucedió a Tiglathpileser. Pero la pausa no fué larga. En el año 722 se apoderó del trono otro general victorioso y, bajo el nombre famoso de Sargón, extendió los límites del imperio hacia Media, en el este, y más allá de Cilicia, hacia el interior de Tabal, en el oeste, hasta que vino a chocar con el rey Mita de los mushki y lo sometió a tributo.

## 2. El imperio de Sargón

Aunque al imperio asirio todavía le faltaba anexarse una gran provincia, puede considerarse que el reinado de Sargón fué el período de su mayor fuerza. No heredó a Senaquerib conquista alguna que no pudiera haber hecho efectiva, además de dejarle la máxima extensión de territorio que el poder central podía retener. Por tanto, podemos hacer una pausa, poco antes de la muerte de Sargón en 705, para ver cuál era la extensión de ese territorio.

Claro está que sus fronteras no pueden definirse con la precisión de un moderno geógrafo político. Los territorios ocupados se convertían imperceptiblemente en esferas de influencia, y éstas, a su vez, en tierras habitualmente, y a veces sólo ocasionalmente, devastadas en correrías. De algunas regiones, especialmente del noreste al noroeste, es muy imperfecto nuestro conocimiento actual de los términos de la geografía antigua de los escribas semíticos, y aun en el caso en que un rey asirio registra con cuidado qué tierras, montañas y ríos ha visitado su ejército, no por eso podemos identificarlos con exactitud. Ni se pueden tomar los registros reales al pie de la letra. Algún margen hay que dejar (aunque sea imposible precisar cuánto) a los informes que con frecuencia atribuyen todas las acciones de una campaña en las cuales no participó el rey en persona (como se ha demostrado en algunos casos) a su solo mérito, y enumeran con grandilocuencia dos veintenas de principados y reinos recorridos y sometidos en el curso de una sola campaña de verano a través de terreno difícil. Esta ilusión de inmensa capacidad, que así se trataba de crear, se ha impuesto con frecuencia a los críticos modernos, y se atribuye a Tiglathpileser y a Sargón el haber marchado por grandes provincias hasta las inmediaciones del mar Caspio, conquistando o exigiendo rescate, cuando en realidad sus fuerzas probablemente no hicieron más que trepar de valle en valle en torno a las aguas madres de los afluentes del Tigris, y atacar jefes de tan poca importancia territorial como los reyes kurdos de Hakkiari.

Al este de Asiria, el imperio territorial de Sargón no parece haber llegado hasta la vertiente misma de los montes Zagros; pero su esfera de influencia no sólo incluyó el nacimiento de los valles Zab, sino también una región al otro lado de las montañas, que llegaba hasta Hamadán y el sudoeste de Azerbaidján, aunque ciertamente no alcanzaba los distritos del este o del norte de esta última provincia, ni Kaswan ni parte alguna del litoral del Caspio. Hacia el norte, se podía pasar la frontera del imperio territorial de Asiria, al cabo de unos cuantos días de marcha de Nínive. Las riberas de los lagos Van y Urmia jamás fueron ocupadas regularmente por Asiria, y aunque Sargón incluyó en su esfera de influencia el reino de Urartu, el cual rodeaba el primero de los lagos y controlaba las tribus hasta las riberas occidentales del segundo, no se ha demostrado que sus tropas alcanzaran el norte y el este del lago Urmia, y se sabe también que dejó la región noroeste de las montañas entre Bitlis y el Éufrates medio en poder de las tribus nativas.

Sin embargo, hacia el este y el sur el brazo de Sargón trazó un círculo más amplio. Se apoderó de Mesopotamia hasta Diarbekir, y, más allá de Siria, no sólo invadió la Cilicia del este y del centro, sino también algunos distritos al norte del Tauro, a saber, la baja llanura de Milid o Malatia, y la parte meridional de Tabal; pero es probable que su garra no haya pasado en la meseta de una línea trazada desde las fuentes del Tokhma Su hasta las proximidades de Tyana, y desde ahí a las Puertas Cilícicas. Al otro lado de esa línea empezaba una esfera de influencia que hemos renunciado a definir, pero que podemos asegurar más o menos que se extendía por Capadocia, Licaona y la parte sur de Frigia. Hacia el sur, toda la Siria pertenecía a Sargón, en su mayor parte merced a la ocupación directa, y el resto en virtud de su señorío reconocido y del pago de tributos. Aun los siete príncipes de Chipre se sometieron de esta manera. Una o dos plazas fuertes sirias, Tiro y Jerusalén, por ejemplo, suspendían el pago del tributo si no andaba cerca el ejército asirio; pero estas muestras de independencia más bien lo eran de la tolerancia del imperio. Las ciudades filisteas, después de la victoria de Sargón sobre sus ejércitos y los de sus aliados egipcios de Rafia, en el año 720, renunciaron a seguir defendiendo sus murallas y la esfera de influencia del Gran Rey se extendió por el este a través del Hamad y por el sur hacia el norte de Arabia. Finalmente, era dueño de toda Babilonia hasta el golfo Pérsico, con el apoyo de los ricos mercaderes que lo apoyaban por interés del comercio de caravanas, a pesar de las murmuraciones de sacerdotes y campesinos. Pero el Elam, cuyo rey y pueblo habían llegado a internarse en la misma Asiria a principios del reinado, apenas puede decirse que dependiera en manera alguna de Sargón, ni siquiera como esfera de influencia. Los pantanos del sudoeste, las llanuras tropicales del centro y las montañas del este la hacían tierra difícil a la conquista de los semitas del norte. Sargón había tenido la prudencia de no meterse con ella. Menos afortunados serían su hijo y sucesores.

### 3. La conquista del Egipto

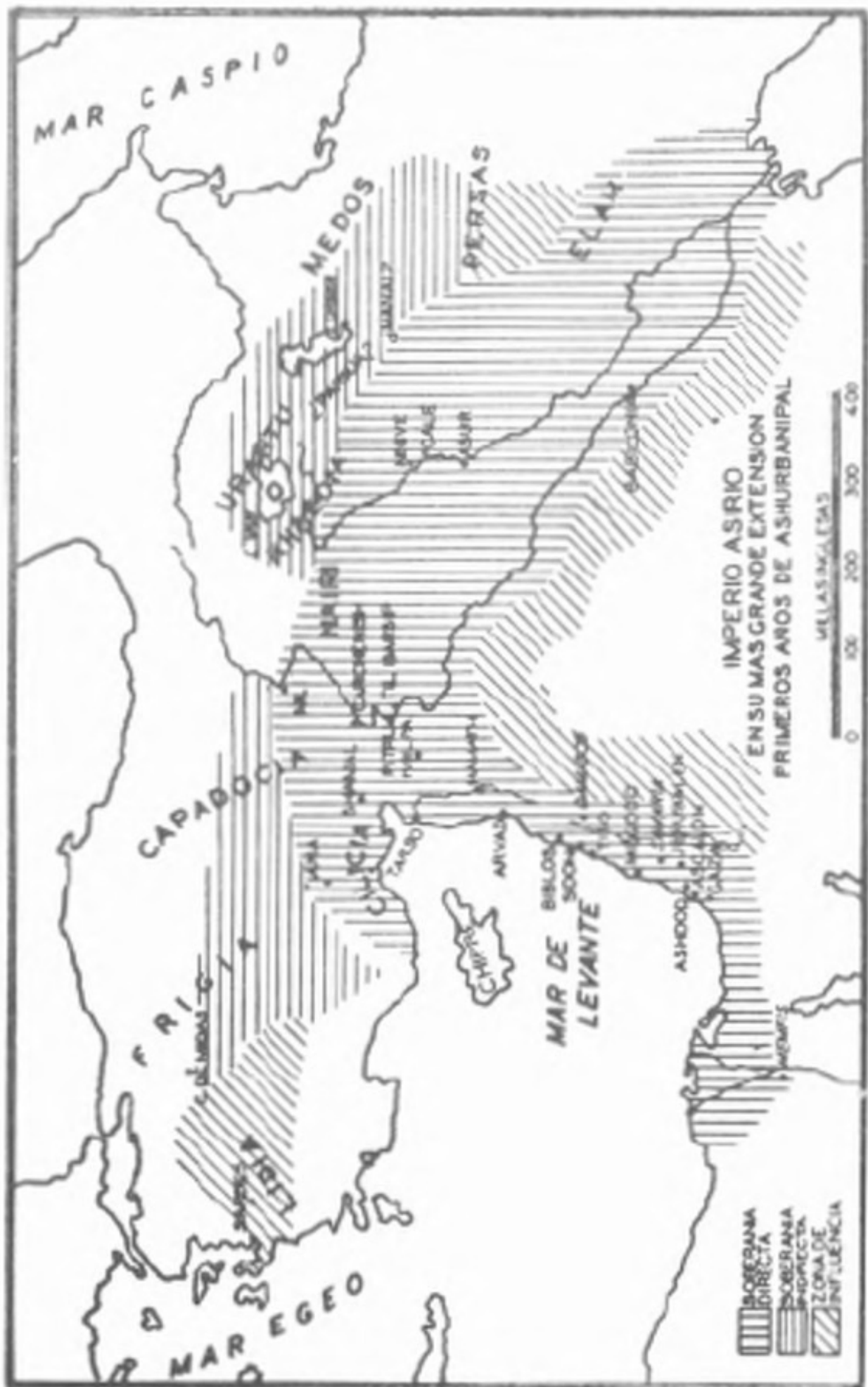
Tal fué el imperio que heredó Senaquerib, hijo de Sargón. Insatisfecho, quiso emprender una conquista que nunca ha permanecido largo tiempo en poder de ningún imperio asiático. Sin embargo, lo que ahora empujaba a la Asiria contra el Egipto no era solamente la avidez del botín. Por largo tiempo el Gran Rey había visto que su influencia era menoscabada en el sur de Siria por la de los faraones. Los príncipes de ambos estados hebreos, de las ciudades fenicias y filisteas, y hasta ios de Damasco, habían recurrido en más de una ocasión al Egipto, y tras de las combinaciones defensivas de estos príncipes y sus revueltas individuales había sentido Asiria el poder del Nilo. Con todo, éste no había hecho por salvar a sus aliados más de lo que hizo por Israel cuando Salmanasar IV acosó la Samaria, que después Sargón tomó y ocupó. Pero aun la esperanza ciega y las vacuas promesas de auxilio pueden ser causa de agitaciones constantes. Por tanto, Senaquerib, después de escarmentar durante los estados del sur en el año 701 (aunque tanto Tiro como Jerusalén lo mantuvieron fuera de sus murallas) y de una larga pelea con la Babilonia caldea, se vió impelido a emprender, en el último año de su reinado, la guerra contra el Egipto. Como anteriormente, tuvo éxito en el sur de Palestina; pero, más adelante, algún terrible desastre se abatió sobre él. Probablemente estalló en su ejército alguna epidemia cuando acababa de cruzar la frontera, lo cierto es que volvió a Asiria para ser asesinado ahí.

La aventura pasó a su hijo, quien, después de derrotar a sus parricidas hermanos, se aseguró en el trono y reinó once años con un nombre que se ha convenido en escribir como Esarhaddon. Tan pronto como sofocó ciertos ataques en Urartu y en el sudoeste del Asia Menor y, lo que es más importante, después que hubo apaciguado a Babilonia a la cual había deshonrado su padre, Esarhaddon emprendió la interrumpida conquista. El Egipto, que por entonces estaba en manos de una dinastía extranjera originaria del alto Nilo y dividido contra sí mismo, le dió poco que hacer al principio. En su segunda expedición (670) llegó a la misma Menfis, la tomó por asalto, e hizo huir al cushita Tirhakah más allá de Tebas, hasta las cataratas. Los asirios proclamaron al Egipto territorio propio y extendieron sobre el país la red de la burocracia ninivita hasta la Tebaida, en el sur; pero ni él ni sus sucesores se preocuparon por adoptar el estilo y títulos de los faraones, como los persas y los griegos, más hábiles, harían más tarde. Luego sucedió que ciertos desórdenes provocados en Asiria por un hijo que se le rebelaba, de acuerdo con la práctica inmemorial del Oriente, hicieron volver a Esarhaddon. Al instante volvió a dirigirse Tirhakah hacia el norte. El Gran Rey regresó para enfrentársele y murió en el camino.

Pero Menfis fué reocupada por el sucesor de Esarhaddon, y como fué éste el que también tomó y destruyó Tebas, y el que, después de la muerte de Tirhakah, echó a los cushitas del Egipto, corresponde a Assurbanipal el dudoso crédito de extender los límites del imperio asirio al punto que ya no habría de sobrepasar. La misma Tiro



cayó al fin, y la esfera de influencia del imperio se extendió por el Asia Menor, hasta la Lidia. Fué el primer rey sirio que pudo llamar suyo al Elam con su capital Susa (después del año 647) y en el este se jactaba de su señorío sobre toda la Media. Es el momento en que las artes y las letras mesopotámicas llegan a la más alta cumbre que habían alcanzado desde los días de Hammurabi, y la fama de la riqueza y el lujo de «Sardanápalo» llegó hasta las tierras griegas. Cerca del año 600 a. C. la Asiria parecía a punto de convertirse en dueña y señora de todas las tierras codiciables.



## 4. Decadencia y derrumbe de Asiria

Por vigoroso que pareciera en el siglo VII el imperio asirio, la verdad es que tenía podrido el meollo. Al liquidar algunas de sus debilidades había creado otras. Los últimos Grandes Reyes de Nínive, elevados al poder y en él mantenidos merced a las lanzas de pretorianos mercenarios, encontraban menos apoyo que la dinastía de Cale en el sentimiento religioso popular, el cual era (como sucedía en el Oriente) la base última de la nacionalidad asiria. Y, bajo las circunstancias, tampoco podían recurrir a la fuerza del sentimiento tribal, que a veces sobrevive a la base religiosa. A lo largo de toda la historia del Reino Nuevo percibimos la influencia de una vigorosa oposición cuyo centro era Assur. Ahí había fijado su residencia el último monarca del Reino Medio al amparo de los sacerdotes. Ahí había sido destronado como remate de un levantamiento anti-sacerdotal de nobles y soldados de origen campesino. Parece que Sargón debió su ascenso, dos generaciones después, a una especie de venganza que tomaron los habitantes de la ciudad, amagados por esta victoria. Pero el hijo de Sargón, Senaquerib, encontró a su vez intolerable la dominación sacerdotal, y, en un esfuerzo por aplastarla para siempre, demolió la ciudad de Babilonia y aterrorizó el asiento principal del culto semítico, el gran centro sacerdotal de Bel-Marduk. Después del asesinato de su padre, Esarhaddon volvió al seno de los sacerdotes, e hizo tanto para granjearse el apoyo religioso, que el partido militar incitó a Assurbanipal a la rebelión y obligó a su padre a que asociara al hijo en el poder real antes de que el primero saliera por última vez de Asiria para morir (o ser asesinado) camino a Egipto. Así la historia entera de la sucesión dinástica en el Reino Nuevo fué típicamente oriental y anticipó, en cada cambio de monarca, la historia de los imperios islámicos. No hay rastro de ningún sentimiento nacional respecto del Gran Rey. Los sucesivos ocupantes del trono obtienen el poder por gracia de un partido y se sostienen en él por la fuerza de espadas mercenarias.

Otra debilidad del imperio fué todavía más fatal. Hasta donde es dable entenderlo de sus propios registros y de los de otras partes, la Asiria vivió dentro de su imperio territorial sin reconocer la menor obligación para con sus provincias a cambio de lo que éstas le daban. Ni siquiera se comprometía a proporcionarles lo que Roma concedía hasta en el peor de los casos, es decir, paz. Consideraba que existían solamente para proporcionarle dinero y soldados. Cuando deseaba reducir a la impotencia cualquier distrito conquistado o establecer en él una guarnición, cualquier distrito conquistado instalaba ahí la población de cualquier otro distrito en las mismas condiciones, mientras los nuevos súbditos tomaban el sitio de los otros. Lo que ocurrió cuando Sargón se apoderó de Samaria, sucedió con frecuencia en otras partes (por ejemplo, Assurbanipal hizo que Tebas y Elam cambiaran habitantes), porque éste fué el único método que llegó a concebir Asiria para asimilar poblaciones extranjeras. Cuando trató de utilizar nativos para gobernar nativos el resultado fué desastroso

como sucedió a Assurbanipal con la designación de Psamético, hijo de Necho, para gobernador de Menfis y el Delta occidental.

Podrido por dentro, odiado y codiciado por razas vigorosas y guerreras del este, del norte y del sur, Asiria se aproximaba a paso veloz hacia la catástrofe en medio del esplendor de «Sardanápalo». El paso se volvió más apresurado al desplomarse este rey. Entonces se presentó en escena un peligro que se había agazapado por el lado del este. Desde las triunfales incursiones de Sargón, la autoridad del Gran Rey había ido disminuyendo en Media; y con sus invasiones de represalia en Elam, al cual había provocado Senaquerib, no sólo agotó Asurbanipal su poderío militar, sino que debilitó una potencia que había servido para contener enemigos más peligrosos.

Hemos visto que los «medos» eran probablemente originarios de una mezcla de escitas e iraníes, elemento este último que dió las clases sacerdotales y gobernantes. Parece que el elemento escita había estado recibiendo considerables refuerzos. Alguna oscura causa que vino a perturbar las estepas del norte obligó a sus belicosos pastores a trasladarse en masa hacia el sur. Una gran muchedumbre, bajo el nombre de gimirrai o cimmericos, descendió en el siglo VII sobre el Asia Menor y la arrasaron hasta el borde occidental de la meseta y más allá. Otros invadieron la Armenia central y oriental, donde, al debilitar al rey vánico, dieron oportunidad a Assurbanipal de proclamar la humillación de Urartu. Otros, en cambio, dieron la vuelta por detrás de los montes Zagros y empezaron a filtrarse en los valles asirios. Aun durante el reinado de Assurbanipal, algunos de invasores se atrevieron a penetrar profundamente en el reino, porque en el año de su muerte apareció en Siria, y recorrió el sur hasta la frontera del Egipto, una banda de escitas. Fué esta correría la que prácticamente acabó con el dominio asirio en Siria, y la que dió a Josías de Jerusalén y a otros la oportunidad de reafirmar su independencia.

La muerte de Assurbanipal coincidió también con el fin del gobierno directo de Asiria sobre Babilonia. Después de la muerte de un hermano y virrey rebelde, ocurrida en 648, el Gran Rey asumió la corona babilónica y gobernó la ciudad sagrada bajo un nombre babilónico. Pero durante largo tiempo habían existido principados caldeos, muy imperfectamente incorporados al imperio asirio, y que, mediante revueltas periódicas, habían logrado ya colocar más de una dinastía en el trono de Babilonia. Tan pronto como dejó de existir «Sardanápalo» y los escitas comenzaron a invadir Asiria, uno de estos principados (se ignora cuál) se adelantó y aseguró la corona austral para su príncipe Nabu-aplu-utsur, o, como escribían los griegos el nombre, Nabopolasar. Este caldeo se apresuró a reforzarse con el matrimonio de su hijo Nebukhadnezzar con una princesa de la Media, y echó de lado la última apariencia de sumisión a la soberanía asiria. Hacia el año 609 se había adueñado del sur de Mesopotamia y de la ruta comercial del valle del Éufrates.

En consecuencia, nos encontramos con este estado de cosas en la última década del siglo. Los escitas y los medos son dueños de la mayor parte de la Asiria del este y del centro. Los caldeos se han apoderado del sur de la Mesopotamia. Y mientras tanto

Siria, aislada del viejo centro del imperio, está a la disposición del que primero llegue a echarle mano. Inmediatamente aparece un aspirante en la persona del egipcio Necho, hijo de aquel Psamético que había rescatado el país del Nilo de manos de los asirios. Probablemente entró el faraón en Siria el año 609 y se abrió paso fácilmente por la barrera que Josías de Jerusalén, con audacia extraordinaria en esta época de debilidad asiria, le opuso en Meggido. Luego siguió su marcha hacia el norte y procedió a disponer a su antojo, durante cuatro o cinco años, de la parte occidental del imperio asirio.

Mientras tanto, se cumplió el destino de Nínive. Ya lo había perdido casi todo cuando, en el año 612, cayó ante el ataque combinado del medo Uvakhshatra, conocido por los griegos como Kyaxares, y de sus aliados escitas y babilonios. El ejército logró abrirse paso, y sólo fué rodeado y destruido en el Khabur el año 606. La abatida capital del Asia occidental fué devastada por los conquistadores, al punto que no se recuperó jamás, y su existencia sobre el Tigris dejó de ser ahí donde hoy se levanta Mosul.

## 5. Babilonios y medos

Seis años más tarde —en el año 600 a. C.— ésta era la posición de aquella parte del Oriente que había sido el imperio asirio. Nebukhadnezzar, el rey caldeo de Babilonia, que había sucedido a su padre más o menos en 605, tenía la mayor parte, aunque, al parecer, no por medio de una organización burocrática centralizada como la establecida por los asirios. Poco antes de la muerte de su padre había derrotado a los egipcios en una batalla librada bajo los muros de Karkhemish, y después los había perseguido en dirección al sur, a través de Siria, y quizás hasta el otro lado de la frontera, antes de que lo llamaran para subir al trono. En consecuencia, por el momento no tenía rival en Siria, y esta parte del imperio perdido parece haber gozado un raro intervalo de paz bajo el gobierno de príncipes nativos, clientes de Nebukhadnezzar, los cuales ejercían su mando más o menos según los lineamientos asirios. Los únicos lugares fortificados que se mostrarían desafiantes serían Tiro y Jerusalén, que contaban con el apoyo del Egipto. La primera de estas ciudades sobreviviría a un sitio intermitente de trece años; pero la otra, con mucho menos recursos, pronto habría de pagar el castigo a ella debido por apoyarse demasiado tiempo «en una caña rota».

Acerca del este y del norte tendríamos que relatar una historia diferente, si pudiéramos relatarla. Pero aunque las tradiciones griegas vienen en nuestra ayuda, tienen mucho menos que decir sobre estas remotas regiones que los anales del imperio que acaba de terminar su vida. Y por desgracia los herederos medos de Asiria no han dejado registros epigráficos, por lo menos no se ha encontrado ninguno. Si, como parece probable, el elemento principal de la potencia guerrera de Kyaxares fué escita, casi no podemos esperar que existan registros de su conquista o de la subsecuente carrera de los medos, aunque Ecbatana se fundó no lejos del sitio de la moderna Hamadán; porque los rapaces escitas, como los mongoles medievales, no se establecían en parte alguna lo suficiente como para desear tallar piedras, y probablemente carecían de habilidad para hacer inscripciones en ellas. Para completar nuestro desconcierto, la única otra fuente posible de luz, los anales babilonios, no arroja claridad alguna a partir de entonces sobre el territorio norte, y casi ninguna sobre cualquier otro territorio. Nebukhadnezzar, según nos han informado los documentos encontrados y leídos hasta ahora, no adoptó la costumbre asiria de enumerar antes que nada sus expediciones y batallas; y de no ser por las escrituras hebreas, apenas sabríamos que sus ejércitos apenas salieron de Babilonia, la reconstrucción de cuyas ciudadelas y santuarios parece haber constituido su principal preocupación. Es verdad que tal silencio en torno a las operaciones guerreras sigue la costumbre de los reyes babilonios anteriores; pero es probable que ese precedente haya surgido del hecho de que por mucho tiempo Babilonia había sido, con mayor o menor continuidad, un estado cliente.

En consecuencia, debemos proceder por inducción. Hay dos o tres sucesos

registrados antes y después de nuestra fecha, y que nos son de gran utilidad. Primero, sabemos por los anales babilonios que Kyaxares, además de recorrer toda la Asiria y la parte norte de Babilonia después de la caída de Nínive, tomó y saqueó Harran y su templo, en el noroeste de Mesopotamia. Ahora bien, por otros registros de Nabónides, cuarto en sucesión después de Nebukhadnezzar, sabemos que este templo no cayó en manos babilónicas hasta mediado el siglo siguiente. La deducción razonable es que hasta 606 a. C. estuvo en manos de los medas, y que el norte de Mesopotamia, así como Asiria, formó parte de un «imperio» meda no muy consistente, durante medio siglo antes de 552 a. C.

Segundo, Heródoto da testimonio de un cierto suceso que ocurrió por el año 585, en una región lo suficientemente cercana a su propio país para que el hecho le fuera bien conocido. Dice que, después de una expedición en Capadocia y una guerra con Lidia, los medos obtuvieron, mediante un tratado celebrado con este último país, promovido por el rey de Babilonia y el príncipe de Cilicia, el río Halys, como «frontera científica» en el noroeste. Esta afirmación nos deja en la seguridad de que el poderío de Ecbatana se había extendido por Armenia y había penetrado en el país hatti de Capadocia, así como en todo el norte de Mesopotamia, en el más amplio sentido de este vago término.

Quizás pueda deducirse algo más de este mismo pasaje de Heródoto. La mediación de los dos reyes, tan inesperadamente concertados, significa con toda seguridad que cada uno de ellos servía a cada uno de los adversarios como amigo y aliado. Si esto es así (puesto que un rey de Babilonia mal puede haber tenido relaciones de esta especie con la distante Lidia, mientras que el príncipe de Cilicia puede haber sido amigo de ésta), la Cilicia estaba probablemente fuera de la esfera de influencia, mientras que Babilonia cayó dentro de ella. Y Nebukhadnezzar —porque él debe haber sido, considerada la fecha, aunque Heródoto le da el nombre desconocido de Labineto— acaso no fué un gobernante enteramente independiente, aunque sí jefe del primero y más grande de los estados clientes de Media. Quizás por eso nos ha dejado tan pocos datos sobre expediciones y batallas, y confinó sus registros a los acontecimientos domésticos. Si sus ejércitos sólo marchaban para cumplir las órdenes de un extraño, no puede haber sentido otra cosa que un tibio orgullo por sus hazañas.

Por tanto, en el año 600 a. C., debemos representarnos un «imperio» medo, probablemente del tipo que hacía incursiones, centrado en el oeste de la Persia moderna y que se extendía hacia el oeste sobre toda la Armenia (donde había dejado de existir el reino vánico), y hacia el sur hasta un punto mal definido de la Mesopotamia. Más allá de este punto, al sur y al oeste, se extendía una esfera meda de influencia que incluía Babilonia y todos los que obedecían a Nebukhadnezzar hasta la frontera del Elam, por una parte, y la del Egipto, por la otra. Puesto que el corazón de este «imperio» se hallaba en el norte, sus actividades principales tenían lugar ahí, y es probable que el soberano medo haya intervenido muy poco en la

autoridad del rey babilonio. Al ensanchar su poderío hacia el oeste, en dirección del Asia Menor, los medos siguieron camino al norte del Tauro y no la vieja ruta de guerra de los asirios que pasaba por Cilicia. Hasta aquí podemos estar seguros. Mucho de lo que nos dice Heródoto de la Media —su maravillosa descripción de Ecbatana, y la no menos maravillosa de la casa reinante— tiene que dejarse de lado hasta que se tenga de ello alguna confirmación, la cual, seguramente, vendrá dentro de poco de las excavaciones norteamericanas de Hamadán.



## 6. El Asia Menor

Sin embargo, queda una gran parte del Oriente que no debía obediencia ni a la Media ni a Babilonia. En verdad se trata de un área considerablemente mayor que la que era independiente del Oriente en la fecha de nuestro último examen del Oriente. El Asia Menor fué, con toda seguridad, independiente de una a otra parte, desde el mar Egeo hasta el Éufrates —porque, probablemente, en el año 600 a. C. Kyaxares todavía no cruzaba Urartu— y desde el mar Negro hasta el golfo de Isos. Ahora tenemos informes más fidedignos sobre una gran parte de esta área, que cuando la examinamos la última vez, porque cayó bajo los ojos de los griegos de las ciudades costeras del oeste y había entablado con ellos relaciones comerciales y guerreras. Pero en cuanto al resto, demasiado alejado hacia el este para preocupar a los griegos, tenemos menos informes de los que teníamos en el año 800 a. C., debido a las deficiencias de los anales imperiales asirios.

El hecho dominante en el Asia Menor del año 600 a. C. es la existencia de una nueva potencia imperial: la de Lidia. Domiciliada en el centro del oeste de la península, su dominio iba hacia el este de la meseta hasta los antiguos límites del poderío frigio, sobre cuyas ruinas se había levantado. Como ya se ha dicho, hay razones para suponer que su «esfera de influencia» incluía la Cilicia, y la batalla que ha de celebrarse en la meseta quince años después de nuestro examen demostrará que, con toda probabilidad, intentó también el control de Capadocia. Sin embargo, antes de que hablemos del reino lidio y de su elevación a su posición actual, será mejor despachar aquel estado del sudeste, probable aliado y hasta cliente de Lidia, y del cual se nos dice que era en esta época una de las «cuatro potencias de Asia». En estas potencias estaba también incluida Babilonia, y por consiguiente, si nuestra conjetura de que el medo era entonces el señor de Nebukhadnezzar es correcta, esta afirmación de Eusebio, hasta el punto en que sea fidedigna, no implica que la Cilicia hubiera alcanzado una posición imperial. Es indudable que, de las cuatro «potencias», era la que ocupaba el grado más bajo de la escala.

## 7. Cilicia

Se recordará cuánta atención había dedicado a este pequeño país un gran emperador merodeador del período asirio medio, Salmanasar II. Los reyes conquistadores de dinastías posteriores apenas se habían ocupado de él. Desde Sargón hasta Assurbanipal, ellos o sus ejércitos se habían presentado frecuentemente en Cilicia, mientras que sus gobernadores lo habían hecho continuamente. Se dice que Senaquerib reconstruyó Tarso «a imagen de Babilonia», mientras que Assurbanipal, quien tuvo que ocuparse con los asuntos del Asia Menor más que cualquiera de sus predecesores, estaba tan íntimamente conectado con Tarso que una tradición popular de época posterior colocó ahí la escena de su muerte y la erección de su grandiosa tumba. Y en verdad, bien puede haber muerto ahí, tan poco es lo que sabemos en contrario; porque ningún registro asirio nos dice que no lo haya hecho. A diferencia del resto del Asia Menor, la Cilicia fué salvada por los asirios de las devastaciones de los cimmericos. Del jefe de éstos, Dugdamme, a quien los griegos llamaban Ligdamis, se dice que encontró la muerte en las colinas fronterizas del Tauro, las cuales, sin duda, no pudo pasar. Así, cuando la muerte de Assurbanipal y la declinación del poderío ninivita permitieron a los vasallos distantes reasumir su independencia, la riqueza sin par de Cilicia pronto le conquistó considerable importancia. Los reyes de Tarso extendieron ahora su poder a las tierras adyacentes, tales como Kue al este y Tabal, al norte, y, probablemente, incluso sobre las posesiones de los kumuk, porque Heródoto, que escribía siglo y medio después de nuestra fecha, hace del Éufrates frontera de Cilicia. Evidentemente comprendió que la parte más boreal de Siria, llamada por geógrafos posteriores (pero nunca por él) Commagene, era entonces y lo había sido por largo tiempo territorio ciliciano. De hecho, sus ideas geográficas retrocedían a la gran Cilicia del período pre-persa, y que había sido una de las «cuatro grandes potencias de Asia».

El rasgo más interesante de la historia ciliciano, tal como se revela raramente y de manera muy imprecisa en los anales del nuevo reino asirio, consiste en su relación con los primeros tanteos de los griegos hacia el oriente. El primer rey asirio con quien parecen haber chocado estos hombres occidentales fué Sargón, quien hacia fines del siglo VIII, al encontrar sus barcos en lo que él consideraba como aguas propias, es decir, en las costas de Chipre y la Cilicia, se jacta de haberlos «atrapado como a peces». Como añade que esta acción suya «dió descanso a Kue y Tiro», podemos inferir razonablemente que los «piratas jónicos» no aparecieron entonces en las costas de Fenicia y Cilicia por primera vez, sino que, por el contrario, ya eran un peligro notorio en la parte más oriental de Levante. En el año 720 encontramos un griego anónimo de Chipre (o Jonia) gobernando Asdod. El sucesor de Sargón, Senaquerib, tuvo serias dificultades con los jonios sólo unos cuantos años más tarde, como se desprende de la comparación de un registro real suyo —recientemente rescatado y

leído— con algunas declaraciones que probablemente fueron hechas antes que nada, por el historiador babilonio Beroso, pero que nos llegaron preservadas en una crónica de fecha muy posterior a la que hasta ahora no se había prestado mucha atención. Al reunir estos fragmentos de información, el erudito asiriólogo L. W. King dedujo que, en la importante campaña que los generales de Senaquerib se vieron obligados a emprender en Cilicia, en el año 698, a consecuencia de una revuelta en Tarso — ayudada por los pueblos del Tauro al oeste y al norte—, los jonios desempeñaron un papel muy prominente en tierra, y, probablemente, en el mar. Un historiador griego posterior dice que Senaquerib erigió un templo «ateniense» en Tarso, después de la victoria, que apenas si se ganó; y si esto significa, como muy bien podría suceder, un templo «jónico», supone algo que no es en modo alguno increíble, si se considera que había habido estrecho contacto local entre los cilicianos y los hombres del occidente. Las sorprendentes similitudes de forma y ejecución artística entre la primitiva glíptica y la toréutica de Jonia y Cilicia, respectivamente, se han mencionado en el último capítulo. Y sólo falta añadir aquí, para terminar, que si la Cilicia tenía relaciones con la Jonia ya al iniciarse el siglo VII —relaciones suficientes para desembocar en alianzas de guerra y modificar las artes nativas— es natural que se la halle aliada, pocos años más tarde, con la Lidia más bien que con la Media.

## 8. Frigia

Cuando echamos el último vistazo sobre el Asia Menor en conjunto, se hallaba en gran parte bajo el dominio de una potencia central, la Frigia. Esta potencia ya no existe, y su lugar ahora lo ocupa otra, más cercana a la costa occidental. Vale la pena anotar, de paso, cómo el dominio anatolio se ha movido de oriente a poniente: desde la cuenca del Halys, en la Capadocia del norte, donde sus dueños habían formado parte, hablando a grandes rasgos, del mismo grupo cultural del oriente mesopotámico, hasta la cuenca media del Sangario, donde las influencias occidentales modificaron grandemente la cultura nativa, si hemos de juzgar por lo que nos queda del arte y la escritura. Ahora, al fin, ha llegado al valle del Hermo, por donde soplan las brisas del mar Egeo. Sin importar cuanto pudiera recuperar el Oriente en el futuro, la península de Anatolia se inclinaba cada vez al Occidente, y el dominio de su territorio venía a depender cada vez más del contacto con el influjo vital del helenismo, más bien que de las conexiones con el corazón del Asia occidental.

Un rey, Mita, de los mushki aparece por primera vez en los anales del nuevo reino asirio como oponiéndose a Sargón, cuando este último, al principio de su reinado, trató de dilatar su esfera de influencia, si no su imperio territorial, más allá del Tauro, de modo de incluir los principados de Kue y Tabal; y el mismo Mita parece haberse aliado con Karkhemish en la revuelta que terminó con el sitio y captura final de la ciudad en el año 717 a. C. Como se ha dicho en el último capítulo, es habitual identificar a este rey con aquel de los «frigios», conocido por los griegos como Midas, de preferencia con el hijo del primer Gordio, cuya riqueza y poder han sido inmortalizados por la mitología. Si esta identificación es correcta, tenemos que representarnos a la Frigia, al final del siglo VIII, como dominando casi toda el Asia Menor, por gobierno directo o indirecto; como preparada para medir su fuerza (aunque sin éxito final) contra la de la mayor potencia en el Asia; y como reclamando intereses aun fuera de la península. Pisisir, rey de Karkhemish, apeló a Mita como su aliado, sea porque el mushki del Asia menor se sentaba en el trono de sus propios antepasados, los hattis de Capadocia, o porque él era de sangre mushki. No puede haber duda de que el rey así invocado era un rey de la Capadocia. Si era rey también de la Frigia, es decir, realmente el mismo Midas, hijo de Gordio, es, como ya se ha dicho, menos seguro. Las relaciones de Mita con Kue, Tabal y Karkhemish no suponen, en sí mismas, que su asiento de poder estuviera en otra parte que al oriente del Asia Menor, donde sobrevivieron los mosqui hasta tiempos muy posteriores; pero, por otra parte, la presencia de inscripciones en la letra característica de la Frigia, al este del Halys, y en Tyana, al sudeste del desierto anatolio central, afirma que en algún tiempo los filamentos del poderío frigio llegaron hasta Capadocia y hacia la tierra de los mosqui posteriores.

También debe admitirse que el esplendor de los monumentos de piedra, supervivientes cerca de la capital frigia, es congruente con el hecho de haber sido el centro de un imperio muy considerable, mientras que no lo es con la suposición de que haya podido ser nada menos. El mayor de estos monumentos, la tumba de un tal rey Midas (hijo no de Gordio sino de Atys), tiene por fachada un acantilado de unos treinta metros de altura, cortado hasta convertirlo en una superficie lisa sobre la cual se ha dejado un diseño geométrico en relieve. Al pie del monumento hay una falsa puerta, mientras que por arriba de la inmensa cortina pétreo, la roca ha sido labrada en forma de un frontón triangular digno de un templo griego y hay grabada una larga inscripción en una variedad de letras de alfabeto griego primitivo. En aquel sitio, en torno al emplazamiento central, hay muchas otras tumbas en roca, de plano y decoración similares, y otras con relieves de figuras humanas y de leones, estos últimos de inmensas proporciones en dos fachadas famosas. Cuando éstas fueron labradas, el arte asirio del Reino Nuevo se conocía evidentemente en la Frigia (probablemente a principios del siglo VII), y es difícil creer que los autores de tan grandes cosas bajo la influencia asiria hayan pasado sin que se les mencionara para nada en los registros asirios contemporáneos. En consecuencia, después de todo, acaso tengamos que admitir que fueron los mismos mushki que siguieron a jefes de nombre Mita para batallar contra los Grandes Reyes de Nínive, desde Sargón hasta Assurbanipal.

No hay duda en cuanto a la manera como el reino frigio llegó a su fin. Los registros asirios atestiguan que los gimirrai o cimmericos, pueblo indo-europeo escita que ha dejado su nombre a la Tartaria Crim y a la Crimea actual, se precipitaron sobre el sur y el oeste hacia mediados del siglo VII, y los registros griegos nos cuentan cómo tomaron y saquearon la capital de la Frigia y dieron muerte u obligaron a suicidarse al último rey Midas.

## 9. La Lidia

Debe de haber sido en la hora de aquel desastre, o muy poco antes, cuando un tal príncipe mérmnade de Sardes, llamado Guggu por los asirios y Gyges por los griegos, se sacudió cualquier vasallaje que pueda haber debido a la Frigia y empezó a exaltar su casa y la tierra de Lidia. Fué el fundador de una nueva dinastía, habiendo sido por origen, según parece, un noble de la corte que subió al trono gracias a una serie de sucesos que se relatan de diferente manera, pero que en todas las versiones se refieren a alguna intriga con la reina consorte de su predecesor. Uno de los historiadores, que dice que prevaleció con la ayuda de los carios, probablemente afirma un hecho; porque parece ser este mismo Gyges el que, pocos años más tarde, posiblemente sometió mercenarios carios a la atención de Psamético de Egipto. Habiéndose enfrentado y rechazado a la horda cimmerica sin ayuda de Assurbanipal de Asiria, a quien se había dirigido en vano, Gyges se alió al rebelde egipcio que acababa de fundar la dinastía y procedió a ensanchar sus fronteras atacando a los prósperos griegos que tenía al oeste. Pero sólo tuvo éxito contra Colofón y Magnesia sobre el Meandro, lugares de tierra adentro, y fracasó ante Esmirna y Mileto, que podían aprovisionarse por medio de sus flotas y probablemente disponían de una gran proporción de aquellos aguerridos «piratas jonios» que durante mucho tiempo habían assolado la costa de Levante. En el curso de un largo reinado, que Heródoto, cronologista inexacto, calcula en treinta y ocho años, Gyges tuvo tiempo de establecer su poderío y de asegurar para sus lidios el dominio del comercio terrestre; y aunque una nueva horda de cimmericos, empujados, según Heródoto, por los escitas (quizás éstos no dejaban de estar conectados con los medos que por entonces se movían hacia el oeste, como ya sabemos), bajó del norte, lo derrotó y le dió muerte, saqueó la parte no fortificada de su capital y prosiguió el pillaje donde pudo hasta el mar sin detenerse a tomar los lugares defendidos, su hijo, Ardis, que se había sostenido en las ciudades de Sardes y ofreció su sumisión a Assurbanipal, pronto pudo reanudar la ofensiva contra los griegos. Después de un ataque asirio contra el flanco o la retaguardia de los cimmericos, que acarreó la muerte del jefe bárbaro en las colinas cilicianas y la dispersión de la tormenta, el lidio volvió a marchar contra el Meandro. Capturó Priene, pero, como su predecesor y su sucesor, no pudo apoderarse de la más codiciada presa de la costa griega, la opulenta ciudad de Mileto en la desembocadura del Meandro. Hasta la fecha de la presente investigación, y durante medio siglo después, estas conquistas de los reyes lidios en Jonia y Caria apenas si fueron más que incursiones en busca de pillaje y soborno, como las anteriores razzias mesopotámicas. Podían resultar en la toma y saqueo de alguna ciudad aquí y allá, pero no en su retención. El griego cariano Heródoto, nacido no mucho más de un siglo después, nos dice que hasta el tiempo de Creso, o sea, hasta la época de su abuelo, todos los griegos conservaron su libertad: y aun en el caso de que quiera decir, como es posible, que nunca antes los griegos se habían visto sometidos a la

esclavitud, aun este dato apoya nuestro argumento, porque, si es posible juzgar según la práctica asiria, la esclavitud de los pueblos vencidos empezaba solamente cuando su tierra se incorporaba en un imperio territorial. Nada sabemos de gobernadores lidios en las ciudades griegas de la costa, y no encontramos rastros de un «período lidio» en los estratos de emplazamientos jonios y carios que se han excavado. De modo que parecería que los lidios y los griegos vivieron hasta el año 600 a. C., y después de esa fecha, en inquieto contacto, reteniendo cada pueblo en general su propio territorio y aprendiendo unos de otros en la única escuela internacional conocida de los hombres primitivos: la escuela de la guerra.

Heródoto parece entender que las ciudades griegas del Asia, de acuerdo con la creencia popular de su tiempo, tenían una gran deuda con la Lidia por su civilización. Probablemente incurrieron en la mayor parte de esta deuda (si existe realmente) después del año 600 a. C.; pero partes de la deuda deben haber sido de fecha anterior, el acuñamiento de moneda, por ejemplo. Sin embargo, hay mucho que poner en la otra hoja del libro, más de lo que sabía Heródoto, y más de lo que podemos calcular hasta ahora. Demasiado pocos monumentos de las artes de los primeros lidios y demasiado pocos objetos de uso diario se han encontrado en las mal exploradas tierras como para decir si debían más al Oriente que al Occidente. Sin embargo, por la excavación norteamericana de Sartes ya hemos sabido con seguridad que su escritura era del tipo occidental y estaba más emparentada con la jonia que la misma frigia; y puesto que su lenguaje contenía un gran número de palabras indoeuropeas no deben considerarse los lidios como pueblo oriental. Aunque los nombres que Heródoto da a sus primeros reyes son mesopotámicos y pueden ser reminiscencias de alguna conexión política con el Lejano Oriente en una época remota —quizás la de las relaciones exteriores de Ur, que parecen haberse extendido hasta Capadocia—, todos los nombres reales posteriores, así como los otros nombres lidios, son claramente anatolios. De cualquier manera, toda conexión con la Mesopotamia debe haberse olvidado largo tiempo antes de que los escribas de Assurbanipal pudieran mencionar la creación de «Guggu Rey de Luddi», como proveniente de una tierra y un pueblo de los que su señor y sus antepasados apenas si habían oído hablar. A medida que adelantan las excavaciones de Sardes y otros lugares de la Lidia, acaso descubramos que la más alta civilización del país fué un crecimiento relativamente tardío, que data, en lo principal, del ascenso de los Mérmnades, y que sus productos muestran una influencia de las ciudades helénicas que empezó no antes de 600 a. C., y que fué más potente en el siglo que siguió a esa fecha.

Nada sabemos de la extensión del poderío lidio hacia el este, a menos que estén bien fundadas las sugerencias ya basadas en el pasaje de Heródoto concernientes al choque de Aliates de Lidia contra Kyaxares el medo, sobre el Halys, algunos años después de la fecha de que se ocupa esta investigación. Si lo están, entonces puede suponerse que la esfera de influencia de la Lidia abarcaba la Cilicia, por el sudeste, y sus intereses deben haber incluido la Capadocia, al noreste. No es difícil que la

dinastía de los Mérmnades heredara la mayor parte de lo que los reyes frigios habían poseído antes del ataque cimmerico; y quizás a una tiránica ocupación lidia de la meseta, por el este, hasta el Halys y las estribaciones del Anti-Tauro, se hayan debido el que los mushki vinieran a estar representados más tarde sólo por los mosqui, en la Armenia occidental, y los hombres de Tabal por los igualmente remotos e insignificantes tirabeni.



## 10. Las ciudades griegas

Algo se ha dicho ya de las ciudades griegas en la costa de Anatolia. El gran período de las más antiguas, como comunidades libres e independientes, queda comprendido entre el principado del siglo VIII y el final del VI. De manera que estaban en pleno florecimiento alrededor del año 600. Con la fundación de colonias secundarias (¡se dice que sólo Mileto fundó sesenta!) y el establecimiento de factorías, habían empujado la cultura helénica hacia el oriente a lo largo de las costas de la península, hacia Ponto en el norte, y hacia Cilicia en el sur. A los ojos de Heródoto fué ésta la edad feliz cuando «todos los helenos eran libres» en comparación con su propia experiencia del señorío persa. Mileto, nos dice, era entonces la mayor de las ciudades, la señora del mar; y ciertamente algunos de sus ciudadanos más famosos, Anaximandro, Anaxímenes, Hecateo y Thales, pertenecen aproximadamente a esta época, de la misma manera que otros nombres igualmente famosos de otras comunidades greco-asiáticas, tales como Alceo y Safo de Lesbos, Mimnermo de Esmirna o Colofón, Anacreón de Teos, y muchos más. El hecho es significativo, porque los estudios y actividades literarias como los suyos apenas hubieran podido cultivarse como no fuera en sociedades altamente civilizadas, libres y ociosas, donde la vida y la riqueza fueran seguras.

Sin embargo, si la brillante cultura de los griegos asiáticos de principios del siglo VI no admite sombra de duda, es notable el reducido número de objetos producidos por sus artes, que han llegado hasta nosotros. Mileto ha sido excavada por los alemanes en grado muy considerable sin que entregue nada realmente digno de su gran poderío, o, a decir verdad, mucho que pueda siquiera referirse a tal período, excepto trozos de loza bellamente pintada. Parece como si la ciudad, colocada en la boca del más grande valle que penetra en el Asia Menor desde la costa occidental, fué demasiado importante en épocas subsecuentes y sufrió castigos demasiado drásticos y reconstrucciones demasiado concienzudas como para que sobrevivan de ella restos de su primigenia grandeza, como no sea en agujeros y rincones. Éfeso nos ha entregado más tesoros arcaicos, en depósitos estratificados bajo las construcciones posteriores de su gran adoratorio de Artemis; pero también aquí el emplazamiento mismo de la ciudad, aunque largamente explorado por los austríacos, no ha añadido nada sustancial a lo encontrado. Las ruinas de los grandes edificios romanos, superpuestos a sus estratos originales, han sido quizás un impedimento demasiado serio y un tesoro demasiado seductor para los excavadores. Branquidas, con su templo de Apolo y su Vía Sagrada, nos ha preservado algo de estatuaria arcaica, así como Samos y Quíos. Tenemos orfebrería arcaica y vasos pintados de Rodas, sarcófagos pintados de Clazomenas y alfarería pintada hecha ahí y en otros lugares del Asia Menor, aunque se la encuentra casi siempre en otras partes. Pero todo esto es una muy pobre representación de la civilización greco-asiática del año 600 a. C. Por fortuna, bajo

tierra hay todavía mucho más de lo que se ha desenterrado. Con aquellas dos excepciones, Mileto y Éfeso, los emplazamientos de las más antiguas ciudades helénicas en o cerca de la costa anatolia aún esperan los excavadores que llegarán al fondo de las cosas y cavarán sistemáticamente sobre una gran área; mientras que hay otros emplazamientos que esperan cualquier excavación y que no han sido tocados, excepto por campesinos codiciosos.

En su libre juventud, los griegos asiáticos llevaron a plena práctica la concepción helénica de la ciudad-estado, autónoma, autosuficiente, exclusiva. Sus diversas sociedades tuvieron como consecuencia la existencia comunal intensamente vivida e interesada, que fomenta la civilización de la misma manera como un invernadero fomenta el de las plantas; pero no eran democráticas y tenían poco sentido de nacionalidad, defectos que pagarían a muy alto precio en el futuro próximo. A pesar de sus asociaciones para celebrar festivales comunes, tales como la Liga de las doce ciudades jonias, y la de la Hexápolis doria en el sudoeste, que desembocó en la discusión de intereses políticos comunes, un instinto separatista se reafirmaba continuamente, reforzado por las fuertes barreras geográficas que dividían la mayor parte de los territorios cívicos. El mismo instinto gobernaba también la historia de la Grecia europea. Pero, mientras que aquí fué posible evitar largo tiempo el desastre que tal instinto suponía, debido a la situación insular del área griega principal y a la ausencia de una potencia extranjera vigorosa en su frontera continental, el desastre se cerniría sobre la Grecia asiática desde el momento en que un estado imperial sentara sus reales en la franja occidental de la meseta interior. Tal estado había aparecido ahora y se había establecido; y si los greco-asiáticos hubiesen tenido ojos para leer, hubiesen advertido la inscripción que lucían sus murallas en el año 600 a. C.

Mientras tanto, los comerciantes asiáticos hormigueaban en la Hélade oriental, y los helenos y su influjo penetraban profundamente en el Asia. Las manos que labraron algunos de los marfiles encontrados en el primitivo Artemiso en Éfeso trabajaban de acuerdo con tradiciones artísticas derivadas en último término del Tigris. De la misma manera trabajaban los orfebres que hacían la joyería rodense, al igual que los artistas que decoraban la loza milesa y los sarcófagos de Clazomenas. Al otro lado del índice (aunque todavía se nos ocultan las tres cuartas partes de su página) tenemos que anotar en el haber de los griegos la escritura de la Lidia, los frontones de piedra en la Frigia, y las formas y patrones decorativos de muchos vasos y pequeños objetos de arcilla y bronce encontrados en los túmulos gordianos y en otros puntos de la meseta occidental desde Misia hasta Pamfilia. Los hombres de «Javán», que habían dominado el mar sirio durante todo el siglo pasado, eran conocidos del profeta Ezequiel como grandes trabajadores en metal; y en Chipre hacía mucho que habían entrado en contacto, y mezclado su cultura, con la de hombres del Oriente.

En el principio de este capítulo estaba implícito el hecho de que en el año 600 a. C. nos encontraríamos con que los cambios sociales en el Oriente estarían fuera de

proporción relativamente a los cambios políticos; y así parece en efecto. La caída del imperio asirio había ocurrido tan recientemente que ninguna gran modificación de vida podía haber ocurrido en esta área, y de hecho, la mayor parte de ella estaba todavía sujeta a la administración de una monarquía caldea, de acuerdo con las líneas establecidas del imperialismo semítico. Poco puede haber afectado a las poblaciones el que el centro de tal gobierno fuera Nínive o Babilonia. Ninguna nueva fuerza religiosa había aparecido en el antiguo Oriente, a menos que se considere como tal al medo, en virtud de su zoroastrismo. Probablemente el medo no afectó mucho la religión en su primera fase de pillaje y conquista. La gran experiencia, que fué convertir a los judíos, de montañeses bárbaros e insignificantes, en pueblo comercial y cosmopolita de tremendas posibilidades, había comenzado ya aunque sólo para una parte de la nación, y, hasta entonces, sin resultados visibles. La primera incursión sería de los iraníes, y la lenta filtración de tribus indoeuropeas provenientes de Rusia, que iba a dar como resultado el pueblo armenio de la historia, son las señales más importantes del cambio inminente que hay que hacer notar entre 800 y 600 a. C., con una excepción, cuya gran importancia resaltaré en nuestra siguiente exposición. Me refiero al movimiento de los griegos hacia el oriente.

## Capítulo IV

### El Oriente en el año 400 a. C.

EN EL momento en que el siglo V llega a su término, el Oriente se manifiesta a la luz de la historia escrita por los griegos. Entre los pueblos cuyas obras literarias conocemos, fueron los griegos los primeros en demostrar curiosidad por el mundo en que vivían, y en tener la suficiente conciencia de la curiosidad de otros como para registrar los resultados de sus pesquisas. Antes de nuestra presente fecha, los griegos habían averiguado mucho sobre el Oriente, y no sólo sobre los orientales. Sus propios funcionarios, militares y civiles, sus hombres de ciencia, sus hombres de letras, sus mercaderes en número desconocido, aun sus millares de soldados, habían penetrado en el interior de Asia y habían vuelto. Atenenses principales, Solón, Hipias y Temístocles, habían sido recibidos en las cortes orientales o habían acompañado a la guerra a soberanos orientales, y uno todavía más famoso, Alcibíades, había vivido poco antes con un gobernador persa. Médicos griegos, Democedes de Crotona, Apolónides de Cos, Ctesias de Cnido, habían cuidado de reyes y reinas de Persia en sus palacios. Heródoto de Halicarnaso había visto probablemente Babilonia, y con seguridad parte de la Siria; Ctesias había vivido en Susa y recopilado notas para una historia del imperio persa; Jenofonte de Ática había marchado del Mediterráneo al Tigris y del Tigris al mar Negro, y con él más de diez mil griegos. No sólo han sobrevivido obras de estos tres hombres de letras, completas o en parte, sino también muchas notas sobre el Oriente tal como era antes del año 400 a. C., que se han conservado en citas, paráfrasis y epítomes de autores posteriores. Y todavía nos quedan algunos documentos arqueológicos en que apoyarnos. Si los registros cuneiformes del imperio persa son menos abundantes que los de fines del imperio asirio, incluyen sin embargo inscripciones históricas inapreciables, como la grabada por Darío, hijo de Histaspes, en la roca de Behistún. También hay textos jeroglíficos, hieráticos y demóticos del Egipto persa, inscripciones de la Siria semítica y unos cuantos de la Grecia arcaica, y gran copia de material arqueológico misceláneo de varias partes del Oriente, que, aun cuando carece de inscripciones, puede darnos informes sobre la sociedad y la vida local.

# 1. El movimiento de los griegos hacia el Oriente

Los griegos habían estado avanzando hacia el Oriente durante largo tiempo. Más de trescientos años antes, como se ha expuesto en el capítulo anterior, se habían convertido en el azote del extremo Levante. Antes de que pasara otro siglo se habían abierto paso también en Egipto. Originalmente alquilados como mercenarios para reforzar una revuelta nativa contra la Asiria, los griegos permanecieron en el valle del Nilo no solamente para pelear sino para comerciar. La primera presentación de los griegos ante el faraón saíta, Psamético, fué promovida por Gyges el Lidio, con el fin de facilitar la consecución de sus propios fines; pero el primer desarrollo de su influencia social en Egipto se debió a la iniciativa de Mileto al establecer una factoría en el curso bajo del Nilo Canópico. Este puesto y dos campamentos permanentes de los mercenarios griegos, uno en Tahpanhes, que vigilaba el camino de Asia, el otro en Menfis, que dominaba la capital y guardaba la carretera del Alto Egipto, sirvieron para introducir la civilización jonia en el Delta en el siglo VII. A decir verdad, el conocimiento que hoy tenemos de la más antigua alfarería fina policromada de Jonia y Caria depende en gran parte de los fragmentos de sus vasos hallados en el Egipto y que se han encontrado en Tehpanhes, Menfis y otra colonia griega, Naucratis, fundada poco más tarde —como se dirá en seguida— para invalidar la factoría milesiana original. Aunque estos vasos extranjeros, con sus decoraciones de desnudos que repugnaban al sentimiento vulgar egipcio, no fueron muy lejos de los establecimientos griegos (como las cortesanas griegas, que quizás sólo atraían la atención de los más cosmopolitas saítas), su arte influyó ciertamente en todo el mejor arte de la época saltica, iniciando un renacimiento cuyas características de refinamiento excesivo y exquisita delicadeza sobrevivieron para ser reforzados en el período ptolemaico con una nueva infusión de cultura helénica.

Tan útiles o tan peligrosos —en todo caso, tan numerosos— llegaron a ser los griegos en el Bajo Egipto hacia el principio del siglo VI, que se les asignó una reservación junto a la ciudad egipcia de Piemro, y sólo a este sitio, según Heródoto, se permitía el acceso a los recién llegados por el mar. Este suburbio extranjero de Piemro recibió el nombre de Naucratis, y nueve de las ciudades greco-asiáticas fundaron ahí un santuario común. Otras comunidades marítimas de la misma raza (probablemente las más poderosas, puesto que Mileto se cuenta entre ellas) tenían también sus santuarios particulares y sus lugares propios. Los griegos habían llegado a Egipto para quedarse. Hemos sabido por los restos de Naucratis que, a través de la dominación persa que eliminó a la saítica antes de fines del siglo VI, se mantuvo una constante importación de productos de la Jonia, el Ática, Esparta, Chipre y otros centros helénicos. El lugar estaba lleno de vida al visitarlo Heródoto y siguió prosperando hasta que la raza griega, al convertirse en cabeza de toda la tierra, entronizó el helenismo en Alejandría.

## 2. Los mercaderes egipcios

Y no fué sólo a través de los piratas y de los colonos griegos de la Cilicia, y a través de los mercenarios griegos y de las cortesanas en el delta del Nilo, como habían trabado conocimiento Oriente y Occidente. Otras agencias de comunicación habían estado ocupadas en llevar modelos mesopotámicos a los artistas de las ciudades jónicas y dóricas en el Asia Menor, así como modelos jónicos a la Mesopotamia y la Siria. Los resultados se advierten fácilmente, por una parte, en la fábrica y diseño de marfiles primitivos, joyería y otros objetos encontrados en el Artemisio arcaico de Éfeso, y en la decoración de alfarería policromada que se producía en Mileto; por la otra, en los marfiles labrados del siglo IX encontrados en el Tigris. Pero los procesos que produjeron estos resultados no son tan claros. Si los agentes o portadores de estas influencias mutuas fueron ciertamente los fenicios y los lidios, todavía no podemos atribuir con confianza a cada uno de estos pueblos la responsabilidad de los resultados, o estar seguros de que fueron ellos los únicos agentes, o independientes de otros intermediarios en contacto más directo con una parte o con la otra.

Los fenicios han adelantado mucho desde la última vez que nos ocupamos de ellos. Al fundar Cartago, a más de medio camino en dirección a las Columnas de Hércules, la ciudad de Tiro completó su ocupación de suficientes puertos africanos, fuera del alcance del Egipto, y fuera de la esfera griega, para apropiarse hacia fines del siglo IX el comercio de la cuenca occidental del Mediterráneo. Por medio de establecimientos secundarios en la Sicilia occidental, en Cerdeña y en España, procedió Tiro a convertir este mar, por un tiempo, en una especie de lago fenicio. Ningún rival serio se le había enfrentado a Cartago ni habría de surgir para disputarle su monopolio, hasta que ella misma, mucho tiempo después de nuestra fecha, provocó a Roma. Las colonias griegas de Sicilia e Italia, que miraban hacia el oeste, no pudieron con ella al principio, y pronto quedaron atrás, ni tampoco les fué mejor a los dos centros aislados del helenismo en otras costas. Por otra parte, en la cuenca oriental del Mediterráneo, aunque era su propio mar, Tiro nunca logró establecer la supremacía comercial, y a decir verdad, hasta donde nos es dable saberlo, nunca intentó seriamente establecerla. Era la esfera de los marinos egeos y lo había sido hasta donde abarcaba la memoria de los fenicios. Los cretenses minoanos posteriores y los hombres de la Argólida, los merodeadores aqueos, los piratas jonios, los mercaderes armados de Mileto, habían alejado de aquella zona a todos los barcos, menos a unos cuantos aislados y pacíficos navíos de Sidón y Tiro, y aun costa tan cercana como la de Chipre permaneció extraña a los fenicios durante muchos siglos después de que Tiro se había convertido en un estado maduro. En los relatos homéricos los fenicios y los sidonios, aunque no desconocidos, aparecen raras veces, y otras leyendas de los griegos, que hacen mención a visitas de los fenicios en costas helénicas, dan a entender que éstas eran un fenómeno extraordinario que avivaba en

gran manera la curiosidad local y que se recordaban por largo tiempo. La extrañeza de los marineros fenicios, el encanto exótico de sus mercaderías... tales eran las impresiones dejadas en la historia griega por las primeras visitas de los barcos fenicios.

Sin embargo, es seguro que hacían tales visitas. Las pequeñas baratijas egipcias, que aparecen con frecuencia en estratos helénicos de los siglos VIII y VI son testigos suficientes del hecho. Abundan en Rodas, en Caria y en Jonia, así como en el Peloponeso. Pero la corriente principal del comercio tirio abarcaba las costas meridionales más bien que las septentrionales del Mediterráneo occidental. Los marineros fenicios eran esencialmente meridionales, hombres que, si se atrevían de vez en cuando con los fríos vientos del Egeo y del Adriático, se negaban a hacerlo con mayor frecuencia de la necesaria, hombres para quienes eran más hospitalarias las costas africanas y un clima suavizado por el aliento del océano.

Sin embargo, si los fenicios fueron indudablemente los agentes que introdujeron la cultura egipcia entre los helenos del Asia y de Europa, ¿introdujeron también la mesopotámica? Ni lejanamente en la misma proporción, si hemos de juzgar por los productos de las excavaciones. A decir verdad, en todas partes donde la influencia mesopotámica ha dejado rastros indudables en suelo griego, como en Chipre y Jonia o en Corinto y Esparta, con frecuencia es seguro o probable que el agente conductor no fué fenicio. Las afinidades más próximas al arte chipriota arcaico (en lo que éste pudo deber al arte asiático) las encontramos en el arte ciliciano y sirio. Los estratos jonios y carios más profundos contienen muy poco que sea de carácter egipcio, pero mucho cuya inspiración puede rastrearse en último término en la Mesopotamia; y las investigaciones practicadas en el interior del Asia Menor, aunque sus resultados son todavía imperfectos, han sacado a la luz en la meseta tanto paralelismo con el arte jonio orientalizante, y tantos ejemplos de etapas anteriores de su desarrollo, que debemos suponer que la influencia mesopotámica llegó al extremo occidental del Asia principalmente por caminos terrestres. En cuanto a los emplazamientos europeos, como su orientalismo parece haber sido sacado de Jonia, también les llegó a través del Asia, por tierra.

Por tanto, en general, aunque Heródoto afirma que los marineros fenicios transportaban cargamentos «asirios», es de notar lo exiguo de las pruebas de que tales cargamentos hayan llegado a Occidente, así como de que los fenicios tuvieran ningún comercio directo de consideración con la Mesopotamia. Pueden haber sido responsables de los pequeños objetos egipcios y egiptizantes que los arqueólogos han encontrado en Karkhemish y Sakygeuzi, en estratos de los siglos IX y VIII; pero el transporte de objetos similares hacia el este, a través del Éufrates, más probablemente estuvo en manos hetitas que no en las suyas. La más vigorosa influencia nilótica que tuvo efecto sobre el arte mesopotámico es de notarse durante la segunda mitad del Nuevo Reino Asirio, cuando no había necesidad de intermediarios extraños para mantener a Nínive en comunicación con su propia provincia de Egipto.

En apariencia, pues, no fué a través de los fenicios como los griegos habían aprendido lo que sabían del Oriente en el año de 400 a. C. Otros agentes habían desempeñado un papel más considerable y casi toda la intercomunicación se había efectuado a través no del mar de Levante, sino del puente terrestre a través del Asia Menor. En la primera parte de nuestra historia, durante la última dominación de la Asiria en el extremo Oriente y el predominio subsecuente de los medos y los babilonios en el recinto de aquélla, se había mantenido un intercambio efectuado casi enteramente por intermediarios entre los cuales (si algo ha de concederse a los cilicianos) los lidios fueron sin duda los más activos. En la última parte de la historia se verá que los intermediarios se han desvanecido; las barreras yacen por tierra; el Oriente ha ido en persona al Occidente y el intercambio es inmediato y directo. ¿Cómo sucedió esto? ¿Qué agencia puso a griegos y orientales en aquel íntimo contacto que habría de tener para ambos las más graves consecuencias? He ahí lo que queda por decir.



### 3. La movilización de los persas

Ya hemos visto cómo una potencia, que había crecido tras las montañas fronterizas de la cuenca del Tigris, se abrió paso, al fin, a través de los desfiladeros y salió a las planicies ribereñas con fatales resultados para los reyes semíticos del norte. Hacia principios del siglo VI la Asiria había caído en manos medas, y éstas se alargaban a través de la Armenia en dirección al centro del Asia Menor. Aun los semitas meridionales de Babilonia habían tenido que reconocer el poderío superior de los recién llegados y, probablemente, hubieron de aceptar una especie de vasallaje. De esta suerte, puesto que toda la baja Mesopotamia, con la mayor parte de Siria, obedecía a los babilonios, una potencia, en parte irania, se cernía sobre las dos terceras partes del Oriente antes de que Ciro y sus persas aparecieran en escena. Es importante recordar este hecho cuando se advierte la facilidad con que un rey de Anshan en Elam, para entonces oscuro, pudo echar mano de todo el imperio semítico, y la rapidez con que sus armas aparecerían en el extremo occidental del Asia Menor, en los confines de los mismos griegos. Nebukhadnezzar, aliado con el rey de Media y obediente a él, ayudándole sobre el Halys en el año de 585 a. C. a concertar con la Lidia una división de la península del Asia Menor sobre los términos *uti possidetis*: he ahí la situación significativa que nos preparará para encontrarnos con Ciro, no más de medio siglo más tarde, como señor de Babilonia, Jerusalén y Sardes.

Ignoramos cuáles sucesos, al ocurrir en el lejano Oriente entre los diversos grupos de los iranos y sus aliados escitas, llevaron a este rey de un distrito en Elam (cuya pretensión de haber pertenecido por nacimiento a cualquiera de esos grupos es dudosa) a consolidar a todos los iranos del norte y del sur bajo su mando único hasta formar una gran potencia ofensiva. Las historias corrientes entre los griegos, registradas por Heródoto y Ctesias, representaban a Ciro, en todo caso, como un persa, pero ya como nieto de un rey de Media (aunque no creo su heredero natural) o simplemente como uno de los funcionarios de su corte. Lo que los griegos tuvieron que explicarse (de la misma manera que nosotros) es la subsecuente desaparición de los reyes iranos de los medos del norte y la fusión de sus súbditos con los iranos persas bajo una dinastía meridional. Y lo que los griegos ignoraban, pero que nosotros sabemos, gracias a inscripciones cuneiformes contemporáneas o muy poco posteriores a Ciro, no hace más que complicar el problema; puesto que atestiguan que Ciro era conocido al principio —como ya se ha indicado— como rey de Anshan en Elam, y sólo después como rey de Persia. Ctesias, que vivió en Susa cuando era la capital persa, concuerda con Heródoto que Ciro arrebató el señorío de los medos a la dinastía nativa por la fuerza; pero Heródoto añade que muchos medos estuvieron de acuerdo.

Estos problemas no pueden discutirse aquí. Lo más probable es, en resumen, lo siguiente: alguna parte del grupo meridional o persa de los iranos que, a diferencia

de los del norte, no estaba contaminado con los escitas, había avanzado hacia Elam mientras los medos quebrantaban y debilitaban el imperio semítico, y en Anshan se consolidó como potencia territorial con Susa por capital. Al cabo del tiempo, algún descontento se suscitó entre los iraníes del norte, debido, quizás, al favor que los reyes de Media demostraban hacia sus aguerridos súbditos escitas y los descontentos se dirigieron al rey de Anshan. La lucha tuvo lugar en el centro de la Persia occidental, que había estado dominada por los persas desde la época del padre de Kyaxares, Fraortes, y cuando se decidió con la secesión de buena parte del ejército del rey Astiages, Ciro de Anshan tomó posesión del imperio medo con la anuencia de casi toda la población del territorio. Este imperio comprendía entonces, además de la tierra meda original, no sólo los territorios arrebatados a la Asiria, sino también toda aquella parte de la Persia que quedaba al este del Elam. Sin duda alguna transcurrió algún tiempo antes de que la soberanía de Ciro fuese reconocida por toda Persia; pero, una vez que su señorío sobre esta tierra fué un hecho consumado, se le reconoció naturalmente como rey ante todo de los persas, y sólo en segundo lugar de los medos, mientras que su asiento permaneció en Susa en su propio medio elamita. El elemento escita en esta provincia meda y en sus alrededores permaneció hostil a Ciro, y un día habría de encontrar la muerte en una campaña contra él; pero el elemento iraníe permaneció fiel a Ciro y a su hijo, y sólo después de la muerte de este último manifestó con una revuelta su descontento para con el trato que les había dado.

## 4. Caída de la Lidia

Ciro debe haber encontrado poca o ninguna oposición en las provincias medas occidentales, puesto que lo encontramos al cabo de un año o dos de su reconocimiento por parte de medos y persas no sólo en su frontera extrema, el río Halys, sino también lo vemos cruzarlo y enfrentarse al poderío de Lidia. A esta acción lo provocó la Lidia misma. La caída de la dinastía meda, con la cual la casa real de la Lidia había mantenido estrecha alianza desde el pacto del Halys, fué un desastre que Cresos, entonces rey de Sardes en lugar de Aliates, tuvo la audacia de querer reparar. Había continuado con éxito la política de su padre de extender el dominio lidio hasta el Egeo a expensas de los griegos jónicos; y, señor de Éfeso, Colofón y Esmirna, así como socio principal en la esfera milesiana, aseguró para la Lidia el control y el disfrute del comercio anatolio, quizás el más valioso y provechoso en el mundo en aquella época. Ejemplos de riqueza y lujo, los lidios y su rey se convirtieron en un pueblo blando, de lentos movimientos, tan incapaces de enfrentarse a los montañeses de las salvajes tierras fronterizas de la Persia como si, de estar bien fundada la historia de Heródoto, fuesen ignorantes de su calidad. Cresos se demoró enviando a consultar oráculos próximos y lejanos. Heródoto nos cuenta que acudió a Delfos cuando menos tres veces y aun al oráculo de Amón en el Sáhara oriental. Cuando menos debe haberse tomado un año solamente en estas inquisiciones, para no decir nada de una embajada a Esparta y quizás otras al Egipto y Babilonia. Terminados al fin estos preliminares, los lidios reunieron las levadas del Asia Menor y marcharon hacia el este. Encontraron el Halys crecido —debe de haber sido a fines de primavera—, y viendo el cruce muy difícil, se pasaron el verano saqueando con su caballería la antigua patria de los hattis. De esta manera dieron tiempo a Ciro para que enviara embajadores a las ciudades jonias a rogarles que atacaran a la Lidia por la retaguardia, y tiempo también para que fuera él mismo con todas sus fuerzas a su lejana provincia occidental. Cresos se vió obligado a presentar batalla en los primeros días de otoño. El encuentro no arrojó ningún resultado decisivo, pero los lidios, que no tenían intención de pasar el invierno en las inhospitalarias tierras altas de los capadocios y se hallaban muy lejos de sospechar que el enemigo pensara en continuar la guerra antes de la primavera, volvieron a su holgura en el valle del Hermo, sólo para enterarse, en llegando a Sardes, que los persas les pisaban los talones. Una batalla final tuvo lugar a la vista de las murallas mismas de la capital lidia, batalla que Cresos perdió; la ciudad baja fué tomada y saqueada, y el rey, que se había encerrado con sus guardias en la ciudadela y había llamado a sus aliados para que acudieran a su rescate en el plazo de cinco meses, cayó prisionero de Ciro al cabo de dos semanas. Éste fué el fin de la Lidia y de todos los parachoques que se interponían entre Oriente y Occidente. Oriente y Occidente estaban ya en contacto directo y los agüeros eran adversos al Occidente. Ciro negó todo término a los griegos, excepto a los poderosos milesios, y, volviendo a partir en

dirección al oriente, dejó detrás a sus virreyes para que pacificaran la Lidia y para que sujetaran a todas las ciudades de la costa occidental, jonias, carias y licias, con la sola excepción de Mileto.

## 5. El imperio persa

Ciro tuvo todavía que enfrentarse a una parte del Oriente que, como no había sido ocupada por los medos, aunque en cierta medida estaba aliada con ellos y les rendía vasallaje, no veía ahora la razón para reconocer la nueva dinastía. Ésta era la parte que había sido incluida en el Nuevo Imperio Babilónico. Finalmente, Nabónides fué derrotado en Opis en el mes de junio de 538; Sippara cayó, y el general de Ciro, al aparecer ante Babilonia, la recibió sin resistencia de los desafectos sacerdotes de Bel-Marduk. La famosa leyenda de Heródoto, de cómo penetró Ciro secretamente en la ciudad por el lecho reseco del Éufrates, parece ser un recuerdo extraviado de una recaptura posterior de la ciudad después de una revuelta contra Darío, de la cual volveremos a hablar más adelante. Así, una vez más, fué dado a Ciro cerrar un largo capítulo de historia oriental, la historia de la Babilonia imperial. Ni él la hizo su capital, ni ningún otro señor del Oriente la favorecería de tal manera. Si acaso Alejandro intentó revivir su posición imperial, su sucesor, Seleuco, tan pronto como se vió seguro de su herencia, abandonó la ciudad eufratiana por las riberas del Tigris y del Orontes, dejándola que se desmoronara hasta convertirse en el montón de barro que es hoy día.

Los feudos sirios de los reyes babilónicos pasaron *de jure* al conquistador; pero probablemente el mismo Ciro nunca tuvo el espacio o la oportunidad para asegurarlos *de facto*. La última década de su vida parece haberla pasado en la Persia y en el noreste, la mayor parte del tiempo en intentos por someter a los escitas que amenazaban la paz de Media; y al fin, habiendo acorralado al enemigo más allá del Araxes, encontró ahí la derrota y la muerte. Pero Cambises no sólo completó la obra de su padre en la Siria, sino que llevó a cabo lo que se dice haber sido el proyecto ulterior de aquél, por medio de la conquista del Egipto, donde estableció una dominación que habría de durar, con algunos intervalos, casi dos siglos. Hacia fines del siglo VI un solo imperio territorial se extendía por todo el Oriente por primera vez en la historia; y los griegos miraban de hito en hito al rostro de un coloso que abarcaba entre sus piernas a las puertas de Occidente, las tierras desde el Araxes hasta el Alto Nilo, y desde el Oxo hasta el mar Egeo.

Sin embargo, antes de absorbernos en la contemplación de una pugna que nos llevará a una más amplia historia, hagamos una pausa para considerar la naturaleza de la nueva potencia que surgía del Oriente, y la condición de aquellos de sus súbditos que más han influído en la historia posterior de la humanidad. Debería señalarse que la nueva potencia occidental no sólo no es semítica, por vez primera en la historia bien comprobada, sino que tiene su gobierno en un tronco puramente ario, mucho más afín a los pueblos de Occidente que cualquier otro pueblo oriental con el que éstos hayan tenido relaciones hasta entonces. Los persas aparecieron en los confines del mundo, sin contaminación del salvajismo alarodiano, y libres de las

preocupaciones teocráticas y las tradiciones nomádicas de los semitas. Eran hombres de tierras altas, de vigor sin igual, de hábitos frugales, vida agrícola estable, cohesión social largamente establecida y concepciones religiosas espirituales. Es también posible que, antes de que salieran de la vasta meseta irania, estuviesen bastante versados en la administración de grandes territorios. En todo caso, su pronta inteligencia les hizo aprovechar los modelos de organización imperial que persistían en las tierras que entonces adquirieron, puesto que bajo el nuevo gobierno babilónico, y quizás también bajo el medo, habían subsistido reliquias del sistema asirio. En lo sucesivo, la experiencia que Cambises obtuvo en el Egipto debe haber contado en la educación de su sucesor Darío, a quien los historiadores atribuyen la organización definitiva del dominio territorial persa. A partir del reinado de este último, nos encontramos con un sistema provincial organizado, ligado al centro de la mejor manera posible mediante un servicio postal que circulaba por caminos del estado. El poder real es delegado en diversos oficiales, que no siempre son de la raza dominante, pero que son independientes unos de otros y responden directamente ante el gobierno de Susa: estos delegados viven de sus provincias, pero su primer y principal deber es ocuparse de que el centro reciba una cuota fija de dinero y una cuota fija de soldados cuando así se requiera. El Gran Rey mantiene residencias reales en varias ciudades del imperio y las visita con no poca frecuencia; pero en general es notable la libertad que se deja a los virreyes para que mantengan la paz entre sus gobernados y aun para que se las vean con sus vecinos extranjeros como mejor les parezca.

Si comparamos la teoría persa del imperio con la asiria, advertiremos todavía una falla capital. El Gran Rey de Susa no reconocía más obligaciones que sus predecesores para con los intereses de sus súbditos y para devolverles lo que les tomaba. Pero, mientras que por una parte no se podía concebir mejor teoría imperial en el siglo VI a. C. —y ciertamente ninguna otra se puso en práctica en el Oriente hasta el siglo XIX de nuestra era—, por la otra, la práctica imperial persa mitigó sus malos efectos mucho más que la asiria. Libres de la tradición semítica de las incursiones anuales, los persas redujeron la obligación del servicio militar a una carga soportable y evitaron la provocación continua de los vecinos fronterizos. Libres también de las ideas semíticas supermonoteístas, no buscaron la imposición de su credo. Viendo que el imperio persa era extenso, descentralizado y con medios imperfectos de comunicación, sólo podía subsistir mediante la práctica de la tolerancia provincial. Esta tolerancia provincial parece haber sido sistemática. Sabemos mucho sobre la situación de griegos y judíos bajo su dominio, y en la historia de estos dos últimos pueblos no advertimos signos de opresión religiosa y social como la que distinguía el poder asirio. En el Asia Menor occidental los sátrapas se mostraban por lo común conciliadores para con los sentimientos religiosos locales y en ocasiones hasta se sometían a ellos; y en la Judea, la esperanza de que los persas serían a manera de libertadores y restauradores de su estado no fué vana. Si el

soberano de las ciudades greco-asiáticas contrariaba el sentimiento helénico con su insistencia en el gobierno «tiránico», no hacía más que continuar un sistema bajo el cual se habían enriquecido la mayoría de dichas ciudades. Está claro que tenían poco de que quejarse fuera de la falta de libertad democrática, libertad que, realmente, no habían disfrutado algunas de ellas en los días de su independencia. Parece que se daban a los sátrapas pocos —incluso ninguno— soldados persas, además de unos cuantos ayudantes persas para el cuerpo administrativo. De hecho, el elemento persa en las provincias debe haber sido extraordinariamente pequeño, tan pequeño que un imperio que por más de dos siglos abarcó casi toda el Asia occidental apenas dejó monumentos provinciales, labrados en roca o tallados en piedra.

## 6. Los judíos

Si consideramos de manera particular a los judíos —súbditos de Persia que necesariamente comparten nuestro interés junto con los griegos—, nos encontramos con que el dominio imperial persa, tan pronto como se estableció firmemente en el antiguo feudo babilónico de la Palestina, empezó a reparar la obra destructiva de sus antecesores. Esperando vanamente la ayuda del poder egipcio, Jerusalén se había sostenido contra Nebukhadnezzar hasta el año 587. Al ocurrir su captura, la dispersión de los judíos meridionales, que ya se había iniciado con emigraciones locales hacia el Egipto, se aumentó considerablemente con la deportación a Babilonia de un grupo numeroso. Sin embargo, ya en el año 538, año de la entrada de Ciro en Babilonia (sin duda como uno de los resultados de este suceso), empezó el regreso de los exilados a Judea y quizás también a Samaria. Hacia el año 520, la población judía en el mediodía de la Palestina era ya otra vez lo suficientemente fuerte como para suscitar dificultades a Darío, y en 516 el templo se hallaba en proceso de restauración. Antes de que mediara el siguiente siglo, Jerusalén era de nuevo una ciudad fortificada y su población se había reforzado todavía más con la vuelta de muchos exilados embebidos en la civilización económica, así como en la religiosidad, de Babilonia. De ahí en lo sucesivo, el desarrollo de los judíos hasta convertirse en pueblo comercial prosigue sin interrupción aparente de parte de los gobernadores persas que (por ejemplo, Nehemías) pueden haber pertenecido a la raza dominada. Aun cuando se tengan en cuenta grandes acrecentamientos de otros semitas, especialmente arameos —acrecentamientos fácilmente aceptados por un pueblo que se había convertido más bien en una iglesia que en una nación—, todavía queda como sorprendente testimonio de la tolerancia persa el hecho de que, después de sólo seis o siete generaciones, los insignificantes judíos se hubieran vuelto lo bastante numerosos como para contribuir como elemento importante a la población de varias ciudades extranjeras. Vale la pena hacer notar también que, aun cuando se presume que los judíos tuvieron libertad para volver al asiento de su raza, muchos de ellos prefirieron permanecer en partes distantes del reino persa. Ciertos nombres mencionados en las tabletas-contratos por Nippur demuestran que los judíos consideraron conveniente quedarse junto a las aguas de Babilonia hasta fines del siglo v; mientras que en otra distante provincia del imperio persa (como lo han revelado los papiros de Seine) persistió una floreciente colonia exclusivista de la misma raza hasta después del año 500 a. C.

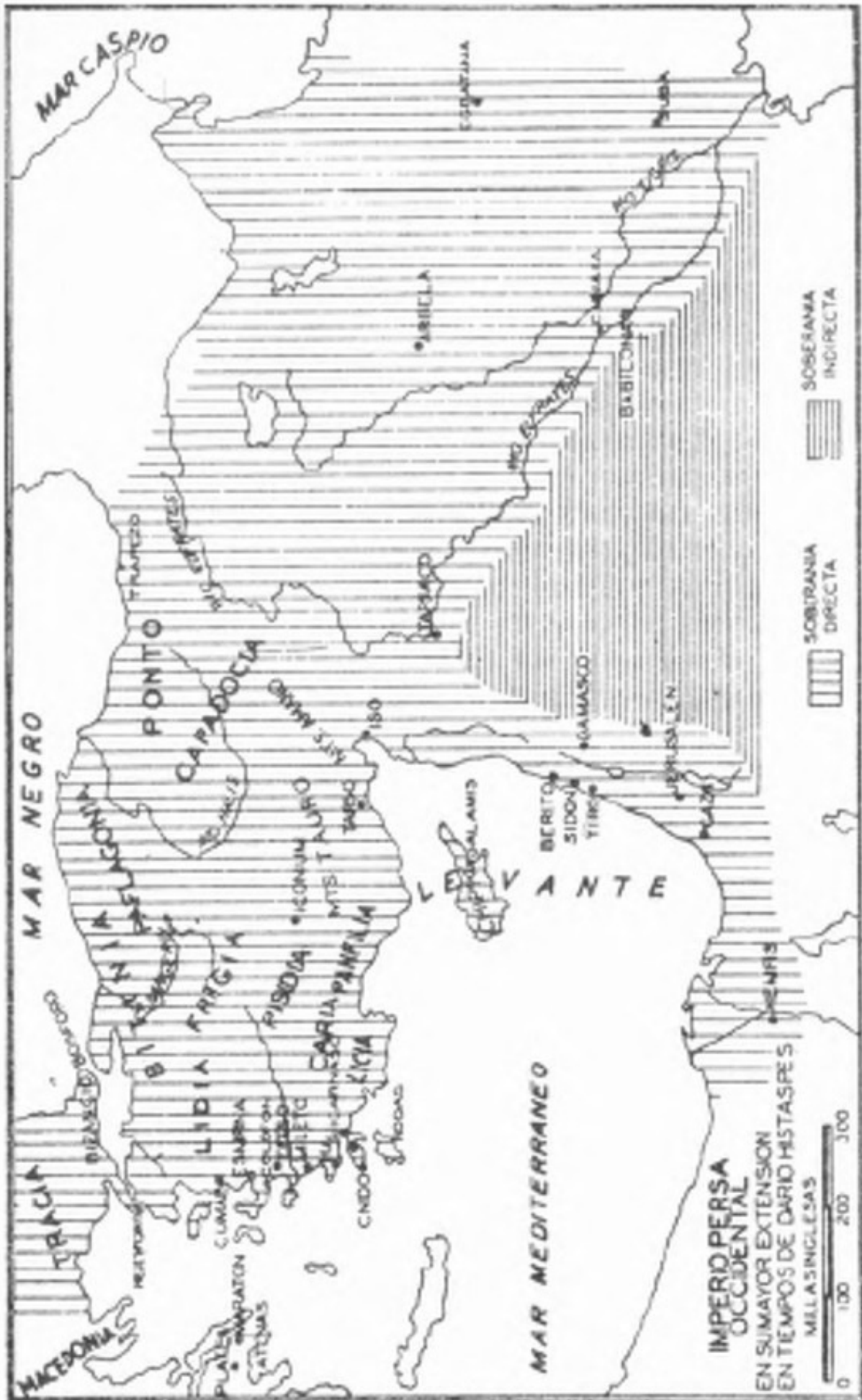


## 7. El Asia bajo el dominio persa

Sobre la base de las pruebas de que disponemos, los persas podrían alegar muy justificadamente que su organización imperial, en sus mejores días, aunque carente de la fuerza centralizada o de la justificación teórica del moderno gobierno civilizado, consiguió notable adelanto, y que no es indigno de comparación aun con el romano en lo que respecta a la libertad y la paz que aseguró efectivamente a sus súbditos.

No hay mucho que pueda —o deba— decirse sobre los demás pueblos conquistados antes de volver a los griegos. Aunque Ciro no vivió para recibir en persona la sumisión de todos los pueblos asiáticos occidentales, su hijo Cambises la recibió antes de que llegara al fin su breve reinado de ocho años. Ahora quedaban comprendidos dentro del imperio no sólo los territorios principales dominados en otras épocas por los medos y los babilonios, sino también tierras mucho más extensas al este, al oeste y al sur, e incluso islas mediterráneas próximas a las costas asiáticas. Entre estas últimas estaba Chipre, ahora más estrechamente ligada a la Fenicia que antes, y en combinación con ésta para proveer al Gran Rey de navíos. Al este, la meseta irania, vigilada desde dos residencias reales, Pasargada en el sur y Ecbatana en el norte, hinchaba su dominio a dimensiones mayores que las de ningún reino oriental anterior. Por el sur, Cambises agregó Cyrene y, menos probable, la Nubia al Egipto, que la Asiria había poseído por corto tiempo, como ya hemos visto. Por el oeste, Ciro y sus generales habían asegurado ya toda el Asia que quedaba fuera del límite de Media, incluyendo la Cilicia, donde —como también en otros reinos, por ejemplo, Fenicia, Chipre, Caria— la dinastía nativa aceptó una posición de cliente.

Sin embargo, esto no significa que todo el Oriente se haya acomodado inmediatamente en plácida servidumbre. Cambises, al dar muerte a su hermano, había cortado la línea directa de sucesión. Un pretendiente apareció en el extremo oriental, y al momento, todas las provincias orientales, a excepción de Persia, se levantaron en armas. Pero un pariente de la casa real, Darío, hijo de Histaspes, hombre fuerte, mató al pretendiente, y una vez seguro en el trono, volvió a someter a Media, Armenia, Elam y Babilonia. La vieja ciudad imperial del Éufrates volvería a hacer otro esfuerzo por liberarse, seis años más tarde, para volver a caer en la condición de ciudad provinciana. Darío tardó unos veinte años en organizar el imperio de acuerdo con el sistema de satrapías, bien conocido por nosotros gracias a las fuentes griegas, y en fortalecer sus fronteras. Para promover esto último pasó a Europa, incluso cruzó el Danubio en 511, con el fin de contener las incursiones de los escitas, y aseguró el dominio de los dos estrechos y la seguridad de sus posesiones del noroeste asiático por medio de la anexión del sudeste de la península de los Balcanes con las florecientes ciudades que ésta tenía en sus costas.



## 8. Persia y los griegos

Terminó el siglo VI y el V como tres años de su curso en paz aparentemente inquebrantada entre Oriente y Occidente. Pero las dificultades estaban a la vista. Persia se había impuesto en ciudades de civilización superior, no sólo potencialmente sino realmente, a la suya propia; ciudades donde la pasión individual y comunal por la libertad constituía la única religión incompatible con su tolerante gobierno; ciudades conscientes de su identidad nacional con un poderoso grupo fuera del imperio persa, y que seguramente, tarde o temprano, se unirían con ese grupo para suscitar la guerra.

Por tanto, poderosas causas había detrás de la fricción y la intriga que, al cabo de una generación de servidumbre, hicieron que las ciudades jonias, encabezadas, como antes, por Mileto, provocaran el primer acto de una dramática lucha destinada a hacer historia por mucho tiempo en el futuro. No podemos examinar aquí en detalle los sucesos particulares que provocaron la revuelta jonia. Basta decir que todos ellos tuvieron por origen la gran ciudad de Mileto, cuyos príncipes comerciantes y pueblo mercantil estaban decididos a reconquistar el poder y la primacía que habían gozado hasta hacía muy poco. Un fracaso preliminar en el intento por elevarse en la buena voluntad de Persia causó en realidad la revuelta, pero ésta sólo privó para precipitar una lucha inevitable en un lado u otro del Egeo.

Después de prender fuego a la costa anatolia entera, desde el Bósforo hasta Pamfilia, incluyendo a Chipre, durante dos años, fracasó la revuelta jonia debido tanto a los celos particulares entre las mismas ciudades griegas, como a las vigorosas medidas tomadas contra ellas por Darío, en tierra, y por sus obedientes fenicios, en el mar. Una batalla naval selló la suerte de Mileto, cuyos ciudadanos descubrieron, ante el horror de la Grecia entera, que el persa trataba a los rebeldes como sucesor directo de Salmanasar y Nebukhadnezzar. Pero, por más que fracasara, la revuelta provocó el segundo acto del drama. Porque, por una parte, había arrastrado dentro de la política persa ciertas ciudades de la patria griega, especialmente Atenas, cuyo contingente, con gran osadía, afrentó al Gran Rey ayudando a quemar la ciudad baja de Sardes; y por la otra, había estimulado a un déspota de la costa europea de los Dardanelos, un tal Milciades, ateniense destinado a fama inmortal, a exasperar todavía más a Darío apoderándose de sus islas de Lemnos e Imbros.

Evidentemente no se podía confiar en los griegos asiáticos, aun cuando se les habían cortado las garras desarmándolos y se habían disminuído sus motivos de rebelión al quitarles los déspotas, ni tampoco podría retenerse en seguridad la provincia balcánica, mientras los griegos occidentales se mantuvieron desafiantes, y, Atenas en particular, aspirasen al control del comercio en el Egeo, apoyados por las colonias jonias. Por tanto, Darío decidió atacar esta ciudad cuyo déspota exilado, Hippias, prometía una traidora cooperación; y requirió a otros estados griegos para que

se sometieran formalmente y mantuvieran la paz. Una primera flota, enviada a costear alrededor de la ribera norte en 492, añadió Macedonia al imperio persa; pero las tormentas la destrozaron e inmovilizaron. Una segunda, enviada dos años más tarde directamente a través del Egeo, redujo a las islas Cícladas, se vengó en Eretria, confederada de Atenas en el asunto de Sardes, y finalmente se llegó a la costa ática de Maratón. La universalmente famosa derrota que ahí sufrieron las fuerzas que desembarcó debe relatarla más bien un historiador de Grecia que uno del Oriente, de la misma manera que el resultado de la tercera y última invasión que, diez años más tarde, después de la muerte del viejo Darío, condujo Jerjes en persona a la derrota en Salamina y que luego dejó para sufrir la derrota final de Platea. Para nuestro propósito, bastará con anotar los efectos que estas graves series de sucesos tuvieron sobre el Oriente.

## 9. Resultados de los ataques contra los griegos

Es evidente que el fracaso europeo de Persia afectó menos a la parte derrotada que a la victoriosa. A excepción de la franja extrema occidental del imperio persa, no tenemos bases para decir que haya tenido ningún resultado político serio. Una revuelta en Egipto, que estalló en el último año de Darío y que fué fácilmente sofocada por su sucesor, parece no tener conexión alguna con el desastre de Maratón; y aun cuando Persia haya sufrido otras dos derrotas señaladas en Grecia, y una cuarta frente a la costa misma del Asia —la batalla de Micala— a la cual siguió al poco tiempo la pérdida de Sesto, llave europea del Helesponto, y más remotamente la batalla no sólo de todas las posesiones persas en los Balcanes y las islas, sino también de las ciudades griegas de la Jonia y la mayor parte de las de la Eólida, y por fin —después de la derrota naval definitiva frente al Eurimedón—, del litoral entero de la Anatolia, desde Pamfilia hasta la Propóntide, ni aun después de todas estas derrotas y pérdidas sufrió merma el poderío de los persas en el interior del Asia ni su prestigio en el interior del Asia Menor. A decir verdad, algunos años habrían de pasar antes de que la eternamente inquieta provincia del Egipto aprovechara la oportunidad de la muerte de Jerjes para aliarse con la nueva potencia y hacer un nuevo intento por sacudirse el yugo persa; pero volvió a intentarlo en vano.

Cuando Persia abandonó la soberanía directa sobre el litoral anatolio, sufrió pocas pérdidas comerciales y quedó más segura. Es indudable que sus sátrapas siguieron manejando el comercio occidental, e igualmente claro que la opulencia de su imperio aumentó en mayor proporción que el de las ciudades griegas. Hay pocas pruebas de expansión alguna por parte de los griegos a consecuencia de las guerras médicas; pero en cambio abundan las que pregonan una pobreza helénica creciente e ininterrumpida. Sucedió que Persia se encontró en una posición en la que casi recobró en oro lo que perdió en las batallas, y en la que pudo ejercer una influencia sobre Grecia mayor y más duradera de la que estableció jamás con las armas. Más aún, su imperio estaba más a salvo de la posibilidad de ataques, puesto que estaba limitado por el borde occidental de la meseta de Anatolia, y ya no trató de conservar ningún territorio europeo. Hay una diversidad geográfica entre el litoral y la meseta de la Anatolia. En todas las épocas sólo la última ha sido parte integral del Asia interior, y la sociedad y la política de la una han permanecido distintas de las de la otra. La frontera fuerte del Asia en su extremidad peninsular occidental está no sobre la costa, sino detrás de ella.

Al mismo tiempo, aunque sus resultados inmediatos sobre el imperio persa no fueron muy dañosos, las expediciones abortadas contra Europa sembraron la semilla de la catástrofe definitiva. Como consecuencia directa de ellas, los griegos adquirieron conciencia de su valor combativo tanto en la tierra como en el mar, en relación al de los pueblos del interior del Asia y al de los fenicios. Desapareció su temor de las grandes superioridades numéricas y se disipó mucho del misterio que

hasta entonces había magnificado y escudado el poderío oriental. No menos visiblemente sirvieron esas expediciones para sugerir a los griegos, por vez primera, que allí existía tanto un enemigo común de toda su raza, como un campo externo para asolar y saquear. En la medida en que una idea de nacionalidad estaba destinada a actuar jamás sobre la mentalidad griega, esa idea sacaría su inspiración, en lo sucesivo, de un sentido de superioridad y hostilidad común entre los orientales. En una palabra, Persia había puesto los cimientos y promovido el desarrollo de una nacionalidad griega en una ambición común dirigida contra Persia misma. Fué también su destino que, al forzar a Atenas a ponerse a la cabeza de los Estados griegos, le diese a la incipiente nación el más ejemplar y emprendedor de los conductores, el más fértil en ideas imperiales y el más apto para proceder a su realización; y en su retirada ante aquella nación atrajo a su perseguidor al interior de un mundo que, de no haber avanzado ella contra Europa, nunca lo hubiese visto por muchos siglos en lo venidero.

Todavía más, por un cambio subsecuente de actitud hacia su victorioso enemigo —aunque ese cambio no fué enteramente para descrédito suyo—, Persia engendró en los griegos un concepto todavía mejor de sí mismos y una mejor comprensión de la debilidad de ella. Los persas, con la inteligencia y versatilidad que han distinguido siempre a su raza, pasaron rápidamente de un altanero desprecio a una admiración excesiva por los griegos. Se pusieron a trabajar casi inmediatamente para atraer a su propia sociedad a los estadistas y hombres de ciencia helénicos y para utilizar a los marineros y soldados griegos. Pronto encontramos a los sátrapas occidentales cultivando relaciones cordiales con las ciudades jonias, agasajando hospitalariamente a griegos distinguidos y conciliando las preocupaciones políticas y religiosas griegas. Deben de haber obtenido éxito considerable, mientras así preparaban, incautos, el desastre. Cuando poco después de un siglo más tarde llegó la Europa occidental, con toda su fuerza, a poner fin a la dominación persa, algunas de las mayores ciudades jonias y carias le ofrecieron una resistencia prolongada que no debe atribuirse solamente a la influencia del oro persa o a un elemento persa en su administración. Mileto y Halicarnaso cerraron sus puertas y defendieron sus murallas desesperadamente contra Alejandro, porque concebían que sus mejores intereses estaban implícitos en la continuidad del imperio persa. Y no fué menor el éxito de los persas con los griegos que tomaron a su servicio. Los mercenarios griegos permanecieron fieles hasta el último hombre al Gran Rey cuando se dejó venir el ataque griego, y presentaron a Alejandro la lucha más difícil en las tres grandes batallas que decidieron el destino del Oriente. Con todo, tal actitud hacia los griegos fué suicida. Exaltó el espíritu de Europa, mientras menguó el coraje y minó la confianza que en sí misma tenía el Asia.

## 10. Los primeros contraataques

Pero no nos anticipemos a los acontecimientos. Acabemos de fijar la morada en el mundo oriental del año 400 a. C., y pasémosle revista tal como debe de haber aparecido a los ojos de quienes ignoraban el futuro. En términos generales, las costas del Asia Menor estaban en manos griegas, siendo las ciudades comunidades comerciales autónomas, a la manera como los griegos entendían la autonomía; pero en su mayor parte, y hasta cuatro años antes, habían reconocido la soberanía o mejor dicho la jefatura federal de Atenas y ahora reconocían de menos buena gana una supremacía espartana establecida al principio con la cooperación persa. Muchas de estas ciudades, que por largo tiempo habían mantenido relaciones estrechas con los gobernadores persas de la *hinterland* más próxima, no sólo conformaron su política de manera de agradar a éstos, sino que incluso reconocieron la soberanía persa; y como sucede que en este particular momento Esparta se había desamistado con Persia, y un ejército espartano a las órdenes de Dercilidas ocupaba el distrito eolio del norte, las ciudades «medizantes» de Jonia y Caria abrigaban dudas respecto de su propio futuro. En general, se inclinaban todavía por los sátrapas. La influencia y hasta el control persa habían aumentado grandemente en la costa occidental desde la anulación de Atenas por una potencia no acostumbrada a la política imperial y notoriamente inepta en cuestiones navales; de manera que las flotas de Fenicia y Chipre, cuyos príncipes griegos habían caído bajo la dominación fenicia, habían recobrado la supremacía del mar.

Sin embargo, tan sólo un año antes, «Diez Mil» griegos de arma pesada (y casi otro medio tanto de todas las armas), espartanos en su mayor parte, habían marchado a través de toda el Asia occidental. Habían formado parte, como aliados mercenarios, de un ejército nativo conducido por Ciro, príncipe-gobernador persa de la Anatolia central-occidental que codiciaba la diadema de su recién entronizado hermano. Habiendo atravesado los antiguos reinos lidio y frigio, entraron en la Cilicia y luego se dirigieron por el norte de la Siria hacia el Éufrates, en dirección (aunque sólo lo supieron después por las aguas del Gran Río mismo) hacia Babilonia. Pero nunca llegaron a la ciudad. Ciro halló la muerte y sus soldados orientales se dejaron derrotar en Cunaxa, a unos cuatro días de la meta. Pero los indomables griegos se negaron a rendirse, y con ser tan pocos, eran tan temidos por los persas que no se les molestó directamente y tuvieron que regresar a su propia tierra como mejor pudieron. Cómo, a pesar de haberseles despojado de sus jefes originales, se las arreglaron para llegar al mar Negro y a la salvación por el camino del valle del Tigris y los salvajes pasos de la Armenia kurdistan, lo saben bien todos los lectores de Jenofonte, el ateniense que recibió el mando. Ahora, en el año de 400 a. C., reaparecían estos griegos en las ciudades del Asia occidental y Europa para contar cuán abierto estaba el continente interior a todo saqueador audaz y cuán poco valían diez orientales, en el ataque o la defensa, contra un solo griego. Tales historias incitaron a Esparta a una política

osada, y un día habrían de impulsar a una potencia occidental más fuerte a marchar a la conquista del Oriente.

Tenemos la dicha de contar con la narración detallada de Jenofonte de las aventuras de aquellos griegos, aunque sólo fuera porque ilumina de paso la situación del interior del Asia casi en el momento de nuestra investigación. Vemos que Sardes era, bajo Persia, lo que había sido bajo la Lidia, la capital de Anatolia; vemos los grandes valles de la Lidia, y la Frigia, al norte y al sur, bien poblados, abundantes en vituallas, y de vida ordenada, mientras que las ásperas laderas y las todavía más ásperas alturas del Tauro están ocupadas por contumaces montañeses a los que hay que mantener alejados de las llanuras por medio de los castigos periódicos que Ciro permitía a su ejército descargar en la Pisidia y la Licaonia. La Cilicia es administrada y defendida por su propio príncipe, quien lleva el mismo nombre o título que su predecesor en los días de Senaquerib, pero que depende fundamentalmente del Gran Rey. Su tierra es hasta tal punto su propiedad privada, que Ciro, aunque en apariencia dueño de todo el imperio, fomenta el pillaje de la rica capital provincial. La flota de Ciro desembarca hombres y cargamentos en el norte de Siria sin ser molestada, mientras que el país interior, hasta el Éufrates, y a lo largo del valle del río, hasta Babilonia, está en paz. El Gran Rey puede reunir más de medio millón de hombres del este y del sur para enfrentarlos a su enemigo, además de la leva de la Media, provincia que ahora parece incluir la mayor parte de la antigua Asiria. Estos cientos de miles constituyen un ejército desordenado, indisciplinado, inestable, no habituado al servicio, muy poco semejante a los ordenados batallones de una potencia esencialmente militar tal como lo había sido la asiria.

Del relato de la *Retirada* pueden sacarse ciertas conclusiones ulteriores. Primera, Babilonia era una parte del imperio no muy afecta al Gran Rey; de no ser así, los griegos no hubieran contado con el permiso de la milicia local para entrar en ella tan fácilmente, ni hubieran recibido el estímulo de los persas para que la abandonaran. Segunda, la antigua Asiria era una provincia pacífica sujeta ahora por una guarnición o guarniciones persas de más o menos fuerza. Tercera, el sur del Kurdistán no estaba sujeto en manera alguna al Gran Rey y sólo pagaba tributo en obediencia a alguna presión ocasional. Cuarta, el resto del Kurdistán y de la Armenia tan al norte como el brazo superior del Éufrates estaba en precaria posesión de los persas; y, finalmente, al norte del valle del Éufrates, hasta el mar Negro, todo era independencia. No sabemos nada preciso, en este año de 400, acerca de las lejanas provincias orientales o de las del sur de la Asiria. Artajerjes, el Gran Rey, vino de Susa para hacer frente a su rebelde hermano, pero a Babilonia volvió para dar muerte a los traicionados jefes de los griegos. En esta época Ctesias, el griego de Cnido, era el médico de su corte y no sentía amistad ni por Ciro ni por los espartanos; incluso estaba entonces en correspondencia con el ateniense Conon, quien se convertiría en almirante persa y destrozaría la flota espartana. De su historia de Persia han sobrevivido algunos fragmentos y algunos extractos resumidos relativos a este tiempo. Éstos tienen un



valor que no parece haber tenido la masa del libro, puesto que relatan lo que oía y veía un contemporáneo bien colocado dentro de la corte. En uno se dice que el rey y la corte se habían apartado de las ideas y la práctica del primer Ciro. Artajerjes carecía de espíritu bélico, era tibio en cuanto a la religión (aunque había sido debidamente consagrado en Pasárgada) y adicto a prácticas no zoroástricas. Muchos persas grandes y pequeños le aborrecían y muchos de ellos se pasaron a su hermano; pero tenía algunos aventureros occidentales dentro de su ejército. Las damiselas reales ejercían casi mayor poder dentro de la corte que el Gran Rey, y reñían acremente entre sí.

Plutarco, que acopió materiales para su vida de Artajerjes no sólo de Ctesias sino también de otras autoridades ahora perdidas para nosotros, nos deja casi con la misma impresión de los señores del Oriente a fines del siglo v a. C. Un gobierno central corrompido y traicionero, dirigido casi por intrigas de harén; un pesimista conjunto de súbditos abandonados al capricho de los sátrapas; ejércitos ineptos y reunidos al acaso, en que los mercenarios extranjeros eran casi los únicos soldados de verdad, tal era en esta época la Persia. Era algo muy diferente al vigoroso gobierno de Ciro y al sistema imperial del primer Darío —algo muy semejante al imperio otomano en el siglo XVIII d. C., algo que se derrumbaría ante el primer conductor de hombres del occidente que pudiera manejar su propio dinero y mandar un ejército profesional compuesto de su propio pueblo.

## Capítulo V

### La victoria de Occidente

EN UNOS setenta años más se llegó al clímax. Al pasar éstos a la historia se llevaron consigo al imperio persa, y el Oriente, tal como los griegos lo habían considerado hasta entonces y tal como lo hemos comprendido, pasó a la sujeción de los pueblos europeos que siglo y medio antes había tratado de someter en la misma Europa. Para este pueblo, y también para el historiador, el «Oriente», en cuanto término geográfico, que designa igualmente un área espacial y una idea social, ha dejado de significar lo que alguna vez significó y el cambio sería perdurable. Es cierto que el Oriente no dejó de distinguirse como tal; porque gradualmente volvería a liberarse no sólo del control de Occidente, sino también de la influencia de sus ideas sociales. Sin embargo, puesto que los occidentales, al volver a su propia tierra, habían incluido al Oriente dentro del mundo para ellos conocido —en el interior de un círculo aceptado como morada del hombre civilizado—, la fecha de la destrucción del imperio persa por Alejandro marca una época que divide la historia universal como apenas si la divide cualquier otro suceso.

Dramática como habrá de ser la catástrofe final no nos sorprenderá, como, de hecho, no sorprendió a la generación que la presencié. La concepción romántica de Alejandro, como un menudo David que se enfrentó a un enorme Goliat, ignora los hechos de la historia anterior, y no se le hubiera ocurrido a ningún contemporáneo que interpretara los signos de los tiempos. El coloso oriental había ido disminuyendo con tanta rapidez por casi un siglo, que un rey macedonio, que ya había conquistado la península de los Balcanes, aparecería tan grande a los ojos del mundo, al cruzar el Helesponto, como el emperador titular de tantos sátrapas contumaces y tantas efervescentes provincias del Asia occidental. Para aceptar esta perspectiva no tenemos más que echar un vistazo setenta años atrás, desde aquella Marcha de los Diez Mil griegos con que cerramos nuestra última exposición.

# 1. Persia y sus provincias

Antes de la expedición de Ciro pudo haber habido, y evidentemente las hubo, suficientes semillas de corrupción en el estado persa; pero no se las había conocido por sus frutos. Hacía un siglo que ningún sátrapa intentaba desligarse del imperio con su provincia; apenas si algún pueblo conquistado había intentado reafirmar su independencia. Existían, es verdad, dos excepciones, ambas constituidas por pueblos que jamás se habían identificado en ninguna época con la fortuna de sus amos extranjeros. Uno de éstos era, por supuesto, el de los griegos asiáticos, el otro era el pueblo egipcio. Pero la contumacia del primero amenazaba con un peligro que el Asia aún no comprendía; mientras que el espíritu rebelde del segundo aún no daba muestras más allá de sí mismo.

Sin embargo, fué el Egipto el que dió la primera advertencia de la disolución persa. El punto más débil del imperio asirio demostró ser también el más débil del persa. Las barreras naturales de desierto, pantanos y mar puestas entre el Egipto y el continente vecino son tan poderosas, que ninguna potencia asiática que haya caído en la tentación de conquistar el rico valle del Nilo ha podido conservarlo mucho tiempo. A las órdenes de sus propios jefes o de algún oficial rebelde de sus nuevos amos ha reconquistado tarde o temprano su independencia. Y toda la historia es testigo de que nadie, en Asia o en Europa, conserva al Egipto como provincia extranjera a menos que domine también el mar. Durante el siglo transcurrido desde la conquista por Cambises, los egipcios se habían rebelado más de una vez (más persistentemente en 460), llamando en su auxilio a los señores del mar en cada ocasión. Finalmente, justo antes de la muerte de Darío Noto, y unos cinco años antes de que Ciro partiera de Sardes, volvieron a levantarse capitaneados por un egipcio, y por cerca de sesenta años no fueron los reyes de Susa, sino tres nativas dinastías sucesivas, las que gobernaron el Egipto. El daño causado al imperio persa por esta defección no ha de medirse por la mera pérdida de los ingresos de una provincia. Los nuevos reyes del Egipto, que debían mucho al apoyo griego, lo pagaron ayudando a cualquier enemigo del Gran Rey y a todo el que se rebelaba contra su autoridad. Fueron ellos los que dieron asilo al almirante y flota de Ciro después de Cunaxa, y enviaron cereales a Agesilao cuando invadió el Asia Menor; suministraron dinero y barcos a la flota espartana en 394, y ayudaron a Evágoras de Chipre en una larga resistencia contra su soberano. Cuando Tiro y las ciudades de la costa ciliciana se levantaron en armas en 380, el Egipto fué cómplice de sus designios, e hizo causa común con los sátrapas y gobernadores del Asia Occidental, Siria y Fenicia cuando, en combinación, planearon rebelarse en 373 con grave peligro del imperio. Doce años más tarde encontramos a un rey egipcio marchando en persona para agitar a Fenicia.

Los persas habían hecho más de un esfuerzo por recobrar su provincia. Después de fracasar ruidosamente con sus generales, Artajerjes adoptó tardíamente lo que se dice que Clearco, capitán de los Diez Mil, aconsejó después de la batalla de Cunaxa,

y probó fortuna una vez más con condotieros griegos, sólo para encontrarse con que les oponían generales y mercenarios griegos. A esto habían llegado, a que el rey persa y su provincia en rebelión dependieran de espadas mercenarias, sin atreverse a enfrentar a los griegos otros soldados que griegos. ¡Bien había sido interpretada, señalada y digerida en el Oriente la lección de la marcha de los Diez Mil!

## 2. Persia y el Occidente

También había sido señalada en el Occidente, y sus frutos se hicieron patentes al cabo de cinco años. El Estado griego que dominaba en ese momento, manifestando una ambición que ningún griego había delatado antes, envió a su rey, Agesilao, a través del Asia para seguir el establecimiento de la hegemonía espartana en las costas con una invasión del interior de Persia. No llegó a penetrar más allá de la mitad del valle del Meandro, y no causó a Persia ningún estropicio a que valga la pena referirse; porque no era él el jefe, ni tenía los recursos de dinero y hombres aptos para llevar a buen fin tan distante y azarosa aventura. Pero la campaña de Agesilao en el Asia Menor, entre 397 y 394, tiene la siguiente significación histórica: demuestra que los griegos habían llegado a considerar una marcha contra Susa como factible y deseable.

Sin embargo, no era realmente factible, ni aun entonces. Aparte de la carencia de una fuerza militar —en cualquiera de los estados griegos— suficientemente grande, suficientemente adiestrada, y conducida por un jefe del magnetismo y genio organizador necesario para emprender, sin ayuda de aliados en el camino, una marcha eficaz contra un punto a muchos meses de distancia de su base, aparte de esta deficiencia, decíamos, el imperio por conquistar todavía no se tambaleaba realmente. Lo más probable es que los Diez Mil nunca hubieran llegado a las órdenes de Clearco a Cunaxa ni a cien leguas de ahí, de no haber sido por el hecho de que Ciro iba con ellos y de que los partidarios de su estrella en ascenso satisfacían sus necesidades y les habían abierto el camino a través del Asia Menor y de Siria. En su retirada eran hombres desesperados, de quienes se libró el Gran Rey de buena gana. El buen éxito de esa retirada no debe cegarnos al hecho de que el avance se hubiera topado con un fracaso casi seguro de haberse intentado en condiciones semejantes.

### 3. Los sátrapas

Lo que en último término habría de reducir al imperio persa a tal debilidad, que una potencia occidental podría herirla en el corazón con poco más de cuarenta mil hombres, fué la enfermedad de la deslealtad que se extendió entre los grandes funcionarios durante la primera mitad del siglo IV. Antes de la expedición de Ciro, no hemos oído hablar de sátrapas o de provincias clientes que se declarasen en estado de rebeldía (a excepción del Egipto), desde que el imperio quedó bien establecido; y si hubo evidente complicidad con aquella expedición, de parte de los funcionarios provinciales del Asia Menor y Siria, el hecho tiene poca significación política, considerando que Ciro era vástago de la casa real y el favorito de la reina madre. Pero apenas se ha iniciado el siglo IV, cuando encontramos a sátrapas y príncipes ayudando a los enemigos del rey y luchando en propio interés contra él o contra algún funcionario rival. Agesilao recibió ayuda en el Asia Menor tanto del príncipe de la Paflagonia como de un noble persa. Veinte años más tarde se rebela Ariobarzanes de Ponto; y casi en seguida de su defección estalla la rebelión planeada por los sátrapas de Caria, Lidia, Jonia, Frigia y Capadocia —de hecho casi toda el Asia Menor—, en concierto con las ciudades costeras de Siria y Fenicia. Pasan otros diez años y se levantan contra su rey nuevos gobernadores de Misia y Lidia, con ayuda de los egipcios y de Mausolo, príncipe de Halicarnaso. La tradición o la falta de recursos y de estabilidad precipitó a todos estos rebeldes, uno tras otro, en el desastre. Pero un imperio cuyos grandes funcionarios osan tales aventuras, con tal frecuencia, es un imperio que va derecho a su destrucción.

Las causas de esta hostilidad creciente entre los sátrapas no son difíciles de localizar. Al final del capítulo anterior hicimos notar la desintegración de la corte gobernada por los harenes en los primeros días de Artajerjes; y, a medida que transcurría el tiempo, hizo su efecto el espectáculo de un Gran Rey que gobernaba por medio de traiciones, que compraba a sus enemigos y que era impotente para recobrar el Egipto ni aun con la ayuda de sus mercenarios. Pronto ganó terreno la creencia de que la nave del imperio se hundía, y aun en Susa creció el temor que fuese un viento del occidente el que lo echara por tierra. Los grandes funcionarios de la corte del Gran Rey observaron con atención cada vez mayor la política griega, durante los primeros setenta años del siglo IV. No contentos con enrolar a todos los griegos que pudieron en el servicio real, emplearon el oro real de tal manera en la compra o apoyo de políticos griegos, cuya influencia pudiese estorbar la unión de los estados griegos o impedir el desarrollo de cualquier unidad, que un orador griego dijo en un famoso pasaje que los arqueros estampados en las monedas del Gran Rey eran ya un peligro mayor para Grecia del que habían sido los arqueros de verdad.

Por medio de tan vasta corrupción, por medio de la compra de soldados y políticos del enemigo, el destino de la dinastía y el imperio pareció tomar mejor cariz.

Antes de la muerte del anciano Artajerjes Mnemon, en 358, se había derrumbado la revuelta de los sátrapas occidentales. Su sucesor, Oco, quien al llegar al trono asesinó a sus parientes como cualquier sultán del siglo XVIII en Estambul, se sobrepuso, por medio de mercenarios griegos, a la obstinación egipcia en el 346 más o menos, después de dos intentos abortados, y gracias a una ayuda similar recuperó Sidón y la isla de Chipre. Pero apenas si fué más que el parpadeo final de la llama atizada un instante por ese mismo viento occidental que empezaba a convertirse en la tempestad que la extinguiría. El corazón del imperio no estaba menos podrido porque su caparazón estuviera parchada, y cuando al fin se desató la tormenta unos cuantos años más tarde, nada en el Asia Menor pudo presentar ninguna resistencia a excepción de dos o tres ciudades marítimas, que lucharon no por Persia, sino por sus monopolios comerciales.

## 4. Macedonia

La tormenta ya llevaba algún tiempo de acumularse en occidente. Veinte años antes había ascendido al trono de Macedonia un hombre de singular habilidad constructiva y ambiciones muy definidas. Su herencia —o mejor dicho, su premio, pues no era pariente cercano de su predecesor— fué el centro de la parte meridional de la península balcánica, región de amplias llanuras fértiles, cruzadas y bordeadas por ásperas colinas. Estaba habitada por nobles y campesinos robustos, así como por ágiles montañeses, todos compuestos de los mismos elementos raciales que los griegos, quizás con alguna infusión preponderante de la sangre septentrional que había descendido largo tiempo atrás hacia el sur con emigrantes de las tierras danubianas. El desarrollo social de los macedonios —para dar a pueblos diversos un mismo nombre— no había sido, por ciertas razones, tan rápido como el de sus primos meridionales. Nunca habían entrado en contacto con la más alta civilización egea ni habían mezclado su sangre con la de sus más cultivados predecesores; su tierra era continental, pobre en bahías, alejada de los lujosos centros de vida, y de clima relativamente riguroso; su configuración no les había inducido a formar ciudades-estados ni a embarcarse en una intensa vida política. Pero, como compensación, entraron frescos en el siglo IV, sin impedimentos tribales o políticos para la unión, y con un vasto territorio de recursos naturales mayores que los de cualquier estado griego del sur. Macedonia podía surtirse con los mejores cereales y disponer de un gran excedente, así como contaba con vetas de oro inexploradas. Pero la cosa más importante por señalar es la siguiente: que, comparada con Grecia, Macedonia era una región de la Europa Central. En el ascenso de esta última al poderío imperial, veremos, por vez primera en la historia registrada, a un pueblo continental europeo sometiendo poblaciones peninsulares del Mediterráneo.

Filipo de Macedonia, que se había adiestrado en las artes de la guerra y de la paz en una ciudad griega, advirtió la debilidad de los divididos helenos, la posible fuerza de su propio pueblo, y se puso a trabajar inmediatamente con inagotable energía, inquebrantable persistencia e inmenso talento organizador en la tarea de formar una sola nación armada que superara a las muchas comunidades de la Hélade. Cómo cumplió su propósito en un plazo de veinte años; cómo empezó por abrir minas de metales preciosos en la costa sureste de su país, para alquilar mercenarios con lo extraído; cómo adiestró a los campesinos macedonios hasta que aprendieron a pelear en una formación de falange más móvil que la tebana y con lanzas más largas, mientras los aristócratas se adiestraron como caballería pesada; cómo hizo experimentos con sus nuevos soldados contra las tribus de tierra adentro, ensanchando sus dominios efectivos de tal manera que pudo disponer de muchos hombres además de sus propios ematianos; cómo, durante seis años, perfeccionó su ejército nacional hasta que lo convirtió en una máquina bélica tan profesional como la



de cualquier condotiero de aquella época, a la vez que era mucho mayor y de mayor temple; cómo, cuando estuvo dispuesto en la primavera del año 353, empezó una guerra de despojo de quince años, contra las posesiones de los estados griegos y particularmente de Atenas, atacando algunas de sus colonias marítimas en Macedonia y Tracia; cómo, después de una campaña en el interior de Tracia y en el Quersoneso, apareció en Grecia donde al fin se abrió paso por las Termópilas; cómo se retiró durante algunas estaciones al interior de la península de los Balcanes, la arrasó desde el Adriático hasta el mar Negro y terminó con un asalto contra las últimas y mayores de las ciudades griegas de su costa, Perinto y Bizancio; cómo, finalmente, en 338, precipitándose sobre el mediodía con toda su fuerza, aplastó en la sola batalla de Queronea a las dos potencias de consideración dentro de Grecia, Atenas y Tebas, y obtuvo por fin de todos los estados griegos a excepción de Esparta (de la que bien podía prescindir) el reconocimiento de su soberanía, todas estas etapas a través de las cuales Filipo pudo formar un estado y un imperio europeos, no se describirán aquí con más detalles. Lo que nos concierne es el fin de toda esta labor; porque el fin fué disponer la nueva nación y el nuevo imperio para descender sobre el Asia. Al año siguiente de Queronea, Filipo fué nombrado por el Congreso de Corinto capitán general de todos los griegos para efectuar la venganza secular de la Hélade contra Persia.

No sabemos cuánto tiempo había destinado inconscientemente esta máquina bélica a una invasión del Asia. Los atenienses lo habían dicho así explícitamente al Gran Rey en el año 341, y cuatro años antes lo había sugerido públicamente el famoso orador Isócrates, en una carta abierta dirigida al mismo Filipo. Como éste era un hombre de gran visión y propósitos inquebrantables, no es imposible que haya concebido tal ambición en la juventud y que la haya abrigado desde entonces. Cuando Filipo estuvo en Tebas, en su juventud, el viejo Agesilao, que fué el primero de los griegos en concebir la idea de invadir la tierra firme del Oriente, buscaba todavía alguna manera de realizar su frustrado proyecto; y al fin se dirigió al Egipto para hacer un último esfuerzo cuando Filipo estaba ya en el trono. Ciertamente hacía mucho que estaba en el aire la idea de que cualquier potencia militar que llegara a dominar a la Hélade tendría la obligación, primeramente, por interés de ella misma, y luego, por deber de raza, de volver sus armas contra el Asia. El mismo Gran Rey lo sabía tan bien como cualquiera. Después de la advertencia ateniense en 341, sus sátrapas del noroeste del Asia Menor recibieron la orden de ayudar a los enemigos de Filipo en todas las formas posibles, y gracias a esta ayuda pudieron los bizantinos rechazar de sus murallas a los macedonios en 339.

Filipo ya se había amistado con la causa principesca de la Caria, y trataba ahora de asegurarse un punto de apoyo en el noroeste del Asia Menor. Por tanto, lanzó una columna de avanzada a través de los Dardanelos, a las órdenes de su lugarteniente, Parmenion, y se propuso seguirle los pasos en el año 336 con un gran ejército que había estado reclutando, adiestrando y equipando para un año. Llegó por fin el día

festivo que habría de inaugurar su gran ventura: pero la ventura no fué suya. En el momento de salir de la tienda para asistir a los juegos cayó asesinado por mano de un enemigo privado; y su joven hijo, Alejandro, al principio tuvo hartó que hacer con el restablecimiento de un trono que resultó con más enemigos que amigos.

## 5. Conquista del Oriente por Alejandro

Año y medio más tarde los amigos y los enemigos de Alejandro sabían que en el lugar de Filipo se sentaba un soldado y un constructor de imperios más grande que su padre, y que el plan del padre, de conquistar el Asia, no sufriría nada en manos del hijo. Los vecinos de Macedonia, hasta el Danubio, y todos los estados de la península griega, habían vuelto a ser sometidos mediante una campaña rápida y decisiva. Los Estados Generales de Grecia, vueltos a convocar en Corinto, confirmaron al hijo de Filipo en la capitanía general de la Hélade, y Parmenion, una vez más despachado contra el Asia, aseguró la costa del Helesponto. Con cerca de cuarenta mil curtidos veteranos a pie y a caballo, y con servicios auxiliares extraordinariamente eficientes para la época, Alejandro pisó tierra persa la primavera del año 334.

No había en el Asia Menor otro ejército que le presentara batalla en forma, a excepción de uno más o menos del mismo número que el suyo formado en la localidad por los sátrapas occidentales. Fuera de los mercenarios griegos este ejército era muy inferior al macedonio en cuanto a calidad bélica. Rechazado por Parmenion en la costa del Helesponto, hizo lo mejor que pudo aguardando en las riberas del Gránico, la segunda corriente en importancia entre las que desembocan en el mar de Mármara, con el fin de atraer el ataque de Alejandro o cortar sus comunicaciones si se internaba en el continente. No tuvo que esperar mucho. La caballería pesada macedónica cruzó la corriente al galope al caer de una tarde, aniquiló a los asiáticos y, después de abrir camino a la falange, ayudó a exterminar al contingente griego casi hasta el último hombre antes de que cayera la noche. A Alejandro sólo le quedaban por delante defensas urbanas y tribus de las colinas antes de que pudiera reunirse un ejército en otras provincias del imperio persa y traerlo al occidente, proceso que dilataría muchos meses, y que de hecho tardó un año entero. Pero algunas de las ciudades occidentales ofrecieron un no pequeño impedimento a su avance. Si Eolia, Lidia y Jonia no hicieron ninguna resistencia digna de mención, las dos ciudades principales de Caria, Mileto y Halicarnaso, que durante el siglo anterior habían disfrutado en libertad virtual la parte del león en el comercio del Egeo, no estaban dispuestas a convertirse en dependencias de un imperio militar. La pretensión de Alejandro de conducir una cruzada contra el antiguo opresor de la raza helénica no las impresionaba, ni tampoco, a decir verdad, a ninguno de los griegos del Asia o de Europa, a excepción de unos cuantos entusiastas. Durante los últimos setenta años, desde que las celebraciones de la liberación de la Hélade fueran reemplazadas por las aspiraciones a una contra-invasión, el deseo de venganza había disminuido mucho, al paso que crecía el deseo de saquear Persia. Por tanto, cualquier aventura definida contra el Asia despertaba envidia, no entusiasmo, entre los que quedarían al margen de su éxito. Ningún estado importante se ofreció a ayudar a Alejandro con barcos ni hombres, y ya para el tiempo de la toma de Mileto se había convencido de que tendría que llevar a cabo su empresa solo, con su propio pueblo, para sus propios fines. A

partir de ese momento, olvidándose de los griegos, pospuso su marcha contra el corazón del imperio persa hasta que hubo asegurado todos los caminos que llegaban hasta allá desde el mar, fuesen a través del Asia Menor, de Siria o del Egipto.

Después de reducir a Halicarnaso y la Caria, Alejandro no hizo más en el Asia Menor que recorrerla por su parte occidental, para mejor asegurar su asiento en el continente. Aquí y allá tuvo escaramuzas con las tribus de las colinas, que por largo tiempo habían perdido el hábito de ser gobernadas, mientras que con una o dos de sus ciudades tuvo que celebrar acuerdos. Pero, al acercarse el invierno, la Anatolia estaba a sus pies, y se asentó en Gordión, en el valle del Sangario, desde donde podía, simultáneamente, vigilar sus comunicaciones con el Helesponto y prepararse a adentrarse más en el Asia a lo largo de un camino difícil. El Asia Menor occidental, es decir, Capadocia, Ponto y Armenia, la dejó por la paz y los contingentes de estas regiones formarían al lado de los persas en las dos grandes batallas por venir. También ciertos distritos del norte, que por largo tiempo habían sido prácticamente independientes de Persia, por ejemplo, la Bitinia y la Paflagonia, estaban todavía intocados. No valía la pena perder tiempo en ese momento peleando por tierras que caerían de todas maneras si caía el imperio, y que, mientras tanto, podían mantenerse alejadas del Asia Menor occidental. La meta de Alejandro se hallaba en lo profundo del continente, y su peligro, como lo sabía muy bien, en el mar: peligro de posible cooperación entre las flotas griegas y las más grandes ciudades costeras del Egeo y del Levante. En consecuencia, con el principio de la primavera, descendió por Cilicia para asegurarse los puertos de Siria y de Egipto, antes de atacar el corazón del imperio.

El Gran Rey, el último y más débil de los de nombre Darío, se había dado cuenta de la magnitud del peligro y se precipitó, con todos los recursos humanos de su imperio, a tratar de aplastar al invasor a la puerta de las tierras meridionales. Dejando que su adversario pasara alrededor del ángulo de la costa de Levante, Darío, que había estado aguardándolo detrás de la pantalla de los montes Amano, se deslizó por las colinas y cortó la retirada a los macedonios en el desfiladero de Isos entre la montaña y el mar. Contra otro general y tropas menos veteranas, una fuerza oriental compacta y disciplinada probablemente hubiera acabado ahí mismo con la invasión; pero la de Darío no era ni compacta ni disciplinada. La estrechez del campo la comprimió hasta convertirla en simple muchedumbre; y Alejandro y sus hombres, dando media vuelta, vieron a los persas entregados en sus manos. La lucha duró poco más que la de Gránico y el resultado fué una franca carnicería. Campamento, tren de bagajes, el harén real, cartas de estados griegos, las personas de los embajadores griegos enviados para urdir la destrucción del Capitán General, todo cayó en manos de Alejandro.

Asegurado contra la posibilidad de enfrentarse a otra leva del imperio cuando menos por doce meses, Alejandro siguió hacia Siria. En esta tierra estrecha, su negocio principal era, como ya hemos visto, con las ciudades costeras. Tenía que

tener todos los puertos en su poder antes de penetrar en el Asia. Las ciudades menores no se atrevieron a oponerse a la victoriosa falange; la reina de todas ellas, Tiro, señora del comercio oriental, cenó las puertas de su ciudadela isleña y le dió al intruso occidental el trabajo militar más arduo de su vida. Pero la captura de la base principal de las flotas hostiles que todavía merodeaban por el mar Egeo era esencial para Alejandro, y para efectuarla, construyó un dique a través del mar. Otra ciudad, Gaza, que dominaba el camino del Egipto, mostró la misma fiereza con menos recursos, y el año terminó antes de que los macedonios aparecieran sobre el Nilo para recibir la pronta sumisión de un pueblo que jamás había servido de buena gana a los persas. De nuevo, aquí la principal preocupación de Alejandro fué para con las costas. La ciudad independiente de Cirene, que quedaba hacia el oeste, era uno de los peligros que quedaban, mientras que la apertura de las bocas del Nilo era otro. El primer peligro se desvaneció con la sumisión que Cirene envió a su encuentro en el momento en que se internaba en Marmárica para el ataque; el segundo se conjuró con la creación del puerto de Alejandría, quizás el acto más señalado en la vida de Alejandro, considerando la importancia que alcanzó la ciudad, el papel que desempeñó en el desarrollo de los griegos y judíos y el vigor que conserva en nuestros días. Sin embargo, por el momento, la nueva fundación sirvió primeramente para remachar el dominio de su fundador en las costas de las aguas griegas y persas. Al cabo de unos cuantos meses las flotas hostiles desaparecieron de Levante, y Alejandro obtuvo al fin el dominio del mar sin el cual hubiera sido más que peligrosa la invasión del Asia interior e imposible la conservación del Egipto.

Seguro así de su base, podía atacar el corazón del imperio. En la primera parte del año 331, siguió lentamente el tradicional Camino del Norte a través de Filistia y Palestina y en torno a la Hamad siria para alcanzar Tápsaco, sobre el Éufrates, visitando de paso, y como vía de precaución, la ciudad de Tiro, que le había costado tanto esfuerzo y tiempo el año anterior. Nadie se opuso al cruce del Gran Río; nadie le marcó el alto en Mesopotamia; nadie disputó su paso del Tigris, aunque el traslado del ejército a través de las aguas duró cinco días. Sin embargo, el Gran Rey se hallaba a unas cuantas marchas de distancia sobre las ondulaciones de Nínive, en la llanura de Gaugamela, a donde las carreteras que ahí convergían del sur, el este y el norte le habían traído las levadas de todo el imperio que le quedaban. A las hordas sacadas de tribus belicosas que vivían tan distantes como las fronteras de la India, las riberas del Oxo y las estribaciones del Cáucaso, se agregaba una falange de mercenarios griegos tres veces más numerosa que la destrozada en el Gránico. De esta suerte, esperaban diez soldados por cada uno de los de Alejandro, sobre terreno abierto escogido por el imperio. Alejandro avanzó entonces lentamente y se detuvo veinticuatro horas para que su ejército recobrará el aliento, a la vista de los puestos avanzados de los persas. Rehusándose a arriesgar un ataque contra aquella inmensa hueste, durmió profundamente en sus atrincheramientos hasta el amanecer del primer día de octubre, y luego, a plena luz, condujo a sus hombres a donde había de decidir el destino de

Persia. A la caída del sol estaba ya decidido, y medio millón de hombres destrozados huían al sur y al este, perdiéndose en las sombras de la noche que caía. Pero la batalla de Arbelas, como se la llama corrientemente —el más grande encuentro de ejércitos antes del ascenso de Roma—, no se había ganado fácilmente. La resistencia activa de los mercenarios griegos y la resistencia pasiva de la enorme masa de hordas asiáticas, que embarazaban el ataque con el simple peso de la carne y que volvían a cerrarse tras de cada columna que en ellas penetraba, hicieron dudoso el resultado, hasta que el mismo Darío, espantado por la proximidad de la caballería macedonia, dió vuelta al carro y perdió la jornada. Los hombres de Alejandro tenían que dar las gracias a la firmeza que les había implantado el sistema de Filipo, pero también, en última instancia, a la cobardía del jefe enemigo.

El rey persa sobrevivió para ser cazado un año más tarde, y capturado, ya moribundo, en el camino al Asia Central; pero mucho antes de este acontecimiento y sin otra batalla campal el trono persa pasó a Alejandro. En un plazo de seis meses había entrado, sucesivamente, sin otra molestia o estorbo que la resistencia de las tribus montañosas, en los pasos, en las capitales del imperio: Babilonia, Susa, Persépolis, Ecbatana; y como todas estas ciudades las mantuvo fielmente durante su ausencia subsiguiente de seis años en el Asia remota, puede considerarse que la victoria del Occidente sobre el Antiguo Oriente se consumó en el día de Arbelas.

# Capítulo VI

## Epílogo

MENOS de diez años más tarde Alejandro yacía muerto en Babilonia. Había seguido avanzando hacia el oriente, para adquirir más territorios de los que hemos visto en cualquier capítulo de este libro o de los que sus padres habían oído siquiera mencionar. Las anchas tierras que son ahora Afganistán, Turquestán ruso, el Punjab, Sind y Beluchistán habían sido sometidas por él en persona y estaban bajo la guarda de sus gobernadores y guarniciones. Este griego macedonio, que se convirtiera en un emperador del Oriente más grande que los más grandes habidos hasta entonces, había ya decidido que el asiento de su imperio se fijaría en el corazón del Asia, y se propuso que, bajo su mando único, Oriente y Occidente ya no fueran diferentes, sino un mundo indivisible, habitado por pueblos unidos. Luego, de pronto, le llegó la hora y no dejó heredero, excepto un niño en el vientre de su madre. ¿Qué sucedería? ¿Qué sucedió de hecho?

Se dice con frecuencia que el imperio que creó Alejandro murió con él. Es cierto si pensamos en el imperio como gobierno de un solo emperador. Como señor único de la vasta área entre el Danubio y el Sutlej, Alejandro no tendría sucesor. Pero si pensamos en el imperio como predominio de una raza o de una nación, la Gran Macedonia, aunque destinada a disminuir gradualmente, sobreviviría a su fundador casi trescientos años; más aún, otro imperio occidental, hecho posible por su victoria, y conducido en muchos respectos según sus normas, habría de persistir en el Oriente por varios siglos más. Como conquista política, la de Alejandro tuvo resultados tan duraderos como los que puedan atribuirse a cualquier conquista de la historia. Como victoria de una civilización sobre otra, nunca habría de desaparecer y tuvo ciertos efectos permanentes. Éstos habrá de mostrarlos el presente capítulo; pero antes, como el desarrollo de la civilización victoriosa en tierra extranjera dependía sobre todo de la supremacía política de los hombres en quienes era congénita, es necesario ver en qué medida y hasta qué punto estuvo el dominio político del Oriente en manos de hombres que fueran griegos, por nacimiento o por educación.

Del torbellino y la tensión de los treinta años que siguieron a la muerte de Alejandro, emergieron dos macedonios que se dividirían el imperio entre sí. El resto —fantasmas transitorios y vergonzantes de la casa real, regentes del imperio apenas menos transitorios, sátrapas advenedizos, y hasta un tuerto, Antígono, que por un breve instante reclamó la jurisdicción sobre todo Oriente— no importó gran cosa al mundo y mucho menos aquí y ahora. Al final del siglo IV vemos a Seleuco de Babilonia señoreando la mayor parte del Asia occidental que más valía la pena, a

excepción de la mitad sur de Siria y las costas del Asia Menor y ciertas islas a la vista de éstas que, si no súbditas de Ptolomeo de Egipto, estaban libres de ambos reyes o eran dominio de un tercero, residente en Europa y que pronto desaparecería. Sólo estos dos, Seleuco y Ptolomeo, fundaron dinastías que habrían de permanecer lo suficiente en sus reinos como para afectar la historia general de la civilización en el Antiguo Oriente.

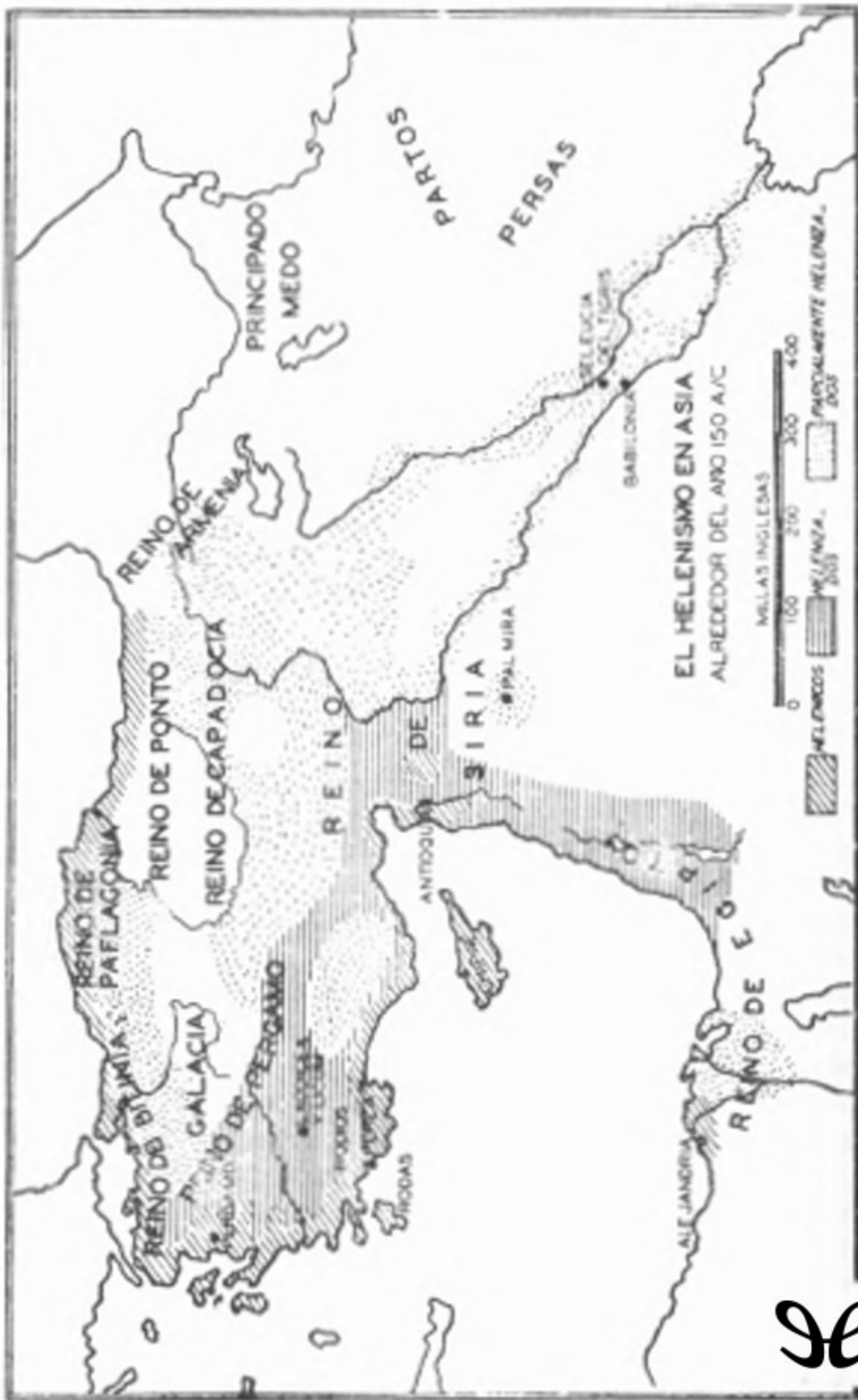
Seleuco no tiene cronista, del primero o del segundo rango, que haya sobrevivido, y en consecuencia quedó como uno de los más espectrales entre los hombres de acción de la antigüedad. Poco podemos decir de él personalmente, excepto que era rápido e impávido en la acción, pronto a correr riesgos, jefe nato en la guerra y hombre de gran visión y propósitos firmes. Alejandro lo había estimado y distinguido en gran manera, y al casarlo con Apama, mujer irania noble, lo convenció de que el punto mejor para gobernar un imperio asiático era Babilonia. Seleuco dejó pasar la primera repartición de las tierras del muerto, y no fué hasta que se hubo colmado la batahola y su amigo Ptolomeo se afirmó en el trono, cuando pidió la provincia. La provincia era Babilonia. Expulsado por la malevolencia de Antígono, la reconquistó en 312 por gracia de Ptolomeo; durante los seis años siguientes, estableció su ascendencia sobre todos los sátrapas que quedaban al oriente de él, dejando en paz sólo la India, y luego se dirigió al poniente en 305 para conquistar y matar a Antígono en Ipsy, en el Asia Menor central. El tercer rey, Lisímaco de Tracia, fué depuesto en 281, y Seleuco, que murió unos cuantos meses más tarde, dejó a sus sucesores dinásticos un imperio asiático de setenta y dos provincias, muy próximo al de Alejandro en tamaño, con importantes excepciones en el Asia Menor.

En el Asia Menor ni Seleuco ni los seléucidas retuvieron nada efectivamente, excepto las líneas principales de comunicación de este a oeste, y el distrito en que éstas descienden hacia el mar Egeo. La costa sur, como ya se ha dicho, permaneció en manos egipcias casi por todo el período seléucida. El sudoeste obedecía a la república isleña de Rodas. La mayor parte de las ciudades griegas marítimas del noroeste y del norte conservaron su libertad más o menos inviolada; mientras que, tierra adentro, una monarquía puramente griega, la de Pérgamo, extendió gradualmente su esfera de influencia hasta el desierto. En el norte, se levantó una barrera formidable contra la expansión seléucida a los cinco años de morir Seleuco, a saber, una colonia de galos que un rey de Bitinia invitó a cruzar los estrechos. Después de atacar y saquear en todas direcciones, estos intratables aliados fueron sujetados por los esfuerzos repetidos de los reyes seléucidas y pergámenos en la cuenca del Sangario superior (que desde entonces se conocería como Galacia), y ahí formaron una barrera detrás de la cual Bitinia y Paflagonia mantuvieron su terca independencia. El noreste fué también asiento de monarquías independientes. Capadocia, Ponto, y Armenia, gobernada por príncipes de origen iranio, nunca fueron partes integrales del imperio seléucida, aunque fueron constantes amigos de los gobernantes de éste.

Sin embargo, considerado en conjunto, y no sólo desde el punto de vista



seléucida, el Antiguo Oriente, durante el siglo que siguió a la muerte de Seleuco (cuarenta y tres años después de la de Alejandro), estuvo dominado políticamente por los helenos en las nueve décimas partes de su área. No es necesario decir más sobre aquellas partes que pertenecían a las ciudades griegas o a Pérgamo. Por lo que toca a Seleuco y sus sucesores, aunque estos últimos, a partir de Antíoco Soter, tuvieron rastros de sangre irania, se mantuvieron y se comportaron como esencialmente helénicos. Sus retratos, del primero al último, muestran rasgos europeos, con frecuencia finos. Ptolomeo Lago y todos los lágidas siguieron siendo griegos macedónicos hasta el último hombre y la última mujer y hasta el final, con la más grande ciudad helénica del mundo como su asiento. En cuanto a la otra décima parte del Oriente, casi toda ella fué gobernada por príncipes que reclamaban el título de «filohelenos», y lo justificaron no sólo con la amistad política hacia los seléucidas y los griegos occidentales, sino también fomentando el establecimiento de griegos y los modales griegos. Por lo que toca a protección y fomento de parte de los más altos poderes, el helenismo tuvo una bella oportunidad en el Asia occidental, desde la conquista de Alejandro hasta la aparición de Roma en el Oriente. ¿Cómo aprovechó semejante oportunidad? ¿Hasta qué punto helenizaron el Asia occidental aquellos señores griegos y macedonios, príncipes iranos filohelénicos y otros? Si lo lograron en cierta medida, pero no tan completamente que el Oriente dejara de ser distinto de Occidente, ¿qué medida se opuso a sus diversas influencias y por qué?



Veamos, en primer lugar, qué implicaba precisamente el helenismo tal como lo introdujo Alejandro en el Asia y lo practicaron sus sucesores. Políticamente implicaba reconocimiento por parte del individuo de que la sociedad tenía un derecho irrevocable y virtualmente exclusivo sobre su buena voluntad y buenos oficios. La sociedad así reconocida no era una familia ni una tribu, sino una ciudad y su distrito propio, distinta de todas las otras ciudades y sus distritos. La configuración geográfica y la historia de Grecia, país formado en gran parte de pequeñas llanuras bordeadas de colinas y limitadas por el mar, y en parte de islas, habían producido esta limitación de comunidades políticas y motivado que el patriotismo significara para los griegos devoción a su ciudad-estado. En relación a un círculo más amplio, no podían sentir nada semejante al mismo sentimiento de obligación y, a decir verdad, ningún impulso de deber. Si reconocían la pretensión de un grupo de ciudades-estado, que remotamente reclamaban un origen común a los suyos, se trataba de un sentimiento académico. Sólo en momentos de gran peligro, a manos de algún enemigo común no helénico, tomaban conciencia de su comunidad con todos los helenos en cuanto nación. En pocas palabras, aunque no eran insensibles al principio de la nacionalidad, raras veces eran capaces de aplicarlo prácticamente, excepto en relación a una pequeña sociedad con cuyos miembros podían tratar personalmente y entre las cuales podían hacer sentir su propia individualidad. No tenían tradición feudal, ni creencia instintiva de que las individualidades que componen una comunidad deben subordinarse a cualquier individuo en virtud de la relación patriarcal o representativa de este último con las primeras.

Hablemos de esta implicación política del helenismo antes de pasar a otras cualidades. En su pureza, el helenismo político era visiblemente incompatible con el estado monárquico macedonio, que se basaba en el reconocimiento feudal de la relación paternal o representativa de un solo individuo con muchos pueblos que componían una nación. Por tanto, los mismos macedonios no podían llevar al Asia, junto con su propio patriotismo nacional (algo intensificado, quizás, por el intercambio durante generaciones anteriores con las ciudades-estado de los griegos), nada más que un conocimiento exterior del patriotismo cívico de los griegos. Con todo, como traían en su comitiva un gran número de verdaderos griegos y tuvieron que buscar la manera de instalarlos en el Asia como apoyo indispensable a su propio dominio, comercio y civilización, estaban condenados a crear condiciones bajo las cuales podía seguir existiendo en cierta medida el patriotismo cívico, cuyo Valor conocían tan bien como su peligro. Su política obvia era fundar ciudades ahí donde deseaban establecer griegos, y fundarlas a lo largo de las principales líneas de comunicación, donde pudieran promover el comercio y servir como guardianes de los caminos; mientras que, al mismo tiempo, debido a su intercambio mutuo, su accesibilidad para los habitantes e inmigrantes nativos, y su dependencia necesaria del centro de gobierno, difícilmente podrían repetir en el Asia la exclusividad egocéntrica característica de ciudades de la Grecia europea, o de los estrechos y

divididos valles de la costa anatolia occidental. De hecho, con designio o sin él, la mayor parte de las fundaciones seléucidas se establecieron en país abierto. Se dice que sólo Seleuco fué responsable de setenta y cinco ciudades, de las cuales la mayoría se instaló en aquel punto de reunión de grandes rutas, la Siria del norte, y a lo largo del gran camino que a través del norte del Asia Menor va a Éfeso. En esta ciudad pasó el mismo Seleuco casi todos sus últimos años. Sabemos de muy pocas colonias o de ninguna que haya fundado él más allá de los primeros límites del Antiguo Oriente, donde, en Afganistán, Turquestán y la India, fundó Alejandro casi todas sus ciudades. Posiblemente su sucesor pensó que éstas eran suficientes; probablemente no vió ni posibilidades de ventaja ni esperanzas de éxito en la creación de nuevas ciudades griegas en región tan vasta y tan extraña; ciertamente, ni él ni su dinastía estuvieron jamás en situación de apoyarlas o mantenerlas, si estaban fundadas al este de la Media, como quería Alejandro y como era su propósito, de haber vivido más tiempo. Pero en el Asia occidental, desde Seleucia, sobre el Tigris, inmensa ciudad de más de medio millón de almas, hasta Laodicea del Lico y los confines del viejo litoral jonio, Seleuco y sus sucesores crearon vida urbana, vaciándola en el molde helénico cuya forma, destinada a vivir por muchos siglos, ejercería tan grave influencia sobre la primitiva historia de la religión cristiana.

Con la fundación de tantas comunidades urbanas de tipo griego, los reyes macedonios del Asia occidental introdujeron innegablemente el helenismo, como agente de civilización política, en gran parte del Antiguo Oriente, que la necesitaba con tanta urgencia y que tanto se aprovechó de ella. Pero la influencia de su helenismo sólo fué vigorosa y durable en aquellas comunidades y sus vecinos inmediatos. Donde éstas se aglomeraban, como a lo largo del bajo Orontes y en la costa siria, o donde los agricultores griegos se establecieron en los espacios intermedios, como en la Cirrética (más o menos en el centro del norte de Siria), el helenismo logró mucho en el sentido de hacer que distritos enteros adquirieran espíritu cívico, el cual, aunque implicaba mucho menos sentido de libertad personal y responsabilidad que en el Atica o Laconia, un ateniense o un espartano lo hubieran reconocido como afín a su propio patriotismo. Pero donde las ciudades quedaron acordonadas a lo largo de las líneas de comunicaciones, a grandes intervalos, como en el Asia Menor y en Mesopotamia, ejercieron poca influencia política fuera de sus propias murallas. Porque el helenismo era y siguió siendo esencialmente una propiedad de comunidades lo suficientemente pequeñas como para que cada individuo ejerciera su propia influencia personal sobre la práctica política y social. De modo que, tan pronto como una comunidad llegaba a ser tal, en números o distribución, como para requerir una administración centralizada o siquiera representativa, el patriotismo del tipo helénico palidecía y moría. Era totalmente incapaz de penetrar pueblos enteros o de formar una nación, fuera en el Oriente o en cualquiera otra parte. Sin embargo, en el Oriente los pueblos siempre han importado más que las ciudades, quienquiera que las haya fundado y sostenido.

Con todo, el helenismo tuvo por este tiempo no sólo una implicación política sino también implicaciones morales e intelectuales que eran en parte causas, en parte efectos, de su energía política. Como lo ha dicho muy bien un historiador moderno de la casa seléucida, el helenismo suponía, además de un credo político social, también una cierta actitud del espíritu. El rasgo característico de esta actitud era lo que se ha llamado humanismo, palabra utilizada en un sentido especial que significaba interés intelectual confinado a los asuntos humanos, pero libre dentro del límite de éstos. Claro está que no todos los griegos eran igualmente humanistas en este sentido. Entre ellos, como en todas las sociedades, había temperamentos que se inclinaban por las especulaciones trascendentales, especulaciones que aumentaron en número a medida que, con la pérdida de su libertad, las ciudades-estado dejaron de simbolizar la realización del mayor bien posible en este mundo, haciendo prevalecer cada vez más en la Hélade el orfismo y otros cultos místicos. Pero cuando Alejandro llevó el helenismo al Asia, todavía era verdad general que la masa de helenos civilizados consideraban toda cosa que no podía aprehenderse con el intelecto, a través de los sentidos, no sólo como fuera del radio de acción de su interés, sino como no existente. Más aún, aun cuando nada se consideraba tan sagrado que no pudiera ponerse a prueba o discutirse con todo el vigor de la inteligencia de un investigador, ninguna otra consideración, como no fuera la lógica de los hechos aprehendidos, debía determinar su conclusión. Un razonamiento debía seguirse a dondequiera que condujese, y había que hacer frente a sus consecuencias sin ocultarse detrás de ninguna pantalla no intelectual. Libertad perfecta de pensamiento y libertad perfecta de discusión sobre todo el panorama de asuntos humanos, libertad perfecta de acción consecuente, de manera que la comunidad permaneciera incólume: éste era el típico ideal heleno. Un esfuerzo instintivo hacia su realización fué la actitud habitual del griego ante la vida. Su lema se anticipaba al del poeta latino. «Soy humano: nada humano me es extraño.»

Hacia la época de la conquista del Asia por Occidente, esta actitud, que se había vuelto más y más prevaleciente en los centros de vida griega, a través de los siglos v y iv, había llegado a excluir todo rastro de religiosidad en el carácter helénico típico. Los griegos tenían religión, por supuesto, pero la tomaban a la ligera, y no estaban poseídos por ella ni la consideraban como guía en los asuntos de su vida. Si creían en un más allá, no pensaban mucho en él o simplemente no pensaban, y guiaban sus acciones solamente con vistas al contentamiento de la carne. El posible destino en ultratumba no parecía influir absolutamente en su conducta en el mundo. El que, descorporizados, pudiesen pasar la eternidad unidos a lo divino, o bien, fundidos en la esencia divina, vueltos divinos ellos mismos, tales ideas, aunque no desconocidas ni carentes de atractivos para espíritus escogidos, eran totalmente impotentes para combatir el vivido interés en la vida y el gusto por los trabajos esforzados que se inculcaban en los pequeños orbes de las ciudades-estado.

Los griegos, pues, que pasaron al Asia en seguimiento de Alejandro, carecían de

mensaje religioso para el Oriente, y todavía más los capitanes macedonios que les sucedieron. Nacidos y criados en supersticiones semibárbaras, las habían descartado hacía largo tiempo, algunos a cambio de la actitud librepensadora de los griegos, y todos a cambio del culto a la espada. La sola cosa que, durante la vida de su emperador, representó para ellos algo así como una religión fué la devoción a él y a su casa. Por un tiempo sobrevivió este sentimiento en las filas del ejército, como lo demostró Eumenes, siendo el griego mañoso que era, con la manera y el éxito de sus llamados a la lealtad dinástica en los primeros años de la lucha por la sucesión; y quizás nos sea posible descubrirlo todavía más tarde, en los jefes, como un elemento, mezclado con algo así como nostalgia y tradición nacional, en aquella fatalidad que impulsó a cada señor macedónico del Asia, primero a Antígono, luego a Seleuco, finalmente a Antíoco el Grande, a apeteer la posesión de Macedonia y a disponerse a arriesgar el Oriente con tal de recobrar el Occidente. A decir verdad, una de las causas que contribuyeron al relativo fracaso de los seléucidas en el afán de retener su imperio asiático fué que nunca tuvieron los corazones puestos del todo en él.

En cuanto al resto, ellos y todos los capitanes macedonios eran hombres conspicuamente irreligiosos, cuyos dioses eran ellos mismos. Eran lo que la época los había hecho, y lo que todas las edades similares hacen de los hombres de acción. Fué el suyo un tiempo de grandes conquistas recientemente adquiridas con el solo derecho del poderío, y dejadas a quien probara ser el más fuerte. Fué una época en que el individuo descubrió de pronto que ningún defecto accidental —bajo nacimiento, carencia de propiedades o de aliados— le impedía explotar para su provecho un vasto campo de posibilidades inconmensuradas, siempre que poseyese clara inteligencia, bravo corazón y vigoroso brazo. A semejanza de lo que volvería a suceder en la época de las Cruzadas, en la de las Grandes Compañías y en la de las conquistas napoleónicas, dependía de cada soldado y de la ocasión el que muriese o no convertido en príncipe. Era una época de recoger cosechas que otros habían sembrado, de adquirirlo todo a cambio de nada, de entregarse abierta y francamente al ansia de botín, de vender alma y cuerpo al mejor postor, de ser uno ley en sí mismo. En tales épocas la voz del sacerdote vale tan poco como la voz de la conciencia, y mientras más alto sube un hombre menos poder tiene sobre él la fe.

Sin embargo, habiendo ganado el Oriente, estos macedonios irreligiosos se encontraron con que tenían las riendas de una serie de pueblos, de distintas características, pero que se asemejaban casi todos en una: su religiosidad. Los dioses pululaban y se atropellaban en el Oriente. Los hombres les tenían fanática devoción o pasaban la vida contemplando la idea de su divinidad, indiferente a todo lo que los macedonios consideraban motor de la existencia, y hasta de la vida misma. Alejandro había percibido al instante la religiosidad del nuevo mundo al cual había llegado. Si su poderío sobre el Oriente había de descansar sobre una base popular, sabía que esa base tendría que ser religiosa. Empezando con el Egipto, puso el ejemplo (que habría de recoger el hombre que le sucedería ahí) no sólo en la conciliación con los

sacerdotes sino en el hecho de identificarse él mismo con el dios principal, a la manera tradicional de los reyes nativos desde tiempo inmemorial; y no hay duda que el culto en sí mismo, que parece haber impuesto cada vez más a sus seguidores, sus súbditos y sus aliados, a medida que transcurrió el tiempo, fué conscientemente urdido para satisfacer y cautivar la religiosidad del Oriente. En el Egipto era Amón, en Siria, Baal, en Babilonia, Bel. Al dirigirse al Oriente se echó a la espalda la fe de sus padres, sabiendo, tan bien como su historiador francés del siglo XIX, que en el Asia «los sueños del Olimpo valían menos que los sueños de los magos y los misterios de la India, preñados de lo divino». A decir verdad, se mostró profundamente impresionado con estos últimos, y su actitud para con los bracmanes del Punjab implica el primer reconocimiento hecho públicamente por un griego, de que en cuestiones de religión el Occidente tiene que aprender del Oriente.

Alejandro, que nunca ha sido olvidado por las tradiciones y mitos del Oriente, de haber vivido más tiempo posiblemente hubiese satisfecho la religiosidad asiática con una apoteosis de su persona. Sus sucesores no pudieron ni mantener viva la divinidad de Alejandro, ni asegurar la aceptación general de la de sus propias personas. Es innegable que trataron de ofrecer a la exigencia del Oriente un nuevo culto universal de utilidad imperial y que algunos, como Antíoco IV, el tirano de la primera historia macabea, trató con todas sus fuerzas de llevarlo a cabo. La historia de su fracaso, y del de Roma después de ellos, está escrita con todo detalle en la historia de la expansión de media docena de cultos orientales antes de la era cristiana, y en la de la cristiandad misma.

Sólo en la provincia africana pudo la dominación macedónica asegurarse una base religiosa. Lo que un Alejandro hubiera conseguido a duras penas en el Asia, un Ptolomeo lo consiguió fácilmente en el Egipto. Ahí, el gobernante *de facto*, perteneciera a la raza que perteneciera, había sido instalado como dios desde una antigüedad fuera del alcance de toda memoria, y tenía alrededor del trono un sacerdocio omnipotente que dominaba a un pueblo dócil. Los conquistadores asirios se comportaron intolerantes en el Egipto para no afrentar a los dioses de su tierra natal; pero los Ptolomeos, como los persas, no cometieron tal error, y su recompensa fueron tres siglos de dominio seguro. El conocimiento de que lo que exigía el Oriente podían darlo fácil y seguramente, incluso los macedonios, tan sólo en el valle del Nilo, estuvo sin duda presente en el espíritu sagaz de Ptolomeo cuando, al dejar a otros las tierras más extensas, eligió el Egipto en el primer reparto de provincias.

En una palabra, los griegos sólo contaban con su filosofía para ofrecerla a la religiosidad del Oriente. Pero una filosofía de la religión es un complemento de la religión, una influencia modificadora, no un sustitutivo suficiente para satisfacer el ansia instintiva y profunda de la humanidad por Dios. Mientras por una parte esta ansia poseía siempre el espíritu asiático, el mismo griego, nunca insensible por naturaleza a ella, se volvió cada vez más consciente de su propio vacío a medida que vivió en el Asia. Lo que por tanto tiempo había representado para él la religión, es

decir, la devoción apasionada por la comunidad, encontraba cada vez menos pasto de que alimentarse en la libertad política restringida que ahora se le ofrecía por todas partes. Por muy superior que sintiera su cultura en casi todo respecto, le faltaba una cosa muy necesaria que poseían abundantemente las que lo rodeaban. A medida que transcurrió el tiempo se volvió curioso, luego receptivo, de los sistemas religiosos entre cuyos adherentes se encontraba, asediado y constreñido por el horror de la naturaleza al vacío. No es que haya tragado entera cualquiera de las religiones orientales; o que haya fracasado en el proceso, operado mientras asimilaba lo que tomaba, de transformarlo con su propia esencia. Ni tampoco hay que pensar que no dió nada en cambio. Dió una filosofía que, actuando casi tan poderosamente en las inteligencias superiores del Oriente como las religiones de éste habían actuado sobre su propia inteligencia, creó el tipo «helenístico» propiamente dicho, es decir el oriental que combinaba el instinto religioso del Asia con el espíritu filosófico de Grecia, o sea orientales como (para mencionar dos nombres verdaderamente grandes) el apóstol estoico Zenón, fenicio de Chipre, o el apóstol cristiano San Pablo, judío de Tarso. Con la creación de semejante tipo, Oriente y Occidente se aproximaron por fin estrechamente, quedando divididos sólo por la distinción de filosofía religiosa en Atenas y religión filosófica en Siria.

La historia del Cercano Oriente durante los últimos tres siglos antes de la era cristiana es la historia del paso gradual de las religiones orientales hacia Occidente para ocupar el vacío helénico, y de las ideas filosóficas helénicas hacia el Oriente para completar y purificar los sistemas religiosos del Asia occidental. Hasta qué punto penetraron estas últimas en el gran continente oriental, incluso hasta la India o China, no es éste el lugar propio para discutirlo; el extremo a que llegó la penetración de las primeras en el Occidente está escrito en la historia moderna de Europa y del Nuevo Mundo. La expansión del mitraísmo y de otra media docena de cultos asiáticos y egipcios, llevados del Oriente a Grecia y más allá, antes del fin del siglo I de la Época Helenística, atestiguan la temprana existencia de aquel vacío espiritual en Occidente que habría de llenar por fin una más grande y pura religión, a punto de nacer en Galilea y de nutrirse en Antioquía. El papel instrumental de Alejandro y sus sucesores en la provocación e intensificación de ese contacto e intercambio entre semitas y griegos, contacto que engendró la moralidad filosófica del cristianismo y que volvió inevitable su expansión occidental, queda anotado en su crédito como un hecho histórico de tan terrible magnitud que debe permitírsele compensar sobradamente todos sus pecados.

Esto fué, pues, lo que hicieron los seléucidas: aproximaron tanto Oriente y Occidente que cada uno de ellos aprendió del otro. Pero no puede decirse más en su favor. No abolieron la personalidad de ninguno de los dos; ni siquiera consiguieron helenizar toda aquella parte del Asia que mantuvieron en sus manos hasta el final. En esta empresa no sólo fracasaron por las razones acabadas de considerar —carencia de religión vital en macedonios y griegos, y deterioración del helenismo de los helenos



en cuanto dejaron de ser ciudadanos de ciudades-estado libres—, sino también debido a fallas individuales propias, que reaparecen una y otra vez a medida que la dinastía sigue su curso; y acaso se deba todavía más a alguna razón más profunda, que aún no comprendemos, pero que yace detrás de la ley empírica de que el Oriente es el Oriente y el Occidente es el Occidente.

En cuanto a las personas de los reyes seléucidas, nos dejan, mal conocidos como son sus caracteres y acciones, una impresión clara de aproximación al tipo tradicional del griego de la época romana y posterior. Como dinastía, parecen haberse corrompido prontamente con el poder, haber sido ambiciosos pero fáciles de contener con la apariencia y la superficie del poder, parecen haber sido incapaces y despreciativos de la organización concienzuda, además de haber tenido poco en cuanto política y menos en cuanto perseverancia en la prosecución de ella. Es verdad que nuestra fragmentaria y escasa información nos viene, en su mayor parte, a través de escritores que en cierto modo los despreciaban; pero la historia conocida del imperio seléucida, que se cerró con un colapso extraordinariamente fácil e ignominioso ante Roma, apoya el juicio de que, en conjunto, sus reyes fueron hombres sin relieve y gobernantes asistemáticos, que debieron la dilatada duración de su dinastía más a la casualidad que a la prudencia.

Su posesión más fuerte estaba en Siria, y acabó por ser la única. Los asociamos *in mente* en especial con la gran ciudad de Antioquía, que el primer Seleuco fundó sobre el bajo Orontes para atraer comercio del Egipto, Mesopotamia y el Asia Menor al norte de Siria. Pero, a decir verdad, esta ciudad debe su fama principalmente a los señores romanos subsecuentes. Porque no se convirtió en la capital de la preferencia seléucida hasta el siglo II a. C., hasta que, hacia el año 180, la dinastía —que había perdido por igual las provincias occidentales y orientales— tuvo que contentarse con sólo Siria y Mesopotamia. Para entonces, no sólo habían descendido los partos del Turquestán hacia el sur del mar Caspio (sus reyes asumieron nombres iraníes; pero ¿acaso no eran, como los gobernantes recientes de Persia, realmente turcos?), sino que también Media había afirmado su independencia y Persia había caído bajo la égida de los príncipes nativos de Fars. Seleucia, sobre el Tigris, se había convertido virtualmente en una ciudad fronteriza que se enfrentaba a un peligro iraní y parto que la incapacidad imperial de los seléucidas dejó desarrollar y que ni siquiera Roma llegaría a despejar. En el otro flanco del imperio, un siglo de esfuerzos seléucidas por plantar cuarteles generales en el oeste del Asia Menor, en Éfeso o en Sardes, y de ahí perseguir designios ulteriores sobre Macedonia y Grecia, se había resuelto en favor de Pérgamo por medio de las armas y el mandato del incipiente árbitro del Oriente, la república romana. Obligados a retirarse al sur del Tauro después de la batalla de Magnesia, celebrada en 190, expulsados sumariamente del Egipto veinte años más tarde, cuando Antíoco Epifanes esperaba compensar la pérdida al este y al oeste con ganancias por el sur, los seléucidas no tenían mucho donde elegir en materia de capital. En lo sucesivo tuvo que serlo Antioquía o nada.

Sin embargo, el hecho de que una dinastía macedónica se viera forzada a concentrar en el norte de Siria todo el helenismo que haya podido tener (aunque después de Antíoco Epifanes su helenismo disminuyó progresivamente), durante los dos últimos siglos anteriores a la era cristiana, tuvo un efecto tremendo en la historia del mundo. Porque fué una de las dos causas determinantes del aumento de la influencia del helenismo en los semitas occidentales, influencia que se resolvió finalmente en la religión cristiana. Desde Cilicia, al norte, hasta Fenicia y Palestina en el sur, los estudios filosóficos vinieron a quedar cada vez más bajo la influencia de las ideas griegas, particularmente las de la escuela estoica, cuyo fundador y maestro principal —no hay que olvidarlo— fué un semita nacido unos trescientos años de Jesús de Nazareth. La universidad helenizada de Tarso, que educó a San Pablo, y el partido helenista de Palestina, cuyo deseo de convertir a Jerusalén en una Antioquía del sur produjo la lucha macabea, debieron por igual su ser y continuada vitalidad a la existencia y crecimiento de Antioquía sobre el Orontes.

Pero Fenicia y Palestina debieron otro tanto de su helenismo —y quizás más— a otra ciudad helenizada y a otra dinastía macedónica: a Alejandría y a los Ptolomeos. Debido a que el corto período macabeo de la historia palestina —durante la cual sucedía que un seléucida dominaba en toda Siria— es muy bien conocido, suele olvidarse que, a lo largo de casi todos los otros períodos de la época helenística, el sur de Siria, es decir, Palestina y Fenicia, así como Chipre y la costa de Levante hasta Pamfília, estuvo bajo el dominio político del Egipto. El primer Ptolomeo añadió a su provincia algunos de estos distritos y ciudades asiáticos, y en particular Palestina y Celesiria, muy pronto después de asumir el mando del Egipto, y sin tratar de convertir en secreto su intención de retener lo ganado construyó una flota para tal fin. Sabía muy bien que si el Egipto ha de poseer permanentemente un territorio fuera del África, tiene que dominar el mar. Después de un breve rechazo a manos del hijo de Antígono, Ptolomeo aseguró su presa al morir el padre, y Chipre también se convirtió en definitivamente suyo en 294. Su sucesor, en cuyo favor abdicó nueve años más tarde, completó las conquistas de las costas del continente en Levante a expensas del heredero de Seleuco. Los Ptolomeos conservaron casi todo lo que los dos primeros reyes de la dinastía ganaron así hasta que fueron suplantados por Roma, excepción hecha de un intervalo de poco más de cincuenta años, de 199 a 145 aproximadamente; y aun durante este período el sur de Siria estuvo una vez más bajo la influencia del Egipto, aunque era nominalmente parte del tambaleante reino seléucida.

El objeto perseguido por los reyes macedónicos del Egipto, al conquistar y retener una delgada franja costera de la tierra continental fuera del África, así como ciertos puestos isleños desde Chipre a las Cícladas, era claramente comercial: obtener para su real puerto de Alejandría el control del comercio general del Levante y de ciertos suministros particulares (especialmente madera para barcos). El primer Ptolomeo había comprendido muy bien las razones de su maestro para fundar esta ciudad

después de arruinar a Tiro, y de que se hubiera tomado tantos trabajos, al principio y al fin, para asegurarse las costas mediterráneas. Los Ptolomeos lograron su objetivo hasta un grado suficiente, aunque jamás eliminaron la competencia de la república de Rodas y tuvieron que cederle el mando del Egeo después de la batalla de Cos, en 246. Pero Alejandría ya se había convertido en una gran ciudad a la vez semítica y griega, y continuó siéndolo durante muchos siglos. Se dice que el primer Ptolomeo transplantó al Egipto muchos miles de judíos, quienes se reconciliaron prontamente con su exilio, por más que fuera involuntario; y hasta qué punto era grande la población judía hacia el reinado del segundo Ptolomeo, y hasta qué punto estaba abierta a la influencia helénica, queda ilustrado suficientemente con el hecho de que en Alejandría, durante ese reinado, el cuerpo de sabios semitas, que desde entonces se conoce como los Setenta, tradujo al griego las escrituras hebreas. Aunque fué política constante de los Ptolomeos no fomentar el proselitismo helénico, la influencia inevitable de Alejandría sobre el sur de Siria fué más vigorosa que la ejercida conscientemente por Antíoco Epifanes o cualquier otro seléucida; y si las ciudades fenicias se convirtieron en refugios de la ciencia y la filosofía helénicas, a mediados del siglo III, y si Yeshúa o Jasón, sumo sacerdote de Jehová, al solicitar de su soberano, cien años antes, permiso para convertir a Jerusalén en una ciudad griega, tuvo tras sí a un poderoso partido ansioso de llevar sombrero en la calle y desnudarse en el gimnasio, hay que atribuir el crédito (¡o la culpa!) a Alejandría de preferencia a Antioquía.

Sin embargo, antes de que esta mezcla de religiosidad semítica e ideas filosóficas helénicas (con algo de la vieja mansedumbre helénica, que había sobrevivido aun bajo los amos macedónicos para modificar los espíritus asiáticos) pudiera resultar en cristianismo, la mitad del Oriente, con sus dispersos herederos de Alejandro, pasó a unirse al yugo común y más fuerte de Roma. La Alejandría ptolemaica y la Antioquía seléucida habían preparado el suelo semítico para recibir la simiente de una nueva religión; pero fué la ancha y segura paz romana la que la hizo nacer y le dió espacio donde crecer. Habría de crecer, como todo el mundo sabe, hacia el occidente, no hacia el oriente, haciendo patente con sus primeros éxitos y sus primeros fracasos la gran proporción de helenismo que intervino en su factura. El mapa asiático de la cristiandad al final, digamos, del siglo IV de nuestra era la mostrará muy exactamente confinada dentro de los límites hasta donde el imperio seléucida había llevado a los griegos en cantidades considerables, y dentro de los límites, más dilatados, hasta donde los romanos —que gobernaron efectivamente mucho territorio al que sus predecesores no hicieron mayor caso, a saber, mucho del centro y el este del Asia Menor y toda la Armenia— hicieron avanzar a sus súbditos greco-romanos.

Más allá de estos límites ni el helenismo ni el cristianismo habrían de echar raíces profundas ni dar frutos perennes. El Oriente más lejano —es decir, el situado más allá del Éufrates— permaneció hostil e intolerante para con ambas influencias. Hemos

visto cómo la mayor parte de estas tierras cayeron de manee de los seléucidas muchas generaciones antes del nacimiento de Cristo, cuando un conjunto de principados, medo, parto, persa, nabateo, emanciparon el corazón del Oriente de su corta servidumbre ante el Occidente; y aunque Roma y Bizancio, después de ella, volvieron a empujar la frontera de la influencia europea efectiva más hacia el este, su helenismo nunca logró recapturar aquel corazón que los seléucidas no supieron retener. Esto no quiere decir que nada del helenismo haya traspuesto el Éufrates, ni que no hubiera dejado una marca indeleble. El arte parto y el de los sasánidas, el primer arte budista de la India noroccidental y del Turquestán chino, algunos rasgos incluso del primer arte mahometano, y algunos, también, de la doctrina primitiva y la política imperial mahometanas, anulan cualquier afirmación de que nada griego arraigó más allá de los límites del imperio romano. Pero fué muy poco del helenismo y de ninguna manera su esencia. No debemos dejarnos engañar por los meros préstamos de objetos exóticos o de apreciaciones momentáneas de lujos extranjeros. El que los partos estuviesen presenciando una representación de las *Bacantes* de Eurípides, en el momento en que presentaban a Ctesifón la cabeza del desventurado Craso, no prueba que tuviesen el espíritu occidental más de lo que nuestro gusto por las curiosidades chinas o los dramas japoneses prueba que estemos informados con el espíritu del Oriente.

En conclusión, el Oriente siguió siendo el Oriente Después de todo, le afectó tan poco el Occidente, que a su debido tiempo, su religiosidad sería fecundada cor otra, antitética al helenismo, y se debilitó tan escasa mente que volvería a recobrar lo perdido y más, y mantendría el Asia próxima e independiente, en lo cultural y lo político, hasta nuestros propios días. Si la moderna Europa ha tomado a manera de paga algunas partes del esplendoroso Oriente, partes en que nunca pusieron mano ni macedonios ni romanos, recordemos, en nuestro orgullo de raza, que casi todo lo que macedonios y romanos sí poseyeron ha estado perdido para Occidente desde entonces. Europa puede prevalecer ahí (y acaso lo haga) otra vez; pero como habrá de ser en virtud de una civilización en cuya factura fué factor elemental indispensable una religión nacida del Asia, ¿será Occidente, aun entonces, más deudor que acreedor del Oriente?

# Índice de mapas

Región del Antiguo Oriente y principales divisiones

Imperio asiático de Egipto en la época de Amenofis III

Imperio hatti en su más vasta extensión a principios del siglo XIII a. C.

Imperio asirio en su más grande extensión. Primeros años de Ashurbanipal

Imperio persa occidental en su mayor extensión, en tiempos de Darío Histaspes

El helenismo en Asia alrededor del año 150 a. C.

# Notas

[1] Número 35 de estos Breviarios, México: Fondo de Cultura Económica, 1950. [Ed.]

<<

[2] Hemos respetado la cronología acatada por el autor de esta obra. Las fechas atribuidas a la primera historia mesopotámica han sido rebajadas últimamente, aceptándose con respecto al pillaje por los hetitas de la ciudad de Babilonia una fecha próxima al año 1595 a. C. [Ed.] <<



[3] Me atrevo a adherirme totalmente a la antigua identificación del poder de los *manda* —que después invadieron a Asiria— con el de los *medos*, a pesar de altas autoridades que en nuestros días sostienen que estos últimos no participaron en aquella invasión, sino que han sido introducidos en este capítulo histórico por una errónea identificación hecha por los griegos. No puedo creer que tanto los investigadores griegos como los hebreos de fecha poco posterior hayan caído en semejante error. <<